GUINDA

atrapada en el infierno

Carlos Rivero Urgell

G U I N D A
Atrapada en el infierno

Carlos Rivero Urgell

Diseño de la portada: Eva Rivero Ferré

ÍNDICE

PRELUDIO

La primera vez que leí *El vagabundo y la pordiosera (Historia de Pablo y Alba),* yo era aún una adolescente. Aunque no supe entenderla muy bien entonces, aquella novela llegaría a afectar mi vida. En cada nueva relectura se fue haciendo más mía. Me insufló un aire nuevo que me permitió alzar la mirada por encima de lo aparente y del hedor que me envolvía. Me ayudó a descubrir que yo era alguien capaz de sentir amor a pesar de todo, a pesar incluso de mí misma. La convertí en mi libro de cabecera y me agarré a ella cuando notaba que mi alma se resecaba como los excrementos de los perros callejeros al sol. Conseguí crearme un pequeño espacio privado donde no corría el peligro ni temía la vergüenza de ser yo. Hoy sé que aquello me salvó. Recuerdo que de vez en cuando contemplaba la fotografía del autor en la contracubierta. Quizá fue debido a la admiración o al agradecimiento, pero empecé a querer a aquel hombre de mirada serena y triste. Sólo él, sus palabras, algunos otros libros y mi música formaban parte de aquel mundo secreto delimitado por las cuatro paredes de mi habitación. Todo lo demás era profano, abominable y salvaje. Todo lo demás constituía el enemigo contra el que debía enfrentarme sin tregua y a diario. Pero yo era fuerte. O por lo menos así lo creía.

¿Por qué el espíritu de semejante historia causó tal impacto en mí si era tan diferente al que yo me había forjado? Tal vez fuera por esa razón precisamente, tal vez en la misma pregunta se encontrara la respuesta. O quizás esa supuesta diferencia fuera sólo superficial, y en las paredes profundas de mi corazón aquellas palabras escritas resonaban como voces vivas y familiares. A veces sólo el hecho de leer algunas palabras producía en mí un efecto sedante, paliaba mi furia contra el mundo. Cierta clase de música y algunos libros, como aquél, poseían esa misteriosa facultad.

En el barrio era conocida con el mote de Guinda. Dicen que empezaron a llamarme así cuando de niña sufrí una indigestión tras devorar un bote entero de guindas rojas. A mí nunca me gustó el apodo, pero lo cierto era que a casi nadie le agradaba el suyo. A mi madre, por ejemplo, prostituta hasta la muerte, la llamaron la Almiranta por el imponente porte que exhibía debido a sus firmes y voluminosos pechos y por su afición sentimental a los marinos extranjeros. Uno de esos anónimos soldados de mar fue mi padre. Ella debió de quererlo mucho, pues a veces, mientras acariciaba mi

rubio cabello y contemplaba con nostalgia mis ojos azules, decía que me parecía mucho a él. Sin embargo mi madre murió pronto, cuando yo tenía sólo once años. Entonces una tía abuela que también vivía en el barrio se hizo cargo de mí. Al cumplir los doce me obligó a prostituirme, y al cabo de unos meses me largué de casa. Aunque no dejé el barrio, ya que consideré que aun con todo era el lugar más seguro para mí. Supe encontrar protección y a trancas y barrancas fui saliendo del paso, haciéndome cada día un poco más fuerte y capaz, más segura y confiada. Lo más importante era conseguir ganarme el respeto dentro de aquella jungla atestada de camellos, chulos, chorizos y yonkis. Lo más importante era sobrevivir. Y lo conseguí. Cada vez me fue resultando más fácil manejar la debilidad de los fuertes, utilizarlos para mis propios intereses. Hasta que un día me di cuenta de que podía valerme por mí misma. Tenía amigos habilidosos con las armas, la mayoría de los cabecillas del barrio me apreciaban; yo era joven, fuerte, sabía pelear… En ningún otro lugar podía sentirme más a salvo. Porque aquél era mi mundo.

Ni siquiera la droga pudo conmigo, si bien durante un tiempo llegué a flirtear con ella. Y tampoco caí en la delincuencia gracias a la protección paternal de un viejo boxeador retirado al que llamaban Campeón; un hombre sabio y duro a la vez, tan respetado como admirado en el serrallo por su historial y sus relaciones con alguna gente importante. Él fue lo más parecido a un padre para mí, la única persona en el mundo que llegó a quererme al margen de mi madre. Era propietario de un gimnasio situado en los aledaños del barrio y ya desde niña me enseñó a boxear. El día que se enteró de que yo había adquirido droga, me hizo subir a las cuerdas y me propinó la mayor paliza de mi vida. Me contrató en su negocio para poder vigilarme de cerca y jamás volvió a saberse del camello que me había pasado la papelina. Mi trabajo consistía en limpiar el gimnasio y en llevar los cobros al día. Continué recibiendo clases de boxeo y asistía a la escuela nocturna, cuyos pagos corrieron siempre a cargo del Campeón.

A los diecinueve años me matriculé en la universidad a distancia para realizar los estudios de filosofía. Estaba hambrienta de saber, necesitaba cada vez con más urgencia explicaciones, respuestas a todo aquel absurdo miserable que configuraba el mundo; un mundo que extramuros me parecía aún más perverso. Porque en el barrio todo era visible y tangible, todos sabíamos quién era cada uno, había un respeto sagrado a un código tácito e inviolable. Un vecino era un ser intocable. Pero fuera todo era ladino, invisible y

escurridizo. En el barrio la suciedad y la hediondez se tocaban y se respiraban, fuera de allí cualquier microscópica peste podía inocularse en tu sangre o en tu alma plácidamente transportada por un cálido rayo de sol. Yo había nacido en el barrio, había crecido en el barrio, estaba atrapada en el barrio. Aunque a veces, vencida por un poderoso anhelo de liberarme, en la soledad de mi habitáculo privado, intentaba convencerme de que muy pronto me iría a otro lugar para ser otra. Aquél era mi pensamiento evasivo favorito. Aquella era mi trampa.

Pero pronto las cosas en el barrio empezaron a cambiar muy deprisa, y en uno de esos desconcertantes días el Campeón murió. Sufrió un ataque en su duro y gran corazón mientras dormía, y volví a sentirme huérfana de nuevo. Un tal Chato, sobrino del fallecido, se hizo cargo del negocio. No era mal hombre, aunque no tenía nada de campeón. Me propuso continuar trabajando para él, y cuando comprobó mis habilidades pugilísticas me ofreció la posibilidad de dedicar algunas horas de mi trabajo a dar clases de boxeo, ya que debido a una moda extranjera cada vez era mayor el número de mujeres que se sentían atraídas por la práctica de este deporte. Acepté por una pura cuestión económica, pues no me agradaba por lo general aquel tipo de mujeres pijoteras a las que entre nosotros llamábamos “maribeles”. Sin embargo no todas eran iguales, había unas pocas que sí amaban de verdad el boxeo. Por esa razón, para poder boxear en serio, intenté hacerme profesional. Pero tuve que dejarlo al poco tiempo por no poder compatibilizarlo con mis estudios, que constituían mi única esperanza. Además, en todo el país éramos una docena de mujeres federadas y sólo dos tenían mi mismo peso. Había que luchar directamente por un título internacional, y eso venía a complicar más las cosas. Sin embargo lo que más me agradó de aquella breve experiencia fue que pude entrenar con hombres y entregarme a fondo. Porque yo sí amaba ese deporte. Al boxear el cuerpo y la mente se unían de un modo absoluto. No sólo había belleza y plasticidad, sino también una inteligencia vital que se anticipaba a todo pensamiento y me hacía mover como un ser completo, sin fricción alguna. El dolor era sólo un pequeño peaje que debía pagarse para alcanzar semejante estado de plenitud, y yo lo hacía con sumo placer.

Sí, el barrio estaba cambiando. La violencia aumentaba día a día, la sombra de la droga alcanzaba a la mayoría de los jóvenes, los vecinos ya no nos sentíamos a salvo, ahora nadie respetaba a nadie... Ya no se luchaba para sobrevivir sino para medrar a costa de todo y de quien fuera. La más feroz cara del odio y del miedo se

asomaron en los semblantes de la gente, autóctona o foránea. Aquello no sucedió de forma fortuita, sino que había una causa concreta: la inmigración.

No quiero decir con esto que los inmigrantes fueran el problema, sino que fueron considerados como el problema, el motivo del resquebrajamiento social de una estructura ya de por sí débil y enferma desde sus remotos cimientos. Fueron el detonante que provocó la irrupción de todo el miasma que aún no había surgido a la luz, y el barrio se hizo más tangible que nunca. Nadie intentaba justificar o racionalizar su xenofobia, a diferencia de los políticamente correctos ciudadanos de fuera. Los instintos de la animalidad tomaron las riendas y estrangulaban el menor atisbo de generosidad, altruismo o conmiseración. Los tradicionales códigos de conducta quedaron reducidos a cenizas y sólo se alzó una única ley: la de la selva.

La explicación de este fenómeno no era demasiado compleja. El barrio era pequeño, configurado por un entramado de callejas estrechas y retorcidas por las que el sol apenas lograba colarse. Era una pequeña ciudad dentro de otra donde se concentraba una gran bolsa humana de marginación. La atmósfera era sucia, tensa y claustrofóbica. Había espacio vertical, como los nichos de un cementerio, pero no horizontal. Desde siempre, las familias que se aglutinaban en el suburbio habían establecido el principio, por su propia salvaguarda y aun cuando buena parte de las ganancias provinieran de actividades ilegales, de respetarse entre ellas. Pero para ello había que conocerse. Y los inmigrantes, cuyo número aumentaba de forma incesante, eran unos desconocidos que te desconocían. Percibían el rechazo de los autóctonos y la desconfianza de los sin papeles de otras razas y culturas. Así, la minúscula ciudad dentro de la megalópolis se convirtió en un conglomerado heterogéneo de grupos tribales y hostiles entre sí. Los incidentes se multiplicaban, pero las cosas no tardaban en volver a una falsa normalidad. La tensión en el aire era tan espesa que daba la impresión de poderse rasgar con las uñas. El barrio se había convertido en un polvorín siniestro, cualquier pequeña vicisitud podía encender la mecha. Nada ni nadie podía evitar lo inevitable. La tragedia se mascaba y se saboreaba.

Aquello me incomodó hasta el punto de que reduje mis relaciones sociales a la mínima expresión. Sólo existía el trabajo y las tareas que desarrollaba dentro de mi recinto privado: los estudios, la lectura, la música... y mis sentimientos y anhelos, mis lágrimas calladas y la insoportable intensidad de un corazón

indomable que se negaba a resignarse, que no cesaba de gritar y llamar. ¿A quién llamaba? Ni yo misma lo sabía.

Afortunadamente, el destino era mucho más sabio que yo.

EL VAGABUNDO Y LA PORDIOSERA (HISTORIA DE PABLO Y ALBA)

El vagabundo Pablo es un ser desarraigado y apátrida, sin raíces, ligaduras, apegos ni proyectos. Nunca recuerda el ayer ni le preocupa el mañana. Vive para caminar infatigablemente de un lugar a otro, atravesando campos, valles, breñales, pueblos y ciudades. Su principal característica es la veleidad. Es capaz de andar durante meses enteros en una determinada dirección y de pronto cambiar el rumbo sin motivo alguno. Para él las aves no vuelan para buscar alimento, sino para reírse del hombre.

La pordiosera Alba, en cambio, convierte cualquier desperdicio o rastrojo en un tesoro. Vive aferrada a la materia y su hogar es una pequeña calle que nunca abandona. Sólo en aquel micro espacio se siente segura y señora. Para ella las aves no vuelan, emigran para sobrevivir.

Por una cuestión de azar Pablo y Alba llegan a encontrarse en algunas ocasiones a lo largo de veinticinco años. Cada breve encuentro que tiene lugar supondrá una perturbación para ambos, pues la naturaleza de uno es opuesta a la del otro. Sin embargo no todo está perdido porque los dos consiguen desarrollar una cualidad que les permite trascenderse a sí mismos, y entonces obra el milagro: ambos saben escucharse, y en consecuencia logran comprenderse. “¿Qué te detiene aquí, mujer? -le pregunta Pablo a Alba-. La ciudad está hecha de calles, y casi todas más amplias y limpias que ésta”. Y Alba convendrá más tarde: “Tiene razón”. Y le dirá a su amigo: “La región a donde te diriges es como un leño quemado. Pasarás hambre y sed. Aduéñate de fruta y agua cuando cruces el vergel de Campo Claro”. Y Pablo admitirá: “Tiene razón”. Poco a poco y sin querer cada uno añora más al otro, ya que cada uno se nutre del otro y un común impulso centrífugo los irá expandiendo hasta quebrar sus yugos individuales.

Pero esta es sobre todo una historia de perdedores, como el autor recalca desde el principio. Porque, según él, la verdad vive abajo. La gente que pasa por la calle evita a Alba como si fuera una apestada contagiosa. Pablo es apedreado por los niños de los pueblos y expulsado de los municipios y pedanías por los agentes del orden. Es una historia desgarradora, repleta de una brutalidad pura y dura, sin concesiones. La poesía sólo se halla en los mismos protagonistas, quienes, a pesar del desprecio del mundo hacia ellos, no albergan el menor rencor en sus corazones. Y sobre todo la

poesía aparece con todo su esplendor al final de la historia, en el último encuentro entre Pablo y Alba:

En un invierno singularmente gélido, Pablo regresa a la ciudad y busca con insistencia a Alba, que ya ha conseguido derribar la barrera que jalonaba el reino-prisión en el que vivía confinada. Al fin una noche la encuentra acurrucada en un portal, aterida y moribunda. Pablo intenta reanimarla sin éxito y sin que nadie atienda a su llamada de auxilio. “Abrázame, Pablo”, son las últimas palabras que ella logra musitar en un instante de conciencia. Él la abraza con el propósito desesperado de infundirle algo de calor vital. Al día siguiente los dos son hallados muertos, helados y abrazados, más que juntos, más que unidos, más que amantes… “amalgamados”.

Porque esta palabra, “amalgama”, es la clave que confiere el sentido esencial a la obra. “Amalgama” tiene su propio verbo, “amalgamar”, que se conjuga como “amar”. Significa mezclar o fundir dos elementos de naturaleza opuesta. “Amalgamarse” es transformarse en algo superior por medio de lo diferente, del otro diferente. Buscar y aceptar sólo lo idéntico o similar es anquilosarse en la propia pequeñez, recrearse en el sí mismo, caricaturizarse. Según la obra, es necesario amalgamarse en la relación y vindicar la diferencia, en contraposición al veneno que supone el pensamiento único. Pero al mundo le repugna hacerlo, de ahí el desamor, la crueldad y la guerra. Nadie quiere ver más que su propio ombligo reflejado en el otro. Todo es un interminable juego de burdas identificaciones. Pero la endogamia conduce de modo inexorable a la extinción de un pueblo inferior y deficiente. Este es el gran reto al que la humanidad se enfrenta con estrepitoso fracaso hasta el momento. No hay alternativa, porque: “El futuro será mestizo o no será”.

Y con esta sentencia en el epílogo termina la obra.

CAPÍTULO 1

Uno es sus cosas. El valor de las cosas cambia según las personas. Yo no quiero lo de algunos y nadie quiere lo mío. Por eso uno es sus cosas. Mi madre siempre se afanó en recordármelo. Si alguien no tiene nada, no es nadie. ¿Y tú ahora me preguntas qué tiene de malo no ser nadie?

Alba

Era una de las tardes más sofocantes de aquel verano de 2003. Una ola de aire africano y una larga sequía asolaban el país entero. La atmósfera del barrio resultaba casi irrespirable, no sólo a causa del pegajoso calor sino de un hedor a orín y a verduras podridas que parecía rezumar de las alcantarillas. La gente se movía entre cansina y malhumorada por el empedrado serpenteante de las callejas, con los rostros ceñudos y bruñidos de sudor, con resoplos y gestos inútiles para intentar aliviarse del insoportable bochorno. Sólo los magrebíes, a pesar de su abundante ropaje, daban muestras de sobrellevar mejor que nadie aquellos tórridos días estivales.

El Jolo no era inmune a ese generalizado malestar. Me estaba dando la vara desde hacía un buen rato. Yo intentaba ignorarlo, pero él volvía una y otra vez con sus incisivos comentarios, reprobando, rezongando, reprochando... Por lo visto había tenido un mal día en sus trapicheos. Ahora adoptaba conmigo el mismo ridículo papel que un novio cabreado. Por supuesto, él no era mi novio, ni siquiera un amigo. Era un cabrón de cuidado, alguien de quien ni siquiera su madre podía fiarse. Yo sólo iba con él cuando me apetecía entretenerme, tontear un poco o disfrutar en la cama. Sabía hacérselo bien, tenía un buen culo y era de los que más se lavaban en aquella piara de greñudos mugrientos. No había más que eso entre él y yo. Sin embargo de vez en cuando me salía con el absurdo de intentar cortejarme.

-… No es eso, Guindilla, ¡joder! -continuaba él-. Lo único que digo es que no pareces lo que eres.

-¿Ah, no? ¿Y qué es lo que parezco?

Se detuvo frente a la puerta acristalada de una pollería.

-Ven aquí -dijo-. Mira, ¿qué ves?

-Pollos.

-¡Qué pollos ni pollas! Me refiero a tu imagen reflejada en el cristal. ¿Qué sería lo primero que pensarías si te cruzaras con una chorba así?

-Pensaría que es muy mona –me observé-. Sí, eso pensaría.

-Pareces una lumi, Guinda, una putorra de tercera. Fíjate bien. Siempre con una falda corta y enseñando el ombligo, y con ese chaleco de ante sucio que no te sacas ni para ir a la piltra.

-Eso es mentira. Tengo varios chalecos de este tipo. Me gustan y me los compro, ¿qué pasa?...

-Pero es que en invierno también los llevas -objetó-. Haga frío o calor siempre vas con las piernas y los brazos desnudos. ¿Por qué carajo?

-Es mi identidad.

-¿Tu qué?

-Mi identidad, idiota, mi identidad. Lo mismo que la tuya es ir siempre como un zanguango. Tengo las piernas bonitas y me gusta enseñarlas, pero también me gusta enseñar los brazos para que vean que soy fuerte y que puedo partirle la cara al primer mierda que se me cruce. Qué quieres. Me gusta ir así. Es mi estilo. Además, ¿y qué si parezco una lumi? ¿Acaso tú no vas siempre con ellas?

-Pero tú eres diferente, Guindilla -dijo, suavizando el tono-. Yo... también tengo planes ¿sabes? Cuando las cosas empiecen a ir un poco mejor, me gustaría que tú y yo...

-¡Ni hablar! -respondí- Ya puedes irte quitando esa tonta idea de la cabeza. Antes ingresaría en un convento que liarme contigo.

-¿Por qué tienes que ser tan jodidamente gilipollas?

-Mira, Jolo, nos conocemos desde hace demasiado tiempo, ¿vale? No me hagas decir ahora lo que pienso y sé de ti. Búscate a otra a la que poder chulear. Deberías ya saber que no tienes nada que hacer conmigo.

-¡Vete a la mierda!

-Ya estoy en la mierda. Aunque tal vez no tan metida como tú. Así que no me magrees los bajos. No te las des de zancarrón conmigo, que no cuela.

-¡Joder, Guindilla! Ya es la quinta palabreja que no te pillo. ¿Quién te ha enseñado a jalar así?

Empecé a encolerizarme. Más que por él, fue a causa de mi imperdonable descuido. Últimamente solía sucederme a menudo. Sin darme cuenta, incluía en mi vocabulario habitual algunas palabras que había aprendido en los libros. Aquello llegaba a avergonzarme hasta tal punto que mi violencia se disparaba contra la persona que osara reparar en ello. No en vano nadie tenía conocimiento de mis estudios ni de mi afición a la lectura. No era debido a un problema de falta de espacio el que guardara los libros bajo la cama. No sabía por qué, pero asociaba lo culto a lo débil y

vulnerable. Aquél era mi inconfesable secreto, y mi obscenidad, que no obstante intentaba sobrellevar con casi cristiana resignación.

-Eres un auténtico hijo de puta -le dije, justo en el momento en que llegamos al portal de casa.

-¡Maldita zorra asquerosa! -bramó- Te tengo dicho mil veces que nunca me llames eso.

La vieja Chepas, mi casera, una jorobada refunfuñona y cotilla que vivía en la planta baja, salió a recibirnos con cara de malas pulgas.

-¡Aquí no me montéis otro jaleo de los vuestros! -ordenó- Me tenéis hartita vosotros dos. Si queréis gresca, ¡a la calle!

-¡Mira ésta! -le dije con desprecio- ¿Acaso no te pago ya bastante por este tugurio de mierda que no voy a poder hablar como a mí me da la gana?

-Te lo digo por última vez, Guinda -continuó la vieja-. No me jodas y no te joderé. Por fin he conseguido alquilar el otro piso a una persona decente, y no voy a permitir que volváis a espantármela como la última vez.

-¿A eso le llamas piso? -intervino el Jolo-. Si es una leonera con un váter y un colchón. ¿No será que en lugar de decente esa persona es idiota?

-Es un hombre serio y decente, un señor –subrayó ella.

-Si lo fuera no se habría instalado aquí -apostillé.

-Eso no es cosa mía ni vuestra. Mi Pepe dice que está convencido de haberlo visto alguna vez en la tele. Dice que cree que es un famoso poeta.

El Jolo y yo, tras mirarnos perplejos unos instantes, estallamos al unísono en una carcajada.

-Reíros, reíros -recriminó la vieja-. Pero te digo que algunas cosas van a cambiar en esta casa a partir de ahora.

-Pero si tu marido lo único que ve en la tele son los dibujos animados -soltó el Jolo.

-¡Un poeta! -exclamé con sarcasmo- El último inútil que nos faltaba en este barrio.

-Tu Pepe lo debe de haber confundido con el inspector Gadget

-Desgraciados... -murmuró la Chepas armándose de paciencia. Luego entró en su casa y cerró la puerta de un fuerte golpe.

Sin embargo, mientras subíamos las escaleras, el Jolo volvió de nuevo a la carga.

-Sólo te intereso para esto, ¿verdad? Para follarte y dejarte contenta.

-No, Jolo. Tú nunca me has follado. Siempre he sido yo la que te

he follado a ti.

-¡Cerda asquerosa! -mascullló con rabia.

Abrí la puerta y entramos. Supe que iba a haber temporal.

-Pues mira por dónde me parece que hoy vas a quedarte con las ganas -dijo con una ridícula arrogancia-. Lo he pensado mejor y me apetece más montármelo con la Chulona. Esa sí que sabe.

-Entonces lárgate de aquí -le dije empujándole hacia la puerta-, ¡hijo de puta!

-¿Otra vez? Escucha, nena, la única hija de puta que hay aquí eres tú. Todavía se habla en el barrio de lo bien que la chupaba tu madre.

Le solté un violento derechazo que le hizo caer de bruces sobre la butaca.

-¡Fuera de aquí, cabrón! -le grité- Lárgate de mi casa, ¿me oyes?...

El Jolo se incorporó medio aturdido. Se tocó la nariz y vio que sangraba.

-¡Serás hija de la grandísima!...

Se abalanzó sobre mí. Me agarró el cabello con una mano mientras con la otra se disponía a partirme la boca con el puño ya levantado. Pero logré reaccionar a tiempo y le pegué un rodillazo en sus partes que le obligó a encorvarse de dolor.

-¡Cabrona! -gimió arrodillado en el suelo- Te voy a matar.

Con un rápido movimiento me sujetó el tobillo. Antes de que pudiera hacerme nada, le solté un nuevo rodillazo en la cara con la otra pierna. Su boca también empezó a sangrar.

-¡No intentes volver a tocarme, cerdo! -le advertí-. Si lo haces te partiré la cabeza.

-¡Hijaputa! -bramaba como un perro rabioso- ¡Hijaputa!...

Tomó una silla y, para demostrarme que estaba dispuesto a todo, la destrozó contra el suelo. Luego se fue acercando poco a poco como un animal acechador. Me puse en posición de boxeo y le esperé. El Jolo era fuerte pero algo torpe de movimientos. Logré esquivar sin dificultad sus rudas embestidas mientras iba propinándole certeros golpes en el mentón, evitando castigar demasiado su ya maltrecha nariz, la cual parecía una alcachofa empapada en granadina. De todos modos me reservaba mi contundente gancho de izquierda para el momento en que se atreviera a tocarme la cara. Y así fue, en una de sus acometidas me alcanzó en la sien. Así que, aun algo aturdida pero con toda la furia de la que fui capaz, le solté un soberbio puñetazo en la mandíbula que lo estampó contra el suelo. Durante unos instantes permaneció

medio atontado.

De pronto llamaron a la puerta y oímos una voz:

-¡Policía! ¡Abran la puerta! ¡Policía!...

El Jolo se incorporó de un brinco y se echó las manos a los bolsillos para asegurarse de que no llevaba nada comprometedor.

Abrí la puerta. Dos agentes me miraron con recelo. Uno de ellos mantenía una mano sobre su cartuchera. Sin decidirse a cruzar el umbral, observaron los destrozos y el rostro ensangrentado del Jolo.

-¿Qué está ocurriendo aquí? -preguntó uno de los policías.

-Nada, señor agente -respondí con un frívolo sarcasmo-. Sólo se trata de una pelea de enamorados. ¿Usted nunca discute con su mujer?

-¿A esto le llamas discutir? -inquirió el otro.

-Es que somos una pareja muy apasionada, ¿sabe? -le dije en el mismo tono.

-¿Quién vive aquí? -preguntó de nuevo.

-Yo -respondí.

-Entonces, tú -se dirigió al Jolo-. ¡Largo de aquí, venga!

-¿Qué hacemos con él? -preguntó uno de los agentes a su compañero- ¿Lo llevamos a que le curen eso?

-¡Ni hablar! Que se busque la vida. No quiero que me enguarre el coche. A la gentuza como esta -dijo clavándome su mirada-, lo mejor es dejarla para que se maten entre ellos. Que sea la última vez que tengamos que venir aquí. ¿Me has entendido o quieres que te lo explique de otra forma?

-Le he entendido perfectamente, señor agente -respondí.

-Pues tenlo muy presente. Esta pocilga es un palacio comparada con las habitaciones que tenemos para tipejas como tú.

Tras cerrar la puerta, me quedé inmóvil durante un momento, pusilánime y pasmada. Me costaba creer que La Chepas hubiese sido tan imbécil de llamar a la policía. No, no podía creerlo por lo que aquello hubiera podido suponerle.

Cuando me aseguré de que la pasma había abandonado el edificio, salí en busca de la vieja. La encontré abajo con cara de susto.

-¿Qué has hecho Chepas? -le pregunté en tono amenazador- ¿Puedes explicarme cómo has sido capaz de hacer eso, vieja asquerosa?

-Yo no he sido -se apresuró a responder-. Te lo juro.

-¿Entonces?...

Al volverme, vi la silueta de un hombre que nos observaba desde la puerta de la otra habitación. Se trataba del nuevo inquilino.

Adiviné que había sido él el chivato.

-¿Has sido tú, cerdo? -le pregunté mientras me dirigía hacia él, subiendo las escaleras de nuevo.

El hombre no respondió. Me detuve frente a él y le miré a la cara. Sufrí entonces una impresión tan intensa que llegué incluso a marearme. ¡Era él! ¿Cómo era posible? Gregorio Puertas, el autor de El vagabundo y la pordiosera, ¡en persona!... Estaba segura, a pesar de que su cabello se había vuelto algo cano y su aspecto más recio. Sin embargo no fue sólo un reconocimiento físico lo que hubo, sino que experimenté una suerte de sacudida eléctrica, tan íntima que tuve la sensación de reencontrarme con alguien muy familiar. No lograba explicarme aquella casualidad ni el origen de tan extraña percepción.

Un alud de emociones enfrentadas se desató de golpe en mi mente. Y sobre la sorpresa prevaleció un sentimiento incomprensible de ira e indignación, quizá por haber sido él, precisamente él, quien hubiera llamado a la policía y me hubiera traicionado.

-¿Has sido tú? -volví a preguntarle.

Continuó observándome sin decir nada, inmóvil como una estatua junto al quicio de la puerta de su habitación.

-¿Vas a pegarme a mí también? -dijo al fin.

-Quizá –respondí.

Le aparté a un lado y entré en su apartamento. Vi que había una bolsa de viaje a medio deshacer sobre la cama, y también una máquina de escribir y un teléfono móvil encima de la mesa, junto a una butaca aún más roída que la mía.

-Entra y cierra la puerta, ¿quieres? -le dije.

Obedeció. Permaneció de pie cerca de la puerta. Me situé de nuevo frente a él, y volví a preguntarle:

-¿Por qué has hecho eso?

-¿El qué? -inquirió.

-No te hagas el tonto. Lo sabes muy bien. Has sido tú quien ha llamado a la policía.

-Sí –admitió con naturalidad-. He creído que era lo mejor que podía hacer. Tal vez haya cometido una tontería, no lo sé. Si es así, discúlpame. Pero comprende que al oír tanto grito y escándalo... He pensado que la vida de alguien podía estar en peligro. Últimamente parece haber un aluvión de mujeres asesinadas por sus antiguos compañeros. No ha sido este el caso por lo visto, aunque puede que el hombre que estaba contigo tenga más motivos para agradecérmelo que tú.

-¿Agradecértelo, el Jolo? Escúchame, imbécil. Has tenido suerte de que él estuviera limpio. De no haberlo estado, de haberle ocasionado algún nuevo problema con la pasma, ten por seguro de que en estos momentos un compinche suyo ya estaría de camino hacia aquí para cortarte el cuello.

-Bueno, mi intención era...

-A nadie le importa tu jodida intención -corté-. Escucha, no sé quién eres ni qué diablos has venido a buscar aquí. No eres del barrio, eso sí lo sé. Por eso voy a darte un consejo que puede resultarte muy valioso. Mientras estés aquí, veas lo que veas, oigas lo que oigas, pienses lo que pienses… no se te ocurra volver a llamar a la pasma Ver, oír y callar, ése es el único lema que tienes que tener presente. ¿Lo has entendido?

-Creo que sí.

-Dos tipos pueden pelearse y abrirse la cabeza un día. Pero en unas pocas horas y con unos pocos puntos todo estará olvidado. Pero si, por el contrario, te sorprende la policía y te pilla con algo ilegal, y aquí casi todo el mundo vive de eso, puedes pasarte un buen tiempo en chirona. Y eso sí que nadie lo perdona. Tu vida entonces no vale una mierda. ¿Crees que exagero?

-No, supongo que no -murmuró.

-Aquí sólo existe una ley. No me jodas y no te joderé. Si no me respetas y me jodes, entonces te las tendrás que ver conmigo. En otras partes de la ciudad la gente llama a papá policía cuando ve que alguien tira un papel al suelo o cuando el vecino tiene el volumen del televisor un poco alto. Pero aquí se prescinde de ella aunque violen y asesinen a tu madre. Porque aquí existe la justicia pura. No sé si me sigues.

-Sí -respondió-. Agradezco tu aclaración.

Me acerqué a la mesa y hojeé unos cuantos folios manuscritos que había junto a la máquina de escribir.

-He oído decir que eres poeta -comenté.

Me arrebató los papeles para guardarlos en el cajón de una pequeña cómoda que pretendía inútilmente ornamentar aquel desconchado estudio casi gemelo al mío.

-No soy poeta –declaró sin más.

-¿Sabes lo que pienso? Pienso que los poetas sois seres anormales. Sois capaces de ver belleza en la misma mierda. Deberían recluiros de por vida en un psiquiátrico a cargo de la Seguridad Social.

-No soy poeta, te he dicho.

-Distorsionáis la realidad -continué, obviando sus palabras-. Lo

poetizáis todo. Eso puede estar bien para vuestros patronos los burgueses, pero aquí tenéis tan poco valor como las ratas. No estás en tu sitio. Acabas de llegar y has estado a punto de cagarla. Cuando uno desea visitar un zoológico, sabe que hay unas jaulas que lo mantendrán a salvo de las fieras. Tú no estás a salvo. Créeme. Has cometido una temeridad viniendo aquí.

-En todo caso es mi problema, ¿no crees?

Me volví a situar frente a él, esta vez muy cerca. Sí, su rostro tenía unos cuantos años más que el de la fotografía del libro. Debía de rondar la cincuentena. Era un hombre maduro, pero aún atractivo. Su expresión era serena, no parecía turbado ni molesto. Me observaba con fijación a lo ojos, como si intentara sondear más allá de las apariencias. Me sentí incómoda.

-¿Qué? -le dije desafiante- ¿No dices nada? Apuesto a que estás en las nubes con tus musas ñoñas. ¿Por qué no poetizas algo de mí?

-Te repito que no soy...

No le dejé acabar la frase. Mi mano se precipitó veloz hacia su entrepierna y le agarré el paquete con firmeza. Ante tal inesperada reacción dio un respingo, sin embargo luego continuó inmóvil, como si me hubiera adueñado de pronto de toda su capacidad de movimiento. Aun los hombres más impulsivos, en semejante situación, quedaban paralizados, del todo inermes y sometidos a una simple mano audaz.

-Poetiza esto -le ordené

Notaba un calor sanguíneo entre mis dedos, e incluso creí poder controlar su respiración casi sostenida, débil, como temerosa de activar más movimiento del que le estaba permitido.

-¡Poetízalo! -insistí.

-Me estás haciendo daño -murmuró sin pestañear.

-No es mi mano la que aprieta, sino tu polla la que se pone grande y dura.

Cerré los ojos y recité:

- Y ella, cual ninfa de los bosques asilvestrados, tomó con su delicada y nívea mano el capullo florido de la pasión y le imploró un poema” -abrí los ojos y sonreí-. ¿Crees que éste podría servir?

Al volver a mirarle a los ojos, me invadió entonces una súbita vergüenza. Retiré la mano y me volví, dándole la espalda, simulando indagar en las cosas que había sobre la cama. Junto a la bolsa a medio deshacer, y entre algunas prendas apiladas, vi cuatro libros. Uno de ellos era un ejemplar de El vagabundo y la pordiosera. Lo tomé, y luego dije con fingida naturalidad:

-Si no te importa, me lo llevaré. Cuando lo haya leído te lo

devolveré. ¡Hasta pronto, vecino!

Entré en casa. Empecé a ponerme furiosa contra mí misma a causa de mi inexplicable comportamiento. Conecté el aparato de música y elevé el volumen hasta casi el máximo. Lo hice para seguir llamando su atención, para que no se olvidara todavía de mí. Era algo que solía hacer desde niña, en la escuela, cuando provocaba que me castigaran para hacer notar mi existencia. Todo era válido con tal de que no me ignoraran. El castigo que me imponían hacía que me sintiera un poco importante.

Me eché sobre la cama, con el libro entre las manos y la mirada perdida en el techo. Pronto las lágrimas inundaron mis mejillas. Vencida por la impotencia, no lograba poner orden en el caos emocional que me sacudía. ¿Por qué había venido? ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué yo había actuado de aquella manera tan estúpida y grosera?... No entendía nada. Nada. Ante mi asombro, vi que estaba enfadada con él, y no sólo por el hecho de que hubiera llamado a la policía. No lograba comprender la verdadera razón. Lo único cierto era que ahora yo sería para él una rabalera indeseable a la que le convenía evitar. Tal vez había sido eso lo que yo había pretendido en el fondo, que me despreciara, que me maldijera, pero que de algún modo me tuviera presente en el pensamiento. Pero aún había otra cosa: él estaba en peligro. Acababa de instalarse y ya había estado a punto de complicarse la vida. ¡Se le veía tan torpe!, ¡tan vulnerable!... ¿Cómo era posible ser tan inteligente y tan idiota a la vez?

No soportaba esa angustiante ambivalencia tan característica de mi personalidad, aquella atracción-repulsión por lo bello, por los sentimientos más nobles y bondadosos, por el amor, por la poesía... Todo aquello era un lujo que yo no me podía permitir siendo quién era y habiendo tenido que sobrevivir cómo y dónde lo había hecho, pero al mismo tiempo eso había alentado mi corazón y evitado que me pudriera. Al despreciar la poesía, sólo una parte de mí tomaba la voz. Ante su presencia, aquella parte se había hecho misteriosamente más fuerte, pero... ¿por qué? Tal vez porque le consideraba culpable de haber avivado en mí tal ambivalencia, de haberme humanizado, de dejarme con el lastre amargo de mi inconfesable vergüenza. Él había osado tocarme en el corazón para hacerme notar su existencia, y yo no parecía estar dispuesta a perdonárselo. Sin embargo, al mismo tiempo, le quería por haberme salvado. ¿Quién podía comprender a una tipa tan absurda y contradictoria como yo?

Me incorporé, apagué el aparato de música y volví a echarme

sobre la cama. Necesitaba dormir un poco, narcotizar mis emociones para volver a ser capaz de reflexionar y entender algo. Oí un extraño ruido que me desveló cuando ya casi estaba dormida. Era una sucesión de golpes sordos que provenían de la habitación de al lado. Intenté hacerme una idea sobré qué podía tratarse. No lo conseguí. Era un sonido seco y blando, demasiado persistente, de una regularidad matemática: “Bum, bum”... “Bum, bum”... “Bum, bum”...

Poco a poco el soporífero ritmo de aquel soniquete, como el tic-tac de un viejo y monótono despertador, me fue trasladando a un estado de sueño profundo...

Y me dormí de un tirón hasta el amanecer.

CAPÍTULO 2

No sé, Alba. Hace algún tiempo que ya no me siento ligero cuando ando los caminos. Como un frío, se me ha metido en los huesos una pena de cien arrobas. Antes sabía, ahora no sé.

Pablo

Llegué a casa cansada y fastidiada. Me había pasado la jornada limpiando la porquería del gimnasio, ya que cuando había poco trabajo era lo que me correspondía hacer además de aguantar los accesos de malhumor del Chato. De camino había aprovechado para pasar por El Duende, un bar en el que solía reunirse la plana mayor del barrio y adonde uno debía acudir si deseaba obtener cualquier tipo de información en la que pudiera estar interesado. Allí era donde un rumor se desechaba o se hacía oficial, donde uno se ponía al corriente de los asuntos o simplemente aportaba algún dato aclaratorio sobre alguna cuestión en particular. Era como una especie de cuartel general donde se hablaba, se planeaba, se organizaba y se conspiraba. Desde hacía un tiempo la principal preocupación giraba en torno a la amenaza que se suponía constituía la imparable invasión moruna. Y por supuesto, era un local vedado a los magrebíes, que a su vez disponían de su propio búnker morisco, un viejo y sucio salón de té denominado Berebere al que los autóctonos llamaban con desprecio El Berberecho.

Me había detenido allí con el propósito de aclarar el entuerto del día anterior protagonizado por mi nuevo vecino. Y por lo que pude ver, nadie había concedido mucha importancia al incidente, más bien algunos se interesaron en saber quién era aquel misterioso individuo que había aterrizado en casa de la Chepas. Cuando se enteraban de que era escritor, ponían la misma cara que habrían expresado si se les hubiera informado que era astronauta. También pude saber que el Jolo no se hallaba demasiado molesto conmigo a causa de nuestra pelea. Muchos bromearon y rieron cuando alguien relató su encuentro con él por la mañana; cuando aquél le preguntó la razón de su magullado aspecto, el Jolo respondió que se había caído por unas escaleras. Fue un simple trámite para mí el pasar por aquel tugurio, pero convenía hacerlo, ya que nunca se sabía cómo podía llegar a desarrollarse un malentendido o una interpretación infundiosa. "Cuidado, avísale, dile que no vuelva a hacer ese tipo de tonterías", fue lo máximo que el Lobo, uno de los cabecillas del barrio, me dijo acerca de lo sucedido.

La vieja Chepas, como era de esperar, me asaltó con malas maneras en cuanto crucé el umbral de la puerta.

-Te avisé, Guinda -dijo-. Te dije que no iba a aguantar ningún otro follón de los tuyos.

-Olvídame, hoy no estoy para hostias.

Subí las escaleras, ignorándola.

-Tú misma -continuó-, pero te digo que si el nuevo inquilino se me marcha, tú te marcharás con él. Si no te aguanta nadie, menos te voy a aguantar yo, ¡pendeja!

-¡Anda y que te den! – le contesté.

Entré en casa, cogí el libro que había sobre la mesita de noche y volví a salir. Me detuve frente a su puerta. Dudé durante unos instantes antes de llamar. Había estado dándole vueltas al asunto durante todo el día, y al fin había resuelto pedirle disculpas con el pretexto de devolverle el libro. Pero yo era demasiado orgullosa y jamás había pedido disculpas a nadie. No sabía cómo hacerlo. Y de ahí provenía buena parte de mi malhumor.

Por fin me decidí y llamé. Oí unos pasos que se aproximaban, se abrió la puerta...

Toda mi inquietud se volatilizó de pronto en cuanto le vi, pues su rostro expresó una leve sonrisa de afecto.

-¡Hola! -le dije.

-Hola, ¿qué tal? -respondió.

-He venido a devolverte esto -le mostré el libro.

-No es necesario. Puedes quedártelo si lo quieres.

-¿En serio? -pregunté.

-Sí, pero pasa, por favor. Me gustaría hablar contigo.

Entré.

-No puedo ofrecerte nada para beber -dijo-. Todavía no he salido a comprar.

-Es igual -tomé asiento en la butaca-. Acabo de tomar un zumo.

Trasladó la silla que había junto a la mesa hasta situarla frente a mí y se sentó.

-Esa música que pusiste ayer, después de marcharte de aquí...

-¡Oh, lo siento! -le dije- Tengo la manía de poner la música demasiado alta. La vieja siempre me lo dice, pero es que no me doy cuenta. Disculpa si te molesté.

-No me refería a eso. Te quería pedir que me dieras el título de ese álbum. Me gustó mucho y quisiera comprarlo.

-¿Ah, si? -pregunté un tanto desconcertada- Bueno... pues dalo por hecho.

-Es que esa cantante tiene una voz prodigiosa -continuó-. Nunca

la había oído antes. Tiene una voz hermosa y a la vez tan potente y desgarrada que...

-Si tanto te gusta te regalaré mi cedé -le interrumpí-. Al fin y al cabo tú me acabas de regalar tu libro. ¿De acuerdo?

-Sí, bueno, pero yo no pretendía...

-Ya está hecho -zanjé-. Luego te lo traigo. ¿Era eso de lo que querías hablar?

- No, no, se trata de otra cosa muy diferente. Quiero explicarte por qué estoy aquí.

-No tienes que explicarme nada -le dije-. No es algo de mi incumbencia.

-Lo sé, pero quiero hacerlo, para que luego entiendas bien lo que te propondré.

-Bien, te escucho.

Se levantó de la silla y deambuló durante unos segundos por la salita con el semblante pensativo. Luego se acercó a la ventana.

-Hace varios años -explicó-, algunos más aun de los que tú debes de tener, intenté escribir una novela. Sin embargo nunca pude acabarla. Es la única que no he logrado concluir. Siempre que me ponía a escribirla acababa bloqueado, impotente e incapaz, y al final arrojaba a la papelera un montón de papeles que me habían llevado varios días de trabajo... En fin, no había manera de progresar con ella. Hubiera podido desestimarla y olvidarme, o simplemente no mostrarme tan exigente y aceptar un resultado más o menos algo digno. Pero no sé por qué algo me impedía hacerlo. Algo me decía que no tenía que ser sólo una novela, sino la novela. Y esa punzante sensación me ha estado persiguiendo siempre, toda la vida. Nunca he podido desecharla ni olvidarme de ella. Y ahora, por fin, me he decidido a abordarla de una vez, ir a por todas, no descansar hasta haberla terminado. Por eso estoy aquí.

-¿Pero por qué aquí y no en otro lugar? -pregunté- ¿No te hubiera resultado mejor irte unos meses a una casita en el campo para escribirla? Esto está lleno de ruido y suciedad.

-Es que esa historia tiene mucho que ver con este tipo de ambiente -aclaró-. Pero es un mundo que, como bien dijiste ayer, desconozco. Debo conocerlo, impregnarme de su atmósfera para poder dotar a sus protagonistas de un alma de la que ahora carecen, crear una historia creíble, veraz, viva... Hubiese sido más fácil y cómodo para mí instalarme en un hotel próximo y pasear de vez en cuando por estas callejas, pero no es eso lo que pretendo. No sería suficiente. No sé si obtendré algún resultado o si me servirá de algo el hecho de haberme instalado aquí, pero por lo menos quiero

intentarlo. Porque ésta fue la primera novela que empecé a garabatear, y posiblemente será la última.

-¿La última? ¿Por qué?

-Eso no viene a cuento ahora -cortó-. Sólo quiero darte a entender que es muy importante para mí. Por eso he pensado en proponerte lo siguiente: tú conoces bien este barrio, sus gentes, su problemática, cómo son las cosas aquí... Tienes una información que puede resultarme muy útil. Por eso me gustaría que me acompañaras en mis paseos y me fueras explicando historias, costumbres, anécdotas, o incluso recuerdos personales, lo que sea... Tu manera de ver, tus opiniones, deseos o temores... No sé si me explico. No tendrás que hablar ni contarme nada si no te apetece, los silencios también dicen mucho, quiero decir que podrás actuar con plena naturalidad conmigo, como si fuéramos dos amigos que tan solo pasean y hablan de vez en cuando. Había pensado en pagarte cincuenta al día por, digamos.... ¿un par de horas? En el momento que te vaya mejor, por supuesto.

-Bien -acepté-, pero no tienes por qué pagarme.

-Insisto. Si no se hace así no hay trato.

-Bueno, si insistes... No voy a discutir por eso. ¿Sobre esta hora más o menos te iría bien?

-Sí, perfecto -convino.

-De acuerdo. ¿Quieres empezar hoy mismo?

-Por mí sí, pero si tenías algo planeado lo dejamos para mañana.

-No, no tenía nada importante que hacer -me dirigí hacia la puerta-. Me arreglo un poco y vuelvo enseguida, ¿vale?

-Muy bien. Te espero.

Cuando me disponía a salir, me detuve al recordar de pronto una cosa. Me volví hacia él y le dije:

-Por cierto, ¿cuánto peso es una arroba?

-Veinticinco libras -respondió.

-¡Ah!... - exclamé un tanto azarada, sin saber si bromeaba o no.

Entré en casa, dejé el libro y tomé el cedé. Me hallaba contenta y nerviosa, un júbilo incontenible recorría mis venas. Aún no podía creerme lo sucedido. ¡Me había propuesto pasear y hablar con él cada día! ¿Cómo era posible? ¿No estaría soñando? Entré en el baño y me empapé la cara para despejarme y refrescarme un poco. Luego me contemplé en el espejo grande que tenía en la puerta. No me gustó mi aspecto. Tenía la piel pegajosa y me sentía sucia a pesar de haberme duchado como siempre en el gimnasio. Así que decidí tomarme otra ducha rápida de agua fría. Después me puse un vestido limpio y me cambié de zapatos. Finalmente me maquillé un

poco. Mientras me acicalaba me invadió una sensación de ridículo, no obstante aquel sentimiento era domeñado por otro mucho más poderoso, e inédito en mí hasta ahora.

-¡Joder, Guinda! -exclamé tras contemplarme de nuevo en el espejo- Estás como una puta cabra. Un hombre así nunca se fijaría en una tipeja como tú. Métete en la cabeza que tú para él no eres más que una especie de información con patas.

Su puerta se encontraba abierta y entré. Él estaba asomado a la ventana, quizá con el propósito de recibir un poco de aire para aliviarse de aquel calor insoportable.

-Toma -le entregué el cedé-. Disculpa si te he hecho esperar. He tomado una ducha de agua fría para refrescarme un poco.

-Gracias. Sí, este calor no se aguanta. No sé cuántas veces he metido ya la cabeza bajo el grifo.

-Si quieres puedo dejarte un ventilador -le dije.

-Te lo agradezco. ¿Nos vamos?

Tras bajar las escaleras nos encontramos a la Chepas sentada en una silla junto al quicio del portal, con un abanico en la mano aireándose la jeta.

-¡Buenas tardes, señora! -la saludó él.

-Buenas tardes -respondió la vieja, expresando una sonrisa de cumplido; a mí me lanzó una mirada recelosa al ver que iba con él.

-Chao, Chepas -le dije, y le saqué la lengua.

Ascendimos por el empedrado de nuestra calle, Santa Águeda, y torcimos por el de Santa Rita. Él mostraba una actitud curiosa, como si en aquel tinglado de sucias y retorcidas callejas, cuyos devotos nombres no hacían sino incitar al sarcasmo y multiplicar la impresión de esperpento, hubiera algo digno de ver. Yo caminaba con la altivez propia de un sargento chusquero, dispuesta a hacer de guía zancarrona a un lego de las alcantarillas. Aunque los rayos del sol no alcanzaban más abajo de las azoteas, una brisa ardiente y polvorienta golpeaba los rostros produciendo una desagradable sensación de ahogo. En esa zona del barrio por la que ahora transitábamos la presencia magrebí doblaba en número a todas las demás etnias juntas. Apenas me movía en estos tiempos por aquel sector, que tiempo atrás yo podía recorrer sabiendo el nombre de todas las personas con las que me cruzara. Pero ahora tuve la sensación de sentirme más extranjera que nunca, allí, justamente donde yo había nacido y crecido.

-Pareces muy joven -dijo-. ¿Cuántos años tienes?

-Veintidós. ¿Y tú?

-Cincuenta y cuatro.

-Mira, ese tipo de la camisa blanca de la esquina que está hablando con aquel otro -le indiqué-. Si te lo encuentras alguna noche de frente, cambia de acera. Es el peor hijo de puta que he conocido, y puedo asegurarte que conozco a muchos. Y otra cosa, nunca salgas con mucho dinero a la calle. Por mucho que intentaras disimularlo, hay gente que sabe olfatear a los ricos.

-¿Qué te hace suponer que soy rico? -preguntó.

-¿No lo eres?

-No.

-No sé, creí que... -titubeé-, los escritores famosos como tú lo eran.

-Yo no soy famoso -precisó-. Digamos que soy bastante conocido en determinados círculos más bien reducidos. Además, la popularidad y el dinero no siempre van juntos.

-De todos modos ándate con cuidado. Se te ve un hombre diferente y bien alimentado.

-¿Crees que estoy gordo? -inquirió con una desconcertante coquetería masculina mientras se palpaba el abdomen.

-No, gordo no -sonreí-. Pero unas cuantas sesiones de ejercicios abdominales te irían muy bien.

-Sí, bueno. Éste ha sido siempre mi punto débil, mi talón de Aquiles. Siempre he tenido esta zona del cuerpo hipersensible. Si me dan un poco fuerte, me hace un dolor espantoso. Si, en cambio, me tocan con suavidad, siento unas cosquillas insoportables.

-¿Lo dices en serio? -pregunté con un aire entre incrédulo y zumbón.

-Sí. Cuando era pequeño y hacía alguna gamberrada, mi padre, en lugar de pegarme, me hacía cosquillas aquí. Y te digo que hubiera preferido mil veces los azotes.

Me eché a reír. Pero lo que más gracia me hizo fue la constatación sorprendente de cómo la imagen seria de un hombre maduro podía desplomarse en unos pocos segundos. Me resultó chocante ese asomo de ingenuidad infantil en un escritor de su edad y de su talla.

-¿Me permites que te de otro consejo? -le dije.

-Claro.

-Nunca reveles a una mujer cuál es tu punto débil.

-Gracias, lo tendré en cuenta -declaró-. Pero no creo haber metido la pata por eso.

-Yo creo que sí.

-Explícame por qué.

-Porque acabas de pisar un zurullo -reí de nuevo.

Miró la suela izquierda de su zapato.

-¡Coño, qué asco! -exclamó- ¡Malditos chuchos!

Restregó la suela contra el bordillo de la acera. Un grupo de cuatro muchachos magrebíes que se hallaban a escasos metros y que habían contemplado la escena, rieron también sin el menor disimulo. Continuamos nuestro recorrido. A medida que el día oscurecía las calles iban atestándose de gente.

-No había reparado en que esto estuviera tan lleno de extranjeros -comentó.

-¿Extranjeros? Extranjeros son los turistas, no estos. Aquí sólo hay inmigrantes, y buena parte de ellos ilegales.

-¿Existe mucha fricción cultural? -preguntó.

-Ni te lo puedes imaginar. Justo allí donde te acabas de limpiar el zapato, alguien se cargó a uno de estos hace apenas un mes.

-¿Se sabe quién lo hizo?

-Oficialmente no -respondí .

-¿Y extraoficialmente?

-Claro.

-¿Claro? -dijo en un tono un tanto indignado- Pero no entiendo. ¿Cómo podéis vivir así, encubriendo a criminales?

-Escucha -me detuve-, aquí cada uno vive como puede, y te aseguro que eso no es nada fácil. Ese tipo hizo algo que no debía, y pagó por ello. No te metas en esto, a ti no te incumbe esa historia. ¿Has venido aquí para observar o para juzgar? Si a mí no me importa y vivo aquí, ¿por qué ha de importarte a ti?

-¿De verdad no te importa? -inquirió.

-Yo me levanto cada mañana temprano, voy a trabajar, regreso a casa, realizo mis compras... No tengo nada que ver con todo esto. Pero oigo cosas, ¿comprendes?, cosas que es mejor olvidar aunque las hayas oído. Porque si no va a ser mucho peor para ti. Yo nunca he sido una chivata ni me he metido donde no me llaman. ¿Te parece absurda mi filosofía de supervivencia?

No dijo nada. Agradecí su silencio, pues me confirmó algo que yo ya sabía de él por medio de su obra: que ningún recetario de ideas podía solucionar realmente un problema, que fuera de la individualidad ninguna acción tenía un valor genuino. Él, como escritor, como creador que desde la soledad buscaba la comprensión de todo lo humano y no el simple rechazo o condena, lo sabía mejor que nadie. En su novela, Pablo y Alba habían logrado amalgamarse sólo gracias a ellos mismos, a pesar de sus ideas enfrentadas, a pesar de la poderosa inercia de sus respectivos pasados, a pesar del mundo hostil que los despreciaba...

-¿Ves ese balcón de en medio? -señalé a una de las viviendas del gris y agrietado edificio de enfrente- Ése en donde hay una bombona de butano en cada esquina. En esa casa crecí yo.

-¿Ah, sí?

-Es una mierda de balcón como puedes ver, pequeño, oxidado y feo. Pero cuando era niña y me pasaba horas enteras encerrada ahí, me parecía la jaula más grande del mundo.

-¿Por qué te encerraban en el balcón? -preguntó.

-Porque mi madre casi siempre trabajaba en casa y no quería que la molestara.

-¿No podías permanecer simplemente en tu habitación?

-No, desde mi habitación se oía todo -sonreí con cierto rubor-. Ella siempre intentó ocultarme en qué consistía su trabajo. Anda, sigamos -dije recobrando la compostura y eludiendo seguir con los recuerdos.

-Todavía no sé cómo te llamas -dijo.

-Guinda.

-¿Es un apodo?

-Sí, todo el mundo me llama así.

-¿Cuál es tu nombre de pila? -preguntó.

-Eso no importa. Guinda es mi nombre.

Dejamos atrás la zona magrebí y alcanzamos la calle de La Plata, una de las arterias más cosmopolitas y multicolores de la ciudad que delimitaba la parte vieja. En una esquina, junto a un portal, vi a Paloma.

-Aquella vieja acicalada de allí -le indiqué-, ¿la ves? Es Paloma. Tiene ochenta años y siempre la verás por aquí con esta pinta. Dicen que de joven fue una gran *vedette* y que tuvo algunos amantes ricos y aristócratas. Ahora mírala, chupa pollas por cincuenta céntimos.

-¿Y hay hombres dispuestos a estar con esa mujer? -preguntó sorprendido.

-Por lo visto sí. Tiene experiencia en la materia, y tiene además una dentadura postiza que se quita para hacer la labor. En el barrio se bromea mucho sobre ella y su gran habilidad bucal. A mí me da mucha pena. Deprimente, ¿verdad?

-Sí.

Paloma, al verme y como de costumbre, manifestó una gran alegría:

-¡Guinda, guapa! -gritó alborozada-, ¡bonita!, ¡hermosa!, ¡estrella!, ¡chulapa!...

-Hasta la vista, Paloma -la saludé.

-¡Rica!, ¡castiza! -continuó mientras nos alejábamos-, ¡salerosa!, ¡lucero!...

-Por lo visto le caes muy bien -comentó él.

-Es porque de vez en cuando le doy algo de dinero. Es muy agradecida.

Nos adentramos en una angosta bocacalle y luego nos detuvimos frente a la entrada de un suntuoso establecimiento de corte ochocentista. Siempre me había llamado la atención la ubicación de aquel prestigioso local en un entorno tan deprimido y vetusto.

-Mira -le dije-, Casa Begoña. Dicen que es uno de los mejores restaurantes de la ciudad. ¿Lo conoces?

-No, aunque he oído hablar de él.

-Aquí, justo aquí, en esta callejuela de mala muerte. Curioso, ¿no?

-Bueno, tal vez eso le confiera un punto de originalidad y exotismo. Pero sí, resulta curioso.

-Empezó sirviendo menús económicos para obreros –le expliqué-. Pero Begoña, la cocinera y propietaria, cocinaba tan bien que siempre tenía el comedor a rebosar. Luego, poco a poco, fueron subiendo los precios y cambiando la clientela. Hasta hoy, cuando Begoña está criando malvas y sus nietos forrándose.

Se acercó a un decorativo tablón luminoso para consultar la carta.

-Solomillo del chef... ¡treinta y cinco euros! -exclamó-. Pues no seré yo quien le quite al chef su solomillo.

-¿Sabes?, cuando era niña a veces me acercaba hasta aquí -recordé-. Observaba a la gente que entraba y salía. Y una y otra vez me decía a mí misma que, cuando fuera mayor, tendría tanto dinero y sería tan importante que vendría a comer a este restaurante todos los días. Alguna vez hasta soñé que entraba y el camarero me hacía una reverencia. ¡Qué ridículo!, ¿verdad? -sonreí.

Vi con pavor cómo él se dirigía hacia la puerta.

-¿Pero qué haces? – le reprendí.

-Voy a preguntar si tienen mesa para esta noche -declaró con una naturalidad pasmosa-. Si no, la reservaré para mañana.

-¡Ni hablar! ¿Te has vuelto loco?

-Bueno, ya sé que es caro pero deseo complacerte. No te preocupes. Que no sea rico no significa que no me pueda permitir de vez en cuando algún capricho de este tipo.

-¡Olvídalo!

-Pero si...

-¡He dicho que lo olvides! –le interrumpí con brusquedad- Yo no

pienso entrar ahí contigo ni con nadie.

Se retiró de la puerta y se acercó a mí con gesto confundido.

-¿Por qué? -preguntó- No entiendo.

-Yo sí que no te entiendo a ti. ¿Cómo es posible que el autor de El vagabundo y la pordiosera esté dispuesto a tirar el dinero en un lugar como este, infestado de gentuza frívola y ricachona? Yo sí que no te entiendo.

-Yo sólo pretendía...

-No, no lo entiendo -corté de nuevo-. Acabamos de cruzarnos con una puta vieja que cobra cincuenta céntimos la mamada. ¿Y tú ahora pretendes gastarte un montón de billetes para hacer realidad el ridículo sueño de una niña estúpida? ¿Sabes lo que creo? Creo que eres un farsante.

No replicó, se limitó a observarme como dolido por mi inesperada y feroz acometida. Sin embargo mi indignación, lejos de aplacarse y sin saber por qué, fue en aumento.

-Siempre hablas de historias de perdedores -continué-. Y con esas historias te alimentas y engordas. Utilizas a los perdedores como instrumento para tu propio éxito. No tienes conciencia.

-Hay algo peor que no tener conciencia -dijo al fin con un semblante severo-, y es tener una mala conciencia. ¿Qué te impide conseguir lo que quieres?

Aquella insinuación me dio de lleno en donde más me dolía. Encolerizada, intenté devolverle el golpe:

-¡Hipócrita!, ¡farsante! -grité-, ¡estafador!, ¡poeta de mierda!...

En ese mismo instante noté que alguien me tocaba en el hombro. Al volverme, vi al Cabra, uno de los chacales más peligrosos del barrio.

-¿Qué pasa, Guinda? -me preguntó- ¿Tienes algún problema con el pavo este?

-No -respondí, calmándome de inmediato, consciente de lo que podía suceder-. Es un amigo. Sólo estábamos discutiendo.

Sin embargo mi vilipendiado acompañante pareció embravecerse de pronto ante la desafiante mirada que le dirigía el chacal.

-¿Y tú quién puñetas eres? -preguntó con voz estentórea acercándose al Cabra- ¿Otro psicópata surgido de la sombra? No sois más que una pandilla de ratas encubridoras de asesinos.

El Cabra respondió propinándole un terrible puñetazo en el estómago que le hizo doblegarse y caer de rodillas al suelo. En el momento en que se disponía a lanzarle otro golpe, me interpuse.

-Escucha, Cabra -le dije-. Te he dicho que es un amigo, y no

consiento que nadie haga daño a un amigo. Ahora él está algo nervioso por la discusión que teníamos. No le hagas caso.

-¡Me ha llamado rata encapuchada!

-No, rata encubridora – aclaré.

-¡Bueno, da igual! A mí nadie me llama eso. Dile que se ande con cuidado conmigo o lo tajo en dos como a un cochino.

-Se lo diré, se lo diré. Ahora vete, por favor.

Continuó su camino farfullando una retahíla de improperios.

Me agaché junto a él para asistirle.

-¿Cómo estás?

Daba muestras de tener dificultades para respirar debido al golpe.

-Anda, levántate -le ayudé a incorporarse tomándole del brazo-. No te preocupes, enseguida se te pasará.

-El muy cabrón.... -masculló entrecortadamente- me ha dado en... mi punto débil.

-Ahora tranquilízate y camina. Apóyate en mí, y no intentes hablar. Respira hondo.

Pasó un brazo por encima de mi hombro y emprendimos el camino de regreso ante la mirada curiosa de algunos transeúntes. Enseguida volvimos a cruzarnos con Paloma.

-¡Así me gusta, Guinda! –gritó al reparar en la lastimosa imagen de mi compañero-. ¡Desfuéllalos a todos! No dejes ni a uno vivo. ¡Bonita!, ¡salerosa!, ¡reina!...

-¿Estás ya mejor? -le pregunté viendo que caminaba con un poco más de soltura.

Asintió.

-Mira que hablarle así al Cabra... -le dije-. Aún has salido bien parado y todo. Ese tipo es capaz de cortarle a uno la cabeza simplemente por no gustarle su cara. ¿Por qué te piensas que le llaman Cabra? Pasa más tiempo en la cárcel que fuera.

Poco a poco fue recobrándose, aunque continuaba con la mano extendida en el estómago.

-Ya te dije que estabas un poco fofo de ahí -comenté-. Te convendría hacer unos cuantos abdominales cada día.

Me lanzó una mirada fulminadora y retiró de súbito el brazo de mi hombro. Parecía enfadado de veras. Decidí no volver a abrir la boca para no empeorar las cosas.

Por fin llegamos a casa. Subimos las escaleras y luego él se dirigió directamente hacia la puerta de su apartamento. Me acerqué. No quería despedirme de aquella manera.

-¿Seguro que estás bien? –volví a preguntarle.

Asintió de nuevo.

-Siento mucho lo que ha ocurrido –intenté disculparme-, créeme.

-Olvídalo.

-¿Qué vas a cenar ahora? ¿Tienes algo de comida?

-No, pero da igual.

-Tengo en la nevera un yogur y una pera. Hoy tenía que haber ido a comprar pero...

-¿Un yogur y una pera? -preguntó enojado- Ahora mismo podríamos estar cenando en el mejor restaurante de la ciudad y disfrutando de un momento magnífico. Y en lugar de eso, ¿qué tengo? Un buen golpe en el estómago y otro en un lugar aún más doloroso. Has conseguido que me sintiera como un vejestorio fofo y estúpido. ¡Y ahora encima vienes y me ofreces un yogur y una pera!

-Es todo lo que tengo – murmuré.

Al verme tan afligida su semblante se dulcificó de pronto.

-Te lo agradezco –sonrió con ternura y deslizó con delicadeza una mano sobre mi cabello-. Es la primera vez en mi vida que alguien me ofrece todo lo que tiene. Gracias. Pero no quiero nada, en serio.

Tuve la sensación de que esa casi imperceptible caricia atravesó mis cabellos y mi piel hasta alcanzarme en lo más íntimo.

-¿Puedo hacerte una pregunta? -le dije sin pensarlo demasiado.

-Claro.

-¿Estás casado?

-No -respondió-. Lo estuve. Soy viudo desde hace dieciocho años. ¿Por qué lo preguntas?

-Por nada en especial. Suponía que un hombre que hubiera decidido instalarse aquí durante un tiempo no debía de tener familia.

-Bueno, tengo un hijo algo mayor que tú. Y también tengo un par de hermanos, varios sobrinos... En fin, claro que tengo familia, como todo el mundo.

-Como todo el mundo no -dije-. Yo no tengo.

-¿Ah, no?

-No. Pero no creas que lo lamento. Por lo que he podido ver la familia es un incordio.

-Sí, en muchos casos sí -comentó-. ¿Puedo hacerte una pregunta ahora yo a ti?

Asentí.

-¿Cuál es tu nombre real?

No me gustó la pregunta, de todas formas respondí sin vacilar:

-Olvido.

-Es un bonito nombre -opinó.

-A mí no me gusta. Lo detesto. Nunca me llames Olvido.

-Descuida, no lo haré.

-Bien, será mejor que entre en casa -sonreí con timidez-. Hasta mañana, Gregorio.

-Hasta mañana, Guinda.

Entré en mi apartamento y me dejé caer sobre la butaca. Me pregunté por qué todo había ido tan mal. Era difícil de asimilar la diversidad de emociones que se habían desencadenado en menos de un par de horas. Más que difícil, resultaba imposible de digerir, como la inexistente cena en Casa Begoña. Sí, todo había ido rematadamente mal. El destino parecía haberse reído de mí otra vez, desbaratando la ilusión encendida con la que había bajado a la calle para pasear y charlar con él. ¿Por qué? Si a mí me había quedado un regusto amargo por lo acontecido, no me atrevía ni a imaginar qué sería lo que le habría quedado a él.

Todo se había estropeado de repente, desde mi inexplicable reacción cuando él se disponía a entrar en el restaurante. Y luego esa insinuación suya que me había dolido. Porque ahí me apretaba el zapato. Sí, ahora empezaba a vislumbrar que había una razón oculta que me impedía conseguir lo que yo deseaba. Pero lo que más me molestaba era el hecho de que él hubiera reparado en algo de lo que ni siquiera yo era consciente. Con el agravante de que él acababa de conocerme, cuando se suponía que si alguno de los dos gozaba de cierta ventaja en ese sentido debía de ser yo.

El “bum, bum” resonó de nuevo en la pared. Había olvidado preguntarle al respecto. “Bum”, “bum”… “Bum”, “bum”… A ver si me acordaba mañana. “Bum”, “bum”… No se trataba de que aquel sonecillo fuera molesto, pero tenía curiosidad; por mucho que imaginara no lograba asociarlo a nada concreto; a ningún objeto, a ningún movimiento, a ningún animal… “Bum”, “bum”… Aquella exacta regularidad desmoronaba la idea de que pudiera tratarse de un ser vivo… ¡Y joder, qué insoportable sueño me daba!… “Bum”, bum”… “Bum”, “bum”…

CAPÍTULO 3

De vez en cuando, como carcajada del diablo, veo el cielo abierto. Entonces sé que algo me ocurrió siendo niña. Aquello me enfangó la vida. Pero de hoz y coz vuelvo a hundirme en una espesa bruma que ahoga mis penas. Por eso creo que el cielo, en lugar de aliviar, aviva el tormento de las almas dolientes… como el aguardiente abrasa en las sobresanaduras infectas.

Alba

A pesar de que era mi día libre, decidí levantarme temprano para comprar y llenar la nevera. Además, había pensado en invitarle a comer. No era una excelente cocinera, pero me defendía bien en la elaboración de algunos platos poco sofisticados. La idea se me fue haciendo cada vez más seductora. No lo pensé más, me aseé y salí de casa. La Chepas estaba sentada en su silla de mimbre bajo el umbral del portal abanicándose como siempre la cara y el pescuezo. Me miró de un modo que me hizo sospechar que algo andaba mal.

-¡Buenas chepas! -le dije con disimulada guasa, también como de costumbre, haciendo mención a la proporción de su joroba en lugar de saludarla como ella creía.

-De buenas nada -contestó-. ¿No te has enterado todavía?

-No. ¿De qué?

-Esta noche han matado a la Hilos, la costurera de Santa Marta.

-No sé quién es. ¿Y cómo ha sido?

-Claro que la conoces. ¡La Pepis, mujer! La madre de los Pelaos.

-Pero si era una pacífica ama de casa -comenté sorprendida-, casi una anciana.

-Para que veas. Hoy con esta moriscada de mierda por aquí nadie está seguro.

-¿Por qué crees que ha sido alguno de ellos? –le pregunté.

-¡No seas tonta! ¿Quién del barrio podía matar a la Hilos? A la pobre le cortaron el cuello cuando bajó a sacar la basura. La degollaron como a una marrana. Es así como esa gentuza mata a las mujeres y a los niños en sus países, como en Argelia ¿O es que no lees los noticieros?

-¿Dices que la degollaron? -pregunté horrorizada.

-Sí. Conoces este barrio tan bien como yo. Las dos sabemos que han pasado muchas cosas malas aquí. ¿Pero alguna vez alguien ha matado a una mujer como la Hilos? ¿Alguna vez ha aparecido

alguien con el cuello tajado?

-No que yo recuerde -respondí, con una sensación de hielo en el corazón, consciente de que la mayoría de la gente del barrio pensaría como ella-. ¿Pero qué sentido tiene? ¿Por qué? Quiero decir... ¿La robaron?

-No que se sepa. Yo no tengo la costumbre de llevar dinero encima cuando saco la basura fuera. ¿Tú sí?

-Pero nadie mata así como así, siempre hay un motivo. Tal vez se trate de alguna venganza relacionada con alguno de sus hijos.

-Y yo qué sé. De eso ya se encargará la policía -explicó-. Habrá que aguantar otra vez durante un tiempo al malaje del Sordo. Ahora mismo está mariposeando por ahí. Pero créeme, el único motivo de toda esta chusma es acabar con todos nosotros y quedarse con lo nuestro.

Salí a la calle. No deseaba continuar aquella estúpida conversación. El aire estaba ya tan caliente que costaba respirarse. Y la noticia del asesinato me había resecado aun más la boca. Enseguida volví a sentirme bañada en sudor. Las callejas empezaban a llenarse de gente, y los cuerpos a veces se rozaban malhumorados unos con otros, con la agresividad instintiva del animal despojado de su mínimo espacio vital. Pero no se oía el acostumbrado griterío, salvo el llanto de un niño y el ladrido de algún perro. Las demás voces eran como un solo murmullo, como el zumbido gregario de un enjambre lejano. Cuanto observaba u oía me resultaba surrealista y grotesco. Los semblantes eran hoscos y fríos, todo el mundo parecía compartir el mismo ánimo. Los rebrotes de hedor que emanaban las alcantarillas llegaron a provocarme una arcada de asco. Había que respirar por la boca. Sin embargo lo peor era un algo etéreo y tenebroso que parecía abrazarlo todo, algo que los sentidos no percibían pero cuya existencia se hacía tan real como el oxígeno corrompido que henchían los pulmones. La policía estaba por todas partes. Iban en parejas y de vez en cuando paraban a personas étnicamente sospechosas, pero no vi ninguna detención, tan sólo se limitaban a anotar algunos datos en sendos cuadernos que portaban. Y lo que más me sorprendió fue no observar apenas a ningún inmigrante intentando eludir a los agentes, dando media vuelta o alterando su rumbo, a diferencia de cómo solía suceder hasta ahora. Más bien daba la impresión de que buscaban la proximidad policial, lo que sugería que el rumor del asesinato de una vecina por parte de un magrebí se había extendido por todo el barrio. El jurado popular, constituido por un grupo de comerciantes asustados, haraganes

ignorantes, delincuentes y chulos, había pronunciado su veredicto: el "otro" era el culpable. No había duda de que las cosas cambiaban demasiado deprisa. Me costaba creer que en algún momento de mi vida me hubiera podido sentir segura en medio de todo aquello. El mundo donde yo había crecido ya no existía. Miré a mi alrededor durante unos instantes para cerciorarme de ese hecho irrefutable. No reconocí a nadie. Yo también era una extraña.

Entré en El Duende y me dirigí hacia un rincón de la barra, bajo un destartalado aparato que sólo producía ruido y resoplos de aire templado. Había gente, aunque no demasiada. Tuve la desgracia de tener que sentarme junto al Lupo, a quien no veía desde hacía tiempo. Pero me resigné. El Lupo era un tipo repugnante pero muy culto, uno de esos especímenes cada vez más abundantes en la juventud universitaria de hoy, imbuidos de información y conocimiento pero psicopatizados, carentes de sensibilidad y sentimientos nobles. A diferencia del temperamento visceral del que hacían gala la mayoría de los quinquis del barrio, él parecía carecer de emotividad, su mente era fría, racional y analítica. Tenía la cara siempre encarnada y sudorosa, incluso en invierno, sobre todo cuando llevaba alguna copa de más. Su cutis granujiento y aquellas greñas mantecosas constituían los rasgos más característicos de su imagen. Usaba gafas con cristal de culo de botella y con una varilla siempre enmendada por un esparadrapo. Debía de rondar los treinta años y tenía ya dos licenciaturas. Nunca te saludaba al verte, sólo expresaba una mueca a modo de sonrisa que mostraba una dentadura sarrosa y unas encías a juego con la negrura brillantina de su cabello.

El ambiente en el local estaba bastante tenso, la indignación y la rabia eran palpables. Al fondo, en la mesa que había junto a un ventanal abierto, estaban reunidos algunos de los gerifaltes del barrio, un conventículo formado por el Lobo, el tío Roke, el Bacalao y el Gran Capitán con su hijo mayor, un cuarentón subnormal que siempre asistía como convidado de piedra.

-Mira a esos capullos -dijo el Lupo con desprecio señalando con la mirada a la mesa del fondo-. Todavía creen que son alguien y no son más que una pandilla de mierdas.

Pude ver que había bebido más de la cuenta.

-No saben que tienen la partida perdida -continuó-. El adversario es más numeroso y mucho más inteligente. Es gente que ha abandonado su poblado, su país, ha cruzado el mar y, con todos los factores en contra, ha logrado establecerse en un territorio diferente, más rico y prometedor. Son personas aguerridas que no

dudan en arriesgar sus vidas por ir tras su sueño. En cambio esos capullos y sus familias tienen pensado morir en la misma cloaca donde nacieron. Unos representan el futuro y la esperanza, los otros la decadencia más miserable. No hay color, desde luego ¡Ha sucedido tantas veces en la historia!

-¿Es así como ves a los magrebíes? -le pregunté.

-No sólo a los moracos sino a los inmigrantes en general -matizó-. Observa que en este barrio cada día hay más pakistaníes, chinos, negratas, sudacas...

-Sí, es verdad.

-Los pobres idiotas -dijo volviendo a dirigir su mirada hacia la mesa del rincón- creen que todo ese despliegue policial se debe a lo sucedido anoche.

-¿Y no es así?

Me miró con asombro y luego volvió a mostrar su fuliginosa dentadura en lo que pretendía ser una sonrisa.

-Vamos, Guinda. ¿Tú también? ¿Desde cuándo has visto algo parecido por un asesinato ocurrido en el barrio? Para eso ya está el Sordo y el gilipollas de turno que siempre le acompaña. No creas que toda esta policía ha venido para poner orden ni para protegernos, sino para todo lo contrario.

-¿Me tomas el pelo?

-Va a ponerse en marcha de modo inminente un proceso extraordinario de regularización masiva -explicó-. O sea, van a legalizarlos a todos. Dicen que se ven obligados a hacerlo por razones económicas y de seguridad. Además, hay una gran presión social y las elecciones generales están a la vuelta de la esquina. Lo que están haciendo ahora es realizar una especie de censo para poder empezar a trabajar de acuerdo a unos números más o menos fiables. Eso es todo.

-Si eso es verdad, no contribuirá a tranquilizar los ánimos precisamente.

-No, no precisamente -convino-. Algunos se van a enfadar mucho cuando vean que en lugar de buscar entre ellos al asesino se les concede un premio de tal envergadura. Sí, se van a enfadar mucho. Mañana puede ser divertido.

Un breve cruce de miradas me permitió captar al instante que el Lupo lamentó de inmediato aquel último comentario. Detecté un anómalo fulgor en sus ojillos vidriosos, un súbito rubor que enseguida intentó encubrir con bastante torpeza. Fue esa reacción fugaz, más que sus palabras, lo que me reveló que ocultaba algo escabroso. Disimulé, actué como si no hubiera oído nada, pero

congelé en mi mente ese inquietante fotograma. ¿Por qué había dicho eso?, me preguntaba. ¡Mañana! ¡Mañana!...

-¿Te apetece otra cerveza? -le pregunté-. Te invito -y solicité dos cervezas sin esperar su respuesta.

-Se agradece –dijo no obstante.

-¿Sabes?, tienes razón -comenté con fingido desinterés, con la intención de sonsacarle algo- No hay nada que hacer.

-No, legalmente no. Las oenegés están con ellos, y los sindicatos, y los partidos de izquierda... Incluso la policía les tiene más simpatía que a nosotros. Los medios de comunicación ni te cuento. Toda institución u organización los defiende y protege, pero en realidad todos los desprecian. Dentro de un par de generaciones buena parte de sus descendientes ni siquiera vivirán en barrios como este, sino en la parte alta de la ciudad. Tiempo al tiempo, ya verás -tomó la botella de cerveza recién abierta y amorró un largo trago-. ¡Pero!... Pero de lo que se trata es que hasta entonces elijan otros lugares para vivir, y como por las buenas no puede ser pues tendrá que ser por las malas.

-Por las malas tampoco puede ser -murmuré con un gesto indolente, simulando una apatía que pretendía facilitar un tono cómplice y confidente.

Sin embargo el Lupo ahora no dijo nada. Tal vez yo estaba siendo demasiado directa.

-Porque... -continué con la misma tesitura-, ¿cuál es en realidad el problema de fondo? ¿La xenofobia? ¿El miedo y el rechazo al otro diferente? ¿El espíritu tribal heredado del paleolítico?...

-Sí, pero sólo en parte -matizó-. Digamos que en un cincuenta por ciento.

-¿Cuál es la otra parte? -pregunté.

Antes de responder volvió a tomar otro trago.

-Te acabo de hablar de razones de seguridad y económicas -explicó-. No existen razones más poderosas que esas dos para actuar. Nunca. Ante una profunda crisis, la libertad es lo primero que mandan a la mierda. De nada sirve que millones de personas hayan muerto por defenderla. Los animales también matan por cuestiones de territorio y recursos. En eso no nos diferenciamos de ellos.

-¿Dónde están aquí las razones económicas? ¿Pretendes decir que esa gente nos quita el trabajo a nosotros? ¡No me hagas reír! Sabes perfectamente que la inmensa mayoría de ellos se dedican a actividades que nadie quiere hacer. En lo económico no veo más que ventajas: compran en las tiendas, consumen, compensan

nuestro bajo índice de natalidad... y cuando los legalicen pagarán sus impuestos. No veo el problema económico por ninguna parte.

-No profundizas lo suficiente -sonrió de nuevo con autosuficiencia-. Déjate de generalidades superficiales. Hablemos del barrio y su idiosincrasia, ¿quieres? ¿Cuál es la única actividad que se desarrolla aquí y que genera un montón de viruta?

Entonces lo vi claro, fue como si me despojaran de pronto de una venda que me cubría los ojos. Todo se hizo tan evidente y lógico que noté una especie de llamarada en el cerebro. ¿Cómo podía no haber reparado antes en ello? No era de extrañar que el Lupo sonriera de aquella manera ante mi ingenuidad. Sin decirme nada concreto, sólo por medio de insinuaciones y preguntas, acababa de confesármelo todo. El barrio era el centro neurálgico del control y la distribución de la heroína en la ciudad, y por lo visto los magrebíes habían comenzado a ocasionar problemas en ese sentido. Había mucho dinero por medio. Incluso se sabía que algunos miembros de la policía estaban implicados. Pero la terrible pregunta era si el asesinato recién ocurrido tenía algo que ver con ese asunto. Mi sospecha apuntaba a que se había iniciado una oscura maniobra para deshacerse de la interferencia magrebí, una maniobra dirigida por unos pocos elementos de los que el Lupo, tal vez, formaba parte, y que excluiría a la "pandilla de mierdas" a la que acababa de referirse. Pero de momento todo no era más que eso, una simple sospecha. Era necesario esperar a mañana para confirmar algo que, nada más pensarlo, estremecía. "Mañana puede ser divertido", recordé. ¡Ojalá aquello se debiera sólo a una sobredosis imaginativa por mi parte!

Tras realizar las compras regresé a casa. En el camino me crucé con el Sordo, que conversaba en la calle con otros dos policías. Tuve un sentimiento inaudito al verle: deseé con toda mi alma que sus investigaciones fueran en la dirección correcta. Pero era poco probable. Aquella trama, de ser cierta, podía resultar demasiado complicada para un simple policía, quizá a las órdenes de un superior corrupto.

El Sordo era un inspector de homicidios, cada vez que se producía alguna acción criminal se dejaba caer por el barrio. Su verdadero nombre, mejor dicho, su apellido era Contreras. Lo llamaban Sordo en sentido burlesco, porque decían que nunca se enteraba de nada. A menudo, cuando transitaba por alguna de esas callejas amuralladas y plagadas de ventanas, celosías y balcones, se oía una voz anónima y resonante que le gritaba: "¡Contreras, que no te enteras!". Y el hombre proseguía su camino sin alterar su porte

impasible. La gente se mofaba de él a sus espaldas, lo que en cierta manera demostraba que no se trataba de un mal tipo, ya que de haberlo sido se habrían limitado a odiarlo. A mí sólo me había interrogado una vez, por supuesto sin ningún éxito por su parte. Pero en todo momento me había tratado con respeto y hasta con un punto de amabilidad, cosa que no dejó de chocarme debido a mi rígido prejuicio en lo concerniente a la pasma. Parecía no compartir la prepotencia de los otros policías. Era un hombre de mediana edad y estatura, calvo y con bigote. Vestía con desaliño, aunque se le veía limpio. Pero lo que más me llamaba la atención era su temple siempre grave y moderado, nunca le había visto reír ni enojarse. Yo tenía la idea de que era un hombre más sagaz de lo que la gente suponía. En un entorno tan extraordinariamente hostil para cualquier representante de la ley, no había resuelto menos casos (aunque pocos, eso sí) de lo que habría conseguido otro individuo más protervo y con el empleo de los más mezquinos medios disuasorios.

En la boca de una cloaca distinguí tres hocicos husmeadores de ratas grises y gordas. Vacilantes, ansiaban huir de las candentes entrañas de la ciudad pero se retenían acobardadas ante la constante presencia humana. Era muy habitual verlas correr por la noche a sus anchas, tomando la fresca. Yo misma había podido observar, casi con admiración, cómo algunas trepaban y se desplazaban por el tendido eléctrico de un edificio a otro, como hábiles equilibristas. A menudo me preguntaba por qué Dios o la naturaleza había dotado de aquella perfección biológica a tan repugnantes seres. Todo las engordaba, incluso el veneno. En alguna parte había leído que, tras una devastación nuclear, las ratas y las cucarachas serían las reinas de la eterna noche. La idea de sobrevivir a un cataclismo semejante resultaba aterradora. Sin embargo yo compartía la generalizada voluntad de aferrarse a la vida a cualquier precio. No podía ser de otra forma para quien había tenido que bregar como yo, sola desde la niñez. Pero esa lucha desesperada por la subsistencia no era defendida, aunque sí comprendida, por mi estimado vecino. Porque toda lucha, por pequeña que fuera, constituía de algún modo una forma de épica. Y yo guardaba en casa un recorte de una entrevista que le habían realizado hacía algunos años en donde, entre otras cosas, podían leerse lindezas como éstas: “Es necesario que el ser humano abandone de una vez y para siempre su dimensión épica y mítica, su infantilismo moral [...] Ulises era un pobre diablo, porque ignoraba que la vida le había sido regalada”.. O como esta otra:

“Más importante que uno mismo es la humanidad, es decir, uno mismo”. Algunas de esas afirmaciones llegaba incluso a validarlas por medio de un pasaje evangélico: “Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura” (Mateo, 6, 33). Pero, según él, el Reino de Dios y su justicia no es dogmatismo, nada ni nadie puede fiscalizarlos, porque simplemente es amor. Y por si esto aún fuera poco, tales ideas le servían para engarzar con el pensamiento de San Agustín y su teoría del libre albedrío: “Ama y haz lo que quieras”; “Al hombre justo todo le está permitido”... En definitiva: “Somos libres por mal que nos pese, la libertad es lo único que confiere sentido a la existencia humana”.

Y yo, en mi ignorancia, no entendía. Porque, ¿era acaso posible? ¿Cómo un aspecto inherente a la naturaleza humana podía ser simplemente abandonado? ¿Dónde quedaría entonces el ya incuestionable inconsciente colectivo, constituido sobre todo de mitología y épica? ¿Podían evaporarse sin más? ¿Éramos libres en lugar de esclavos asustados? ¿Era en verdad posible llevar la libertad hasta tal extremo?... Preguntas y más preguntas se agolpaban en mi mente sin demasiado orden pero con la firme esperanza de ser formuladas a su debido tiempo. Había afirmaciones que no podían hacerse y luego dejarlas ahí, como si no se hubiera dicho nada, como si una declaración semejante no exigiera cuanto menos un denso ensayo dadas sus enormes implicaciones en el campo de la conciencia. Porque sobrevivir en determinados medios o entornos exigía una constante heroicidad, y el éxito de la batalla diaria era recompensado con un día de vida, de una vida miserable, ¡pero de vida! Sí, había algunas cuantas cosas que debía explicarme, le gustara o no. ¡Vaya si me las iba a explicar! Como estudiante de filosofía, y como persona hambrienta de respuestas, no iba a desaprovechar la ocasión. Al fin y al cabo esa curiosidad innata por saber y comprender era lo que me había salvado de la autodestrucción.

Subí las escaleras. Vi su puerta entreabierta. Quizá la hubiera dejado así con la intención de provocar un poco de corriente de aire. Me había olvidado de prestarle mi ventilador. Me asomé con sigilo para observar qué hacía. Se hallaba sentado frente a su máquina de escribir en actitud reconcentrada, y de vez en cuando trastabillaba a ráfagas el teclado, por completo absorto en su mundo. Esa imagen me enterneció. Me pregunté hasta qué punto ese mundo tenía que ver con el real, con la suciedad, con la brutalidad, con el engaño que un hombre como él parecía incapaz siquiera de lucubrar. Él estaba ahí, escribiendo, por completo

entregado a una labor que no interesaba a nadie. Profundo y trascendente, ajeno e incomprendido. Náufrago desertor de su odisea. Él estaba ahí, solo. Completamente solo. Completamente inútil.

CAPÍTULO 4

El viento helado de la sierra cortaba la piel. Pablo tomó en sus manos al cachorro salvaje, aterido y famélico, cuyos ojillos saltones parecían desprendidos de sus cuencas. Tomó el destral y se tajó en el antebrazo. La sangre empezó a brotar profusamente. Al aproximar la herida al hocico del animal, éste comenzó a lamer con avidez. El hombre tuvo la sensación de que aquellos desesperados lametones eran besos de agradecimiento, no ya sólo del cachorro sino de la vida misma.

Ambos bromeamos y reímos durante la comida. Alabó mi guiso de patatas con bacalao y mi humilde ensalada de pollo. Me gustaba su manera de comer, era refinada y ceremoniosa, muy diferente de la mía, que más que acelerada a veces parecía compulsiva, por lo que tuve que ralentizar mi ritmo para acompañarle en los platos. A la hora del café el ambiente adquirió un cierto intimismo propiciado por el prólogo de una charla jovial, de una abundante comida y un vino aceptable. Sin apenas darme cuenta empecé a hablarle de mí, del gimnasio, de los estudios, de mi forma habitual de vida... Le dije que me gustaba mi trabajo (si bien ahora menos que antes), porque para mí era una necesidad desarrollar una actividad que me permitiera liberar las tensiones, que no eran pocas, y canalizar mi energía. Él me estuvo escuchando con atención, sólo aprecié un sutil gesto de sorpresa en su rostro cuando le confesé que estudiaba filosofía. Pero ni siquiera entonces quiso interrumpirme. Aunque tuve la impresión de que su mirada se hizo más intensa, como si me hubiera convertido de pronto en una mujer algo más misteriosa para él. De todos modos consideré que yo estaba hablando demasiado y que ya era hora de que tomara él un poco la palabra. Aproveché para preguntarle algo que me daba vueltas en la cabeza.

-¿Por qué dijiste que esta novela que estás escribiendo posiblemente sea la última?

-¿Yo dije eso?

-Sí, lo dijiste. Lo recuerdo muy bien.

-Bueno, no sé... -balbuceó- En cualquier tal vez sea cierto, posiblemente sea la última. ¿Quién puede saberlo?

-Pero la gente no va por ahí diciendo que posiblemente hoy sea su último día de vida -objeté-, o su último día de trabajo, o su último encuentro con un familiar... ¿Por qué lo dijiste?

Se tomó unos instantes antes de responder.

-Es algo complicado de explicar -dijo-. No sé por qué, pero fue esa la impresión que tuve. Justo cuando me instalé aquí, de pronto, en un instante, supe de alguna manera que iba a escribir mi última obra. No es una sensación demasiado extraña para mí. La he tenido en alguna otra ocasión. Y siempre ha acertado. Por ejemplo, el caso más curioso que me ocurrió fue con respecto a un amigo.

-¿Qué pasó?

-Nos solíamos encontrar cada sábado por la tarde en una vieja cafetería. De eso hace unos cinco años. Un día, al despedirme de él, cuando nos dábamos la mano, un escalofrío me recorrió el cuerpo y llegó ese presentimiento. Me dije a mí mismo: "¡Qué tontería!, si el sábado próximo vamos a volver a vernos, si no existe ninguna razón que en principio pueda impedirlo"... Pero la verdad fue que nunca más volví a verlo. Desapareció, abandonó su hogar y se marchó, nadie sabe dónde. Se le ha buscado por todo el país, y nada. Como si la tierra se lo hubiera tragado. Y te vas a reír si te cuento una cosa.

-Qué -dije con la sonrisa ya preparada.

-Que las últimas palabras que dirigió a su mujer fueron que bajaba a la calle un momento para comprar tabaco.

Solté una carcajada.

-Me temo que tu amigo esté en las Seychelles partiendo cocos para los turistas -comenté risueña.

-Es posible, pero se habría ido con lo puesto, sin más ropa que la que llevaba, sin dinero. No deja de ser incomprensible.

-Sí -convine-. No sabes hasta qué punto detesto los misterios. No lo soporto.

-Pues entonces lo tienes muy mal. La vida toda es un misterio.

-Yo no creo que tenga que ser así -opiné-. Otra cosa es que no se haya llegado aún a ciertas respuestas. Pienso, como Hegel, que la razón es la única realidad, y viceversa.

-La razón sólo puede tratar con conceptos, y la realidad no es un concepto. Pero no vamos a discutir eso ahora. Afortunadamente la vida humana no es un algoritmo. Imagínate una vida sin misterio, una vida calculada, previsible, aritmética. ¡Espantoso!

-¿Espantoso? ¿Por qué? - le pregunté -. Lo espantoso es saber que fuerzas ocultas y desconocidas rigen tu vida, porque no hay manera de controlarlas.

-Créeme si te digo que esas fuerzas existen y no hay forma de controlarlas. Pero lo que sí puedes hacer es abrirte a ellas y rendirles vasallaje, ponerte a su entera disposición aunque jamás las entiendas, convertirte en un aliado en lugar de un patético guerrero

que pugna inútilmente contra ellas. Porque si no, aparte de ser una infeliz toda tu vida, morirás de agotamiento.

Sonreí de nuevo.

-¡Cómo se nota que eres escritor! -le dije-. Por un momento me ha parecido que estabas contando una historia medieval de reyes, vasallos y traidores. Veo que los dos tenemos maneras muy distintas de ver las cosas. Yo soy racionalista.

-Te voy a contar otra pequeña historia, si me lo permites. Había una vez un niño junto a un manzano. En la parte más elevada del árbol había una hermosa manzana dorada. No había más fruta que ésa. El niño, obsesionado con la idea de hacerse con ella, no cesaba de saltar y saltar. Y pesar de que en cada salto que daba ponía todo su esfuerzo, su mano nunca llegaba siquiera a acariciar al deseado fruto dorado. Pero aun así el niño continuaba saltando incesantemente. La pregunta es: ¿qué le impide al niño comprender de una vez por todas que jamás alcanzará la manzana por mucho que insista en sus saltos?

-No lo sé. Porque se tratará de un niño tonto, supongo.

-No es tonto –precisó sonriendo-. Es muy listo y hábil para otras cosas. Sin embargo con esto de la manzana parece ser incapaz de aprender de su propia experiencia. Ni siquiera se detiene un instante para preguntarse por qué no puede alcanzarla. Sigue y sigue una y otra vez en su inútil propósito.

-Estás intentando llevarme a algún punto que no acabo de ver todavía –le dije-. ¿Qué se supone que representa el niño?

-Está claro. El niño se llama Pensamiento.

-¿Y la manzana dorada?

-Verdad –respondió-. Pero espera, aún no ha acabado la historia. Un día, de pronto, el niño se detiene, mira la manzana, y por fin comprende que por mucho que salte no podrá alcanzarla nunca. Asumida esa evidencia, cede al fin en su empeño, y como está muy cansado se recuesta en el tronco del árbol. Se olvida por completo de la manzana al observar la belleza del cielo. Y entonces, ¡zas!, la manzana cae justo a su lado.

-¿Y esto qué quiere decir? –pregunté.

-¿Tú qué dirías?

-Yo diría que al creador de ese supuesto mundo, o al de la historia, le gusta joder la marrana.

Se echó a reír. Tenía una risa sonora y contagiosa. Era la primera vez que le oía soltar una carcajada y me gustó. Luego aclaró:

-No se trata de eso exactamente. Más bien el que parece

recrearse jodiéndose la marrana es el niño, que no aprende.

-¿Pero qué es lo que debe aprender? Yo no creo que la mejor forma de conseguir algo sea recostándote en un árbol. ¿De veras que tú sí?

-No estamos hablando de cualquier cosa –explicó-, sino de algo inalcanzable para la razón, a lo que no puede llegarse por medio del esfuerzo ni de la voluntad.

-¿Entonces por qué no dices que es inalcanzable para el ser humano, y punto?

-Porque no lo es a menos que te obstines en continuar saltando. Es alcanzable, mejor dicho, eso te alcanza a ti cuando abandonas tus requerimientos, cuando permites una entrada, un espacio que una mente que requiere y anhela siempre impide.

-Todo esto me resulta demasiado extraño –dije-. Dime al menos qué sabor tiene ese fruto.

-¿Pero qué dices? –preguntó casi ofendido- En ningún momento he dicho yo que...

-Pero estás hablando de ello. Se supone que hablas con conocimiento de causa, ¿no?

-No, aquí no puede haber conocimiento ni causa. Sería un estúpido si dijera que he conseguido algo.

-¡Muy bien! –suspiré-. No lo digas si no quieres.

-Sólo se consigue algo cuando media la voluntad y el esfuerzo. Por lo tanto utilizar aquí este verbo no tiene sentido.

-Sé que has visto algo que muy pocos han visto. No entiendo por qué niegas en ti lo que resulta evidente. Más que por humildad, parece como si te avergonzaras. No sé cómo explicarlo. Algo parecido a lo que me ocurre a mí con mis libros y con la gente de aquí. Por ejemplo, el otro día, cuando te dije que eras poeta...

-¡Es que no soy poeta! –cortó.

-¿Lo ves? “Vivir poéticamente, morir poéticamente, no hay vida ni muerte más plenas que ésas” –parafraseé-. ¿Recuerdas?

-No –respondió-. ¿Quién dijo eso?

-¡Tú!, lo dijiste tú. Lo recuerdo muy bien. ¿Por qué nunca recuerdas lo que dices? ¿Sufres Alzheimer? ...

-No, aunque a veces me lo dicen. Lo que pasa es que soy algo olvidadizo y despistado.

Le miré con dulzura. Aquella transparente humildad que percibí en sus ojos me conmovió.

-Tu prosa está preñada de poesía –le dije-, aunque tú ni siquiera te des cuenta. Y también está impregnada de un cierto olor a manzana dorada. No es necesario escribir una colección de

insustanciales poemas ripiosos para ser poeta, eso lo hace cualquier imbécil. Ni tampoco es necesario escribir un sesudo ensayo para ser inteligente, eso lo hace cualquier intelectualoide de postín.

-Tengo la impresión de que tú me has estado ocultando algo –comentó escamado-. ¿Cómo es que conoces declaraciones que he hecho hace tiempo?

-Hace tiempo que sé de ti –confesé-. Eres uno de mis autores favoritos. Siempre te he admirado.

Expresó un semblante sorprendido.

-Qué curiosa es la vida ¿verdad? –proseguí-. Estoy empezando a sospechar que tienes razón, que hay fuerzas misteriosas que actúan sobre nosotros. Nunca me había sucedido nada semejante. Ahora mismo tú y yo estamos aquí, comiendo y charlando juntos... ¿Sólo por una simple casualidad? Ya sé lo que te estarás preguntando. No entiendes por qué actué contigo de esa manera tan ruda cuando te vi. ¿Me equivoco?... Si quieres que sea sincera, ni yo misma lo sé. Soy así, contradictoria, absurda, rematadamente idiota. Soy como el rey Midas pero al revés, todo lo que toco lo convierto en porquería. Todavía no comprendo que te dignes a dirigirme la palabra.

-Te subestimas mucho –dijo a sovoz, en un tono cálido-. Tú eres una mujer extraordinaria, honesta y noble.

-¿De veras lo crees? –pregunté, tragando saliva a causa de una súbita emoción.

-Sí. No entiendo cómo has podido surgir en medio de todo esto. Es otro maravilloso misterio. Y además eres fuerte. Tienes la facultad de revitalizar a quien está a tu lado. Y créeme, eso es algo que yo estaba necesitando.

-Tú en cambio me inspiras una paz que nunca he tenido.

-Me estoy convirtiendo en un hombre triste –prosiguió-. Muy a pesar mío. Los hombres a mi edad empezamos a llevar encima un exceso de ropaje interno que a veces nos pesa demasiado. Es una trampa en la que caes sin darte cuenta. Sabes qué atuendo exacto tienes que lucir en un determinado momento. Todo se hace tan rutinario y monótono que no tienes ni que pensar. Esa experiencia y ese amplio surtido de telas te da seguridad y comodidad, pero lo que haces en realidad es apagar tu vida. Hay que saber mostrarse desnudo de vez en cuando para vivir de verdad. Mostrarse vulnerable, frágil, indefenso, e incluso desconcertado... –sonrió-. Con tu manera de proceder el otro día conmigo, lo que hiciste fue desnudarme de golpe. No me gustó lo que hiciste, pero me dejó fascinado. Fue muy incómodo, sí, pero me ayudaste a conseguir algo que no podía hacer solo. Me sentí desnudo. Todo mi ropaje se

fue a la mierda. Fue como dejar de tener identidad y volver a sentirme niño. Un niño que empezaba a creer que ya había muerto.

-Ahora comprendo –asentí-. Cualquier otra persona no me habría perdonado jamás por eso. Eres muy diferente a todos los que he conocido. A todo el mundo le asusta la idea de perder la identidad.

-Sí –convino-, y en esto el tiempo no juega a favor sino en contra. Cuando las personas llegan a viejas, suelen convertirse en una caricatura de lo que han sido. Suele ser así, aunque no tiene por qué ser así. Es un error creer en la evolución o en la idea de que el tiempo hace mejor a la gente. Con el tiempo, puede que al niño de la historia se le desarrollen unas patas de canguro de tanto saltar, pero no se hará más inteligente ni más sabio, sino más terco, víctima de su propia inercia. Incluso es posible que la naturaleza vaya reforzando una disposición genética para el salto, con lo cual se ha creado un nuevo obstáculo que en un principio no tenía. Es por eso que el mundo está como está, cada vez más confuso y escéptico, a pesar de todo el maquillaje que lleva encima.

-¿Dónde crees que está la solución? –pregunté con interés.

-Tú lo has dicho. De vez en cuando hay que saber perder la identidad, hay que saber morir psicológicamente. Sólo así puede vivirse la auténtica libertad. Por mucho que hagas en esta vida, por muchas cosas que alcances o consigas, tu existencia está condenada a ser trágica, porque al final te espera lo que tú consideras una tragedia. El tiempo es un aliado de la muerte. Pero ya te he dicho que no tiene por qué ser así.

-¿Qué entiendes por morir poéticamente?

-Morir sin miedo –respondió-. Y no sólo no tener miedo, sino llamar a la muerte, desearla, entregarse por completo a ella cuando sabes que ha llegado el momento. Entonces no hay tragedia sino algo muy diferente. Pero esto es imposible para quien se ha pasado la vida identificándose de modo constante, para quien no ha sabido morir muchas veces antes.

-Sí ésa fuera la solución –opiné-, creo que entonces no habría solución.

-Más que de una solución se trata de la alternativa. Es muy posible que esa alternativa nunca llegue a vivirse, ya que como te he dicho el tiempo suele jugar en contra. Más bien al revés, hoy parece que la gente tiene más necesidad que nunca de identificarse con algo supuestamente grande, como una bandera, una idea o un ideal, un partido político, un héroe con forma de actor o cantante, una religión, un dios o un semidiós, un equipo de fútbol... ¡Con

tantas cosas puede glorificarse el yo! Uno se identifica con su mito y así elude su propia insignificancia, intenta escapar de sí mismo.

-¿Un equipo de fútbol? –sonreí.

-No es por casualidad que los deportes de competición desaten hoy tantas pasiones. Ahí hay algo en apariencia inofensivo pero en realidad muy venenoso. Es la vieja épica reciclada a los tiempos actuales. Continúa siendo lo mismo. Pero lo peor es la imbecilidad suprema que te hace pensar que amas unos colores, un club o lo que sea. Confunden la miel con el veneno, el amor con la adoración al yo. El ser humano de hoy es un ególatra como nunca antes lo ha sido. Ahí está la clave, y no en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, ...que es otro bello maquillaje.

-Creo que sería más sencillo y fácil para ti aceptar que no hay solución, o alternativa, o como quieras llamarlo –declaré-. La manzana dorada no existe. O si acaso sólo existe en ti, porque tú la has creado. Los Reyes Magos son los padres. Pero siempre resulta enternecedor encontrar un niño que cree en ellos.

-¡Vaya! Me han llamado muchas cosas en la vida, pero nunca niño ingenuo. ¿Es así cómo me ves?

Me incorporé para servirle más café. Quise hacer una pausa antes de responderle, para precisar mejor mis palabras. Al acercarme con la cafetera humeante en la mano, al aproximar nuestros espacios, noté una intensa atracción a la que tuve que oponer resistencia, una atracción desprovista de voluntad y deseo, física, y que llegó a desconcertarme. Tomé asiento de nuevo, y le dije:

-En este mundo de mierda, lo único que puede mantener limpia a una persona es la ingenuidad. Para mí morir poéticamente es eso, morir con esa inocencia que te ha mantenido a salvo de la realidad putrefacta, sin odio, sin resentimientos ni frustraciones. Morir como Don Quijote, convencido de una realidad alucinante y absurda, pero bella y elevada. Morir engañado, pero ennoblecido. Loco, pero limpio. Pero claro, hay personas que por las circunstancias que nos ha tocado vivir no hemos podido permitirnos el lujo de ver gigantes en donde sólo hay ruinosos molinos de viento. De haber sido así, ahora mismo no estaríamos respirando.

-Creo que confundes la inocencia con la ignorancia –dijo-. La inocencia adulta sólo puede darse en alguien que ha vuelto, no en alguien que aún no ha ido. En alguien que conoce y comprende el dolor, no en alguien que intenta siempre eludirlo por medio de mil maneras. El Hijo Pródigo puede llegar a vivir la inocencia, pero no su hermano. Por lo tanto, tú estás en mejores condiciones que otros

para poder experimentarla.

-No, eso es imposible.

-Es imposible mientras continúes pensando como piensas –precisó-, militando en ese positivismo que siempre surge del temor a lo desconocido. Cada uno se crea una realidad de acuerdo a sus creencias. Si para ti es imposible, entonces lo haces imposible.

-Es imposible –repetí.

-Explícame por qué es imposible.

-Bueno, ya te he dicho que hay personas que por desgracia no podemos…

-Eso es un engaño –zanjó-. Lo que ocurre es que la culpabilidad impide la inocencia, y tú en el fondo crees que te ha tocado la vida que te merecías. Dime si me equivoco. Aunque te cueste creerlo, hay mucha gente instalada cómodamente fuera de este barrio, en la parte más alta y limpia de la ciudad, con un dolor tan desgarrador que ni siquiera duele. Porque para sentir el dolor hay que estar vivo. No hay nada peor que vivir estando muerto.

-No entiendo lo que quieres decir.

-Mejor para ti si no sabes de qué hablo.

Sonreí con ironía.

-Ahora resulta que conoces el dolor y la miseria mejor que yo –le dije-. ¿Para eso has venido aquí? ¿Para aleccionarnos con tus teorías? Dime, ¿qué es lo más grave que te ha sucedido en la vida? ¿Que tu mamá se muriera a los ochenta años en una residencia de lujo? ¿Que tu papá te negara una bolsa de caramelos cuando eras pequeñito?…

-Tienes razón, no soy digno de pertenecer al club –dijo-. Qué quieres. Siempre hay una tendencia a considerar los demonios de uno como los más terribles. Yo nunca me reiría de un niño que llora porque su padre le niega un caramelo. En su simpleza, él piensa que recibir ese caramelo que tanto desea es un acto de amor. Algunos llaman a eso el egoísmo natural del niño, pero es algo más. Los niños exigen amor porque exigen vivir.

-Ya –respondí con una mueca de desdén-. Intenta conmover con esas palabras a una madre cuyo hijo llora de hambre y no tiene nada qué darle. Si por desgracia su hijo muere, ¿crees que alguien en el mundo puede venir a hablarle de dolor?

-No. Lo más probable es que el dolor sea tan grande que llegue a insensibilizar su alma. Ése es el peligro del dolor. El dolor es un síntoma, no el camino.

-¿Ése es el peligro? –sonreí ahora incrédula- ¿Insinúas que hay una manera mejor de sobrellevar una experiencia semejante?

-Yo no insinúo nada –dijo tajante-. No se puede pontificar sobre estas cuestiones, y no voy a hacerlo.

-Por lo que veo eres de los que lanzan la piedra y luego esconden la mano. ¡Qué jodidamente diferentes somos tú y yo! Pero no voy a contentarme con tu quiebro de torero. Has hablado antes de demonios. ¿Cuáles son los tuyos?

-¿Te interesa conocerlos? –preguntó.

-Sí.

-Crees que he tenido una vida facilona y ñoña, ¿no es cierto? Me gustaría saber qué te hace pensar eso.

-No lo sé. Estoy algo confundida respecto a ti. Tus historias están llenas de contrastes. Los mundos que describes son desoladores, pero siempre aparece un color contrarrestando hermosamente en toda la negrura, como una pintura barroca. Pero yo no veo más que negro sobre el negro, por mucho que lo intente no puedo ver otra cosa. Por ejemplo, ¿qué color puede contrastar en este miserable barrio?

-Por ejemplo, el tuyo –respondió.

-Reflejas el dolor y profundizas en él como pocos saben hacerlo –continué, obviando sus palabras, que consideré como un forzado cumplido-, sin embargo en ti no hay señal de sufrimiento, como si te resbalara sobre la piel y fuera incapaz de penetrarte, como si bajo tu aspecto de hombretón vulnerable se ocultara la total invulnerabilidad. Y eso es lo que me desconcierta.

-Y tú me desconciertas a mí –dijo-, créeme.

Guardamos silencio durante un rato. Ensimismado, se entretuvo un rato jugueteando con la cucharilla y la taza de café vacía. Al fin, declaró:

-Desde mi pequeña, limitada y estrecha perspectiva individual, creo que una de las peores cosas que puede sucederle a alguien es sobrevivir a un hijo. No hay nada más contranatural que eso.

Intenté averiguar la razón de aquel comentario:

-Me dijiste que tenías un hijo.

-Sí –respondió-, pero también tuve una hija. Murió a muy corta edad.

-¿A causa de una enfermedad?

-No. Atropellada por un automóvil. Cruzó la carretera que atravesaba el pueblo sin que nos diéramos cuenta. Aún no sé cómo pudo ocurrir. Pero eso no fue más que el principio. A raíz de aquello, mi mujer cayó en una profunda depresión. Y a los seis meses se quitó la vida...

El tono de su voz revelaba una ausencia que intensificaba la

sensación de tragedia, a pesar de su narración telegráfica. Las palabras carecían de carga emocional, hablaba como si tan solo leyera un texto ajeno. Quizá porque el recuerdo fuera incapaz de revivir un dolor tan exprimido e interiorizado que ya no existía.

-Entonces me quedé solo con el niño –continuó-. Mi madre me ayudó mucho al principio, pero era muy mayor y no tardó en dejarnos también. No supe hacerlo y fracasé.

-¿Qué no supiste hacer?

-Educar a mi hijo, atenderlo. El niño crecía al tiempo que se iba apartando de mí. Cada vez fuimos distanciándonos más. Hasta que un día me di cuenta de que mi hijo me despreciaba. Hasta hoy, que además de despreciarme sé que se avergüenza de mí.

-Me cuesta creerlo de un hombre como tú. ¿No os veis?

-Sí nos vemos de vez en cuando –respondió-. Incluso a veces realiza alguna gestión en mi nombre. Dice que, a pesar de todo, él cumple con su obligación de hijo, y espera que yo cumpla también alguna como padre.

-¿A qué se refiere?

-Está claro. Espera heredar los bienes que poseo, la casa, algunos fondos, mis derechos de autor…

-¿Cómo puede ser tan despreciable? –pregunté indignada.

-Sólo yo soy el responsable. Ya te he dicho que no supe hacerlo.

-¡Cómo que no supiste hacerlo! Con todo lo que se te vino encima ya fue un éxito por tu parte salir aunque fuera a trancas y barrancas. ¿O es algo que no puede comprender ese mocoso?

-No es suficiente con salir a trancas y barrancas –declaró-. Un niño necesita ser formado y atendido, porque si no lo esencial que hay en él acaba endurecido como la piedra. Y es muy difícil después que esa piedra vuelva a tomar vida. Echa un vistazo a tu alrededor y verás qué se ha hecho con buena parte de los jóvenes de hoy. Son víctimas, no culpables. El futuro está tan contaminado como la Tierra.

-El otro día me dijiste que tenías una familia. Pero creo que estás aún más solo que yo.

Guardó silencio y volvió a toquetear la taza de café. En aquel momento su mirada llegó a revelarme un hondo pesar, “una pena de cien arrobas”. Sin siquiera darme cuenta, mi mano se posó sobre la suya y acaricié su piel. Casi al instante se incorporó de golpe, dejándome la mano sola y desorientada. Aquel rechazo me rasgó el corazón.

Se acercó a la ventana para mirar a ninguna parte. Y sin volverse, dijo:

-Si no te importa, ahora voy a escribir un poco. Más tarde iremos a dar nuestro paseo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo –respondí, intentando ocultar mi decepción.

Fue hacia la puerta, y se marchó.

Y yo me quedé allí, inmóvil durante no sé cuánto tiempo, herida y confundida, tratando de comprender la razón de aquel rechazo. Preguntándome una vez más por qué todo con él empezaba tan bien y acababa tan mal.

CAPÍTULO 5

Y mientras pensaba en él, se detuvo, despegó su mirada del suelo y alzó el rostro. Vio un cielo aún más negro que el asfalto en la noche. ¿Dónde estaban los hermosos luceros de los que le había hablado Pablo? ¿Quién era el ciego de los dos?...

Aquella pija idiota me estaba sacando de quicio. No soportaba a las *fashions* treintañeras que se apuntaban al boxeo porque se había puesto de moda. Eran mujeres demasiado edulcoradas con sacarina para desatar el ímpetu y la inteligencia que requería la práctica de este deporte. Lo único que pretendían era un exhibicionismo estético.

Se movía en el cuadrilátero como una *majorette* con pipí.

-Vamos, ¡pega!, ¡pega! –le grité-. ¿Pero qué haces? Parece que estés cazando mariposas. Hazlo como te he dicho, ¡joder! ¡Cúbrete!... No, no, no...

-Es que tengo agujetas –respondió jadeante-. Creo que por hoy ya he musculado bastante.

-¡Ni hablar! Imagínate que alguien te ataca y tengas que defenderte. ¿Qué harías? ¿Le dirías que lo dejara para la semana que viene porque hoy tienes agujetas? Lo primero que tienes que aprender en el boxeo es a sufrir. Venga, ¡atácame! Concentra toda tu rabia en cada golpe.

Empezó a dirigirme una serie de manotazos atropellados y ridículos. En su desesperado empeño por alcanzarme, la muy idiota me dio una patada en la espinilla. Aquello acabó por cabrearme de tal manera que le respondí con un certero *crochet* de izquierda en la mandíbula que la sentó sobre la lona. La cara de gilipollas que se le quedó hizo que me echara a reír sin poder evitarlo.

El Chato se acercó a las cuerdas.

-Guinda, ven un momento –ordenó.

Bajé de un salto.

-¿Se puede saber qué te pasa? –me preguntó- ¿Por qué has hecho eso?

-Se me ha escapado. Además, tiene que empezar a acostumbrarse a recibir.

-No digas chorradas –cortó-. Sabes perfectamente a lo que vienen estas maribeles. ¿Qué te pasa?

-Estoy un poco nerviosa, eso es todo.

-Bueno, no te preocupes. Un mal día lo tiene cualquiera. Vete a

casa.

-No quiero irme a casa –repliqué.

-Será lo mejor. Tu trabajo consiste en entrenar y animar a las chicas, no en asustarlas ni golpearlas. Recuerda que son ellas las que pagan y tú la que cobras.

-De esto quería hablarte –dije-. No estoy contenta con el trabajo.

-Pero qué dices. El negocio funciona mejor que nunca. No te lo quería decir todavía, pero he pensado en abrir otro local en el centro. He llegado a la conclusión de que si este gimnasio estuviera en otra parte vendría más clientela, sobre todo más mujeres. Tú podrías quedarte al frente de este gimnasio y yo me trasladaría al nuevo. Ya no tendrías que volver a coger la escoba nunca más. ¿Qué me dices?

-No sé. Barrer es lo que más me gusta. Tendría que pensarlo.

-¿Estás loca? –preguntó incrédulo.

-Antes, en tiempos del Campeón, barría más que ahora y entrenaba menos. Pero me sentía a gusto. Había menos mujeres pero más vocación. Algunas amaban este deporte tanto como yo. En cambio estas tipas de ahora... Si por lo menos de vez en cuando me dejaras entrenar con algunos hombres...

-Ya hemos hablado de eso varias veces –objetó .

-Sabes que podría hacerlo muy bien.

-Sí, lo sé. Demasiado bien. Ése es el problema.

-Ya, el machismo de siempre.

-Yo no puedo hacer nada –se encogió de hombros-. Si quieres pelear de verdad no deberías haberte dado de baja en la Federación. Conoces este mundillo mejor que yo. Los hombres aquí son como son. Ninguno aceptaría ser entrenado por una mujer que además es peso paja. Anda, hazme caso y vete a casa. Y piensa en mi propuesta. Esto va a ir deprisa.

-¿Por qué me lo propones a mí? Tienes personas mejor preparadas que yo para dirigir y entrenar, y que además son hombres.

-Déjate de chiflas. Te lo propongo a ti porque eres la única persona de aquí en quien confío. ¿Te vale mi respuesta?

-Me vale –forcé una sonrisa de agradecimiento.

Y me dirigí al vestuario.

Mientras regresaba a casa reflexioné sobre mi estado. Me hallaba nerviosa y molesta. Cada vez que me sentía rechazada por alguien, o por lo menos si así me lo parecía, la herida que llevaba desde niña me supuraba. De nada valían las supuestas defensas que me había creado para evitarlo. Nada me encalabrinaba más que adquirir

conciencia de mi vulnerabilidad. No lo soportaba. Pero además había otra cosa: la sospecha de que hoy ocurriría algo terrible en el barrio, tal que como el Lupo había insinuado. La angustia y el despecho juntos formaban una mezcla muy difícil de sobrellevar en mi ya inquieto carácter. Temía que cualquier chispa pudiera convertirse en una explosión, por lo que juzgué acertada la idea de encerrarme en casa y esperar a que se despejara el día. Sólo la espera tranquila podría aclarar mi mente de esos espesos nubarrones. Un día sería suficiente para calmarme y volver a mirar el mundo sin agobios.

Justo cuando sobrepasaba la puerta del Duende me topé con el Jolo. Quizá advirtió mi expresión de fastidio, ya que era la última persona con la que deseaba tratar en aquel momento. Enseguida observé que no estaba resentido por el incidente del otro día; al reconocerme mostró un gesto de grata sorpresa. Apenas aprecié en su rostro una pequeña cicatriz en el labio inferior y una leve tumescencia en la mejilla derecha. Por lo demás, estaba como siempre: guapo y andrajoso.

-¡Guindilla! –saludó- Esta misma tarde tenía pensado ir a verte. Más que nada para que me pidieras perdón –sonrió-. ¡Mira que llegas a gastarte mala leche, zorrona!

-Tú te lo buscaste. Ya sabes que no tolero según qué palabras.

-Sí, lo sé. Pero no te imaginas cuánto me molas cuando te pones tan leona.

-Bueno, si eres masoquista allá tú –le dije-. ¿Para qué querías verme?

-Solamente para saludarte, y para que vieras que no estoy cabreado por lo que pasó.

-Me alegro.

Caminamos despacio rumbo a casa. Intenté buscar un pretexto para sacármelo de encima lo antes posible.

-¿Cómo está el Embajador? –preguntó.

-¿Cómo dices?

-Sí, mujer, el poeta, tu querido vecino.

-Vaya, no habéis tardado nada en ponerle un mote. Sois unos cerdos.

-Y qué esperabas –dijo-. Sabiendo a lo que se dedica, y sabiendo cuánto te van los abueletes... Siempre paseando juntitos para arriba y para abajo. Dime, ¿toma Viagra?

-No lo necesita –puse todo mi empeño en evitar que la chispa saltara-. Comparado contigo es todo un maestro.

-¿De verdad? Quizá sea un maestro en la cama, pero fuera hace

muchas tonterías. Porque, digo yo, tal como están las cosas por aquí es una gran tontería ir cada día al Berberecho, ¿no crees?

Me detuve.

-Tú sí que dices tonterías. Él nunca ha entrado allí. Os habéis confundido.

-Mira, Guindilla –dijo ahora cambiando de tono y con aspecto serio-. Él no sabe dónde está ni cómo son las cosas aquí. Así que si te importa un poco ese hombre ponle al corriente. Por su bien, ¿entiendes?

-Te repito que te has confundido –insistí.

-De verdad, Guindilla, de verdad –continuó, dando por sentado que la única confundida era yo-. En cualquier momento esto puede hacer bum. Con lo que pasó anoche esto ahora mismo...

-¿Qué ocurrió anoche? –pregunté con un nudo en el estómago.

-¿Ves cómo siempre eres la última en cocarse de las cosas? ¡Joder, Guindilla! Esta madrugada han entrado en la casa de los Mortadelos y los han degollado a los dos. Pero no tuvieron bastante con eso, porque luego bajaron a la tienda para limpiarla. Se lo trajinaron todo, todo menos el cerdo y el vino ¿Comprendes? Sólo les faltó dejar el Corán sobre el mostrador.

-¡Lo sabía!, ¡lo sabía! –exclamé estremecida- ¡El Lupo lo sabía!

De repente él me agarró el brazo y me clavó una mirada de acero.

-¿Qué es lo que estás diciendo? –masculló con rabia- ¿Qué es lo que te ha rajao ese mamón de mierda? ¡Habla! ¡Habla!

Fue como recibir una enorme sacudida dentro de otra gran sacudida. ¡Él también estaba en el ajo! Intenté no perder los nervios. Sin embargo mi indignación por aquellos horribles crímenes, de gente a la que yo veía casi a diario, fue tan ciega que no pude contenerme.

-En el fondo él no me dijo nada en concreto –respondí-, sólo lo sospeché. Pero tú ahora sí que acabas de decírmelo. Siempre he sabido que eras un miserable sin el menor escrúpulo, pero nunca imaginé que llegarías a la categoría del más repugnante asesino. Me das asco. ¡Suéltame ahora mismo o te vuelvo a partir la cara!

Consciente de su error, y tras un perceptible titubeo mental, recobró su habitual expresión, fría y viperina. Me soltó el brazo y sonrió de nuevo.

-¿Pero qué dices? Yo no te he largado nada.

-A mí no puedes engañarme. Sé que el Lupo y tú estáis metidos en esto de alguna manera. Esta vez habéis ido demasiado lejos. Intentáis provocar una guerra sólo por un asunto de intereses. Te

aseguro que no os vais a salir con la vuestra.

-¿Y quién va a impedirlo? –preguntó ahora de modo directo-. ¿Tú? ¿Vas a ir a la bofia con este tonto cuento sólo por tus tontas sospechas? ¡Guindilla, Guindilla! Menos mal que me tienes a mí para poder seguir existiendo. ¿Sabes lo que pasaría si alguno de los jefes se cocara de lo que acabas de soltarme? Puedo jurarte que no llegarías a mañana, aunque emigraras a la otra punta del país. Por lo tanto yo no he oído nada, ¿vale? Y eso lo hago por ti, Guindilla. ¡Porque te aprecio, coño! Hemos crecido juntos en este barrio, y eso pesa mucho, mucho. Pero una cosa: si se te ocurre rajar algo a quien sea, yo mismo seré el que te quite de en medio. ¡Eso sí te lo juro! Sabes muy bien que cuando voy en serio a por alguien no malgasto calorías peleando con las manitas.

Conocía al Jolo y vi que no hablaba por hablar. Lo que más lamentaba ahora era no haberme callado, y que desde aquel mismo instante mi vida pendiera del capricho o del humor de un vulgar asesino. Dadas las circunstancias, opté por actuar de la manera más sensata posible.

-¿Me has visto alguna vez hablar con la policía? –le pregunté, fingiendo estar indignada-. No lo he hecho nunca ni lo voy a hacer ahora. Además, tampoco me he metido nunca en asuntos que no eran de mi incumbencia. ¡Pero me jode que se mate injustamente a personas inocentes!

-Y a mí también me jode, Guindilla, también. Pero este tema se escapa de mis manos. Sólo soy un pequeño peón. Hay gente muy grande aquí que ni siquiera has visto nunca, y mucha guita en juego, ¿comprendes? ¿Es que un soldado es el culpable de una guerra? Me han metido en esto, y ya no puedo salir. Y no pienso jugarme la vida ni la libertad por ti ni por mi madre. Tenlo muy presente. Hazme un favor, y no me obligues a hacer algo que no quiero, ¡joder!

Eché un vistazo a mi alrededor. Reparé en que la presencia magrebí en aquella calle era inexistente; en aquella calle que, junto con otras cuatro, constituirían ahora un gueto pegado y enfrentado a otro gueto, tan pequeño y atestado el uno como el otro. No sería posible sobrevivir así. En el barrio no había lugar para algo semejante.

-Puedes estar tranquilo –murmuré, asustada.

-Muy bien –dijo-. No voy a volver a hablar de esto contigo. Pero recuerda, si se te ocurre largar una sola palabra al hijoputa del Sordo, o a cualquier otra persona, incluido a tu amigo el Embajador, será tu final… y el suyo. Te lo juro por mi difunto

padre.

-¡Basta ya! –corté-. Acabo de decirte que puedes estar tranquilo No soporto que me amenacen.

-Cojonudo –volvió a mostrar su cínica sonrisa-. ¿Sabes?, siento mucho todo esto, de verdad. Hoy esperaba charlar y divertirme un poco contigo. Pero comprendo que ahora no estés muy animada para eso.

-No, no lo estoy. Sólo quiero ir a casa, pegarme otra ducha y descansar un poco. Nada más.

-Vale, pues te dejo. He de hacer un par de cosillas. Hasta luego, Guindilla.

"Ya está, ya se ha ido" –pensé-, "¿por qué no me despierto ahora de esta maldita pesadilla?" Tenía que hacer algo. ¡Algo! Pero no sabía qué. Continué mi camino con la mente obnubilada. No podía pensar con claridad, así que desistí en seguir estrujándome el cerebro. Mientras exigía tiempo para poner un poco de orden en mis ideas, tal vez en algún lugar del barrio estuviera a punto de cometerse un nuevo crimen. Y ese pensamiento sólo lograba perturbarme aún más.

En el portal me encontré a la Chepas sentada y haciendo ganchillo. Junto a ella había una barra de hierro apoyada en la pared. Era evidente que la gente también estaba muy alterada.

-¿Y eso? –le pregunté.

-Tú qué crees –dijo sin apartar la vista de su labor-. Si a algún desgraciado de esos se le ocurre acercarse por aquí, se la estampo en la cabeza. ¿Vas a venir esta noche?

-¿Adónde?

-De patrulla –dijo, con la misma naturalidad como quien anuncia que va al cine-. Se han hecho cuatro turnos. Yo estoy en el primero.

-No, ni hablar.

Subí las escaleras.

-¡Claro! –continuó ella- Mientras haya otros que os saquen las castañas del fuego... Aquí todos tenemos que arrimar el hombro, a ver si te enteras.

Todo aquello estaba resultando demasiado para mí. De buena gana habría bajado para coger la barra de hierro y empalar a esa corneja jorobada. Me hallaba tan furiosa como asustada. La sensación de impotencia y el hecho de haberme complicado la vida de manera tan absurda en sólo unos minutos, como nunca antes lo había hecho, me encorajinaba al tiempo que me paralizaba. La situación me desbordaba, era demasiado tremenda para una simple

muchacha que sólo pretendía cerrar los ojos y anhelaba que el mundo hiciera lo mismo con ella. ¡Que se mataran unos a otros! ¿Y a mí qué?... Pero entonces, ¿por qué me sentía tan mal?

Debió de vérmelo en la cara, encendida de cólera. Cuando irrumpí en su apartamento, casi se asustó al mirarme.

-¿Qué ocurre? –preguntó.

Cerré la puerta.

-Tenemos que hablar muy seriamente tú y yo –le dije.

Allí estaba él, sentado frente a su vetusta y fea máquina de escribir, con aquella cara de imbécil propia de quien no ha roto un plato en la vida. Tenía delante mí a la víctima propiciatoria contra la que descargar mi furia, al ser que -en aquel momento juzgué- había entrado en mi existencia para jodérmela aún más. Mi orgullo herido, por otra parte, avivó el fuego hasta un extremo incontenible.

Y exploté.

CAPÍTULO 6

El dolor era insoportable. Se le antojaba que un rimero de víboras había hecho nido en sus tripas. Pablo gemía y se revolvía como un oso herido en la caverna. En medio de su desespero, y sin que la voluntad terciara en ello, suplicó a Dios que lo matara para liberarle de tan cruel agonía. Si había un padre celestial por fuerza tendría que compadecerse de él y rematarlo.

Y pensó que no debía de haberlo, puesto que de inmediato el dolor cesó por completo.

-¡Eres peor que un niño inconsciente! –continuaba fuera de mí-. Y yo que llegué a pensar que eras un hombre inteligente... Sin duda me equivoqué. No eres diferente de ningún otro. ¿Es que no te das cuenta, idiota, de lo que está pasando?

-Sigo sin entender por qué estás tan enfadada –declaró con un temple que me exasperaba aún más-. ¿Es sólo por haber tomado dos o tres cafés en ese bar?

-¡Joder! –bramé-. Entrar en ese bar, tal como están las cosas, es más que una provocación. Si no te rompen la cabeza unos lo harán los otros. Entiéndelo de una jodida vez. Me han dicho que vayas con cuidado, y eso lo han hecho porque saben que eres amigo mío. Si no.... ¿Por qué me miras con esa cara de gilipollas?

-Es que me cuesta creer que estés hablando en serio. ¿Cómo permitís que una pandilla de chulos os digan lo que podéis hacer y adónde podéis ir?

-No se trata de eso –suspiré con impaciencia-. Ahora mismo la situación en este barrio es la de una guerra callejera y sin cuartel, una guerra que ya ha empezado y de la que ni siquiera la policía está al corriente todavía. Ya hay muertos y sangre, y sólo es el principio. No exagero, créeme. Lo que menos conviene ahora son los provocadores como tú.

-Yo no soy un provocador –replicó.

-Pues entonces no actúes como tal. ¿Por qué tienes que acudir precisamente a ese bar habiendo tantos otros por ahí? ¿Por qué?

-No soy un provocador –repitió-. Entré en ese bar por una razón fortuita. A media mañana tengo la costumbre de dar un pequeño paseo. El otro día, mientras paseaba por una calle de por aquí, me crucé con un marroquí. No sé por qué, pero me fijé en él. Era un hombre de mediana edad y con cara de buena persona. Caminaba pensativo, triste, como preocupado por algo. Llevaba su chaqueta

colgada del brazo. Y justo cuando se cruzó conmigo, se le cayó la cartera. No se dio cuenta. La recogí del suelo y se la entregué. Me dio las gracias muy efusivamente, casi con lágrimas en los ojos. Por lo visto llevaba todo su dinero ahí. Me explicó que en ese momento se disponía a ir a la oficina de Correos para enviar aquel dinero a su familia por medio de un giro internacional. Yo intenté quitar importancia al asunto, pero él, cada vez más agradecido, insistió en invitarme a tomar algo. Entramos en ese bar, que por casualidad estaba por ahí cerca. Pedí un café, él me presentó a algunos amigos, comenzamos a charlar... Me sentí a gusto. Desde entonces voy allí para tomar mi café y charlar un rato. Dime, ¿dónde está aquí la provocación?

-En ninguna parte –le dije algo más calmada pero aún con una angustia dentro que no lograba apaciguar-. Pero eso sólo puede traerte problemas. Hiciste una buena acción, déjalo ahí. Prométeme que no volverás a ese lugar.

Como no podía ser de otra forma, respondió lo que yo temía:

-No voy a prometerte tal cosa, lo siento.

-Hazlo por mí. No soportaría que te pasara algo.

-¿Cómo puedes pedirme eso? Haría cualquier cosa por ti, ¡cualquiera! Pero pedirme que actúe condicionado por la estupidez de los demás...

Dejó de hablar al reparar en mis ojos, inundados de lágrimas repentinas y calladas, surgidas con el ímpetu de una angustia que exigía desahogarse. Pasmado, cubrió mis mejillas con sus manos, como si tuviera necesidad de palpar la humedad de mi piel para confirmar lo que estaba viendo.

-Pero... –titubeó conmovido- ¿Qué es lo que te ocurre, chiquilla?

-¡No me llames chiquilla! –gemí-. No soy ninguna niña, ¿sabes?

-Lo sé, lo sé –me murmuró al oído mientras me abrazaba con el intento de consolarme-. Anda, dime lo que te pasa. No te lo guardes para ti sola. Suéltalo.

-No puedo.

-¿No quieres decírmelo?

-Si te lo dijera te pondría en peligro –expliqué ahogadamente-. Mientras no sepas nada estarás a salvo.

-Me estás asustando. Cuéntamelo, por favor.

-No.

-Escucha –me miró con una gravedad solemne-. Hace tiempo que mi vida ha dejado de tener importancia. Una amenaza es como un chiste para mí. Pero tú sí que eres importante. Eres joven, bonita, inteligente... Tienes toda la vida por delante. Es a ti a quien

hay que proteger, no a mí. Tú perteneces al futuro, yo ya no tengo lugar en ningún sitio. Necesito saber lo que está ocurriendo.

-No.

Profirió un suspiro de resignación. Tras reflexionar unos instantes, volvió a mirarme con determinación.

-Muy bien, no voy a insistir –dijo- . Sé que sería inútil. Pero me gustaría que tuvieras una cosa muy presente y que no olvidaras en ningún momento: mientras estés conmigo, nada te va a suceder. Tienes que creerlo. ¿Lo crees?

Me eché a reír sin poder evitarlo, con una risita histérica que alternaba con los sollozos. Reía y lloraba al mismo tiempo debido a una mezcla de emociones disparatadas e incoherentes, debido a aquel rostro grave y a la vez tan absurdo como las palabras que acababa de pronunciar.

-¡Tú!.... –solté como un exabrupto jocoso- ¿Me vas a proteger a mí? ¿Tú?... ¿Con qué arma?... ¿Con tu máquina de escribir?... ¿Con el pincelillo de tu corrector?... ¡Ah sí!, ya entiendo. ¡Con el poder de la palabra! Había olvidado el gran poder que tenéis los escritores...

Continué riendo de aquella manera desquiciada que no podía controlar. Me hacía bien y me dejé llevar. Él pareció comprenderlo y esperó a que me calmara un poco. Luego añadió:

-Es cierto. No tengo armas ni sé pelear. ¿Pero crees que eso me convierte en un ser más débil que los violentos? Nadie es más débil y cobarde que un criminal.

-Hablas muy bien –le dije-, pero tus palabras no intimidan a nadie.

-Ni tampoco lo pretenden. Escúchame. Te voy a decir algo muy importante que descubrí hace algún tiempo. En cada ser humano hay una fuerza extraordinaria. Es una fuerza absoluta, sólo vencible por la voluntad de Dios. Tú no puedes emplearla porque, al no creer en ella, impides su existencia. Así que te ofrezco la mía para protegerte, aunque eso suponga que yo quede desprotegido. Desde este momento a ti nada malo puede sucederte. ¡Nada! Ahora vuelvo a preguntarte, ¿me crees?

-¿Es importante que yo lo crea? –pregunté.

-No. Pero dejarías de sentirte amenazada. Estarías mucho más tranquila.

Habló con tanta seguridad, con tal convencimiento, que en aquel instante creí en sus palabras.

-Te creo –murmuré-. Gracias.

Volví a abrazarle. Él respondió. Me sentí atrapada en su cuerpo,

de nuevo atraída como un imán misterioso. Estaba segura de que a él le sucedía lo mismo, pero tenía necesidad de comprobarlo. Nuestras mejillas se acariciaron, y nuestros labios llegaron a tocarse... Entonces volvió a hacerlo, apartó su rostro del mío. Luego susurró:

-Sería un error, Guinda. También debo protegerte de mí.

-Déjate de idioteces. No te gusto, ¿verdad?

-No sabes el esfuerzo que estoy haciendo para resistirme.

-¿Entonces? No entiendo nada.

-¿Es que no lo ves? Eres tan joven... Podría ser tu padre.

-Pero no lo eres –respondí-. Además, yo no tengo padre.

-Tal vez sea eso lo que en realidad busques en mí. Por tu bien, debes recapacitar antes de proseguir. Porque yo no creo que pueda seguir resistiendo.

-¿Quieres dejar de psicoanalizarme? –le reproché, apartándole con un leve empujón-. Nunca lo haces con tus personajes, ¿por qué a mí sí? Me consideras una niña, pero te aseguro que a los doce años dejé de serlo. ¿Tanto te cuesta entregarte a un sentimiento sin más? ¿Es que no te das cuenta, imbécil, de que te quiero? Es la primera vez que me ocurre. Y es maravilloso. ¿Por qué quieres impedírmelo?

-Yo también te quiero –confesó.

Era cierto, ¡qué gran poder tenían las palabras! Porque aquellas provocaron que mis ojos se humedecieran de nuevo, pero ahora de felicidad. Toda mi angustia se volatilizó de pronto para dejar sólo espacio a una dicha jamás antes vivida. ¡Me quería!

-Dímelo otra vez.

-Te quiero.

Y entonces por fin sucedió. Nos besamos, nos abandonamos a una inmensidad sin límites. Todo se hizo tan irreal, tan vehemente e inabarcable que mi único deseo era congelar aquella pasión para eternizarla, para detener el tiempo y yo detenerme con él.

Nuestros cuerpos, apretados el uno contra el otro, anhelaban fundirse. Arrobada, noté en mis pechos cómo su corazón se aceleraba tanto como el mío. Sus manos me acariciaron la espalda, y luego fueron descendiendo poco a poco hasta perderse en el interior de mi mini; se recrearon ansiosas en las nalgas, que no llevaban más protección que la tira de mi braguita tanga, oculta en el surco profundo de mi lugar más íntimo. ¡Era tan maravilloso sentirme amada y deseada por él! Con un gesto imperceptible me desabroché la falda, y ésta cayó a mis pies. La diminuta camiseta, el tanga y las sandalias formaban toda mi indumentaria, aún excesiva

a causa del calor del ambiente y de mi cuerpo. Separé algo más las piernas para facilitar una mejor exploración a esa mano inquieta que enardecía mis sentidos. Después él se arrodilló para despojarme de la minúscula tela que ya empezaba a estorbar, y acto seguido empezó a lamerme la vulva, tan húmeda, viva y caliente como su lengua. Le agarré el cabello con ambas manos para asegurarme de que no se apartara ni cediera un ápice en aquel juego prodigioso. Mis manos mesaban su cabello al son de la pasión que me vencía, a veces con tanto frenesí que debía de hacerle daño. Su boca continuaba ávida y diestra, besando, lamiendo...

-Cariño, cariño... –gemí.

Tenía la impresión de estar alimentándolo con mis fluidos, revivificándolo con la energía vital del placer que yo le daba, y aquello hizo que mi deseo se mezclara por un momento con una sublime ternura maternal, dando como resultado una eclosión de sensaciones y sentimientos insólitos. Insólitos y propios de la mujer infinita que estaba descubriendo en mí.

Con cuidado, me dejé caer sobre él. Quedó tumbado bocarriba mientras yo cabalgaba sobre su rostro, invitándole a proseguir el *cunnilingus*. Me deshice de la camiseta. Mi furor iba en aumento. Al no poder acariciarle ahora debido a mi posición, tuve necesidad de abrazarme y restregarme los pechos, enhiestos y jadeantes. Aunque tal vez no lo pareciera, por primera vez no me sentía sólo como un instrumento de placer ni utilizaba un consolador humano para mi exclusivo goce, sino que me había convertido en esa nueva mujer generosa que ofrecía al hombre tanto placer y amor como el que yo recibía.

Me di la vuelta, le desabroché el pantalón y se lo retiré de un tirón junto con el slip. También yo quería alimentarme. Su verga turgente cimbreó al aire, y mi boca la recibió como un exquisito manjar. El contacto fue estremecedor. No existía piel tan suave ni carne tan tersa como el empinado y bruñido cuerpo de Falo. Aquella energía primordial, nuestra libido desatada, recorría con ímpetu nuestros cuerpos, unidos y conectados a través de mi boca y su sexo. Y nos revitalizaba; a él de manera espectacular, como apreciaba en su mirada centelleante. Parecía que nos halláramos encendidos, que una aureola nos envolvía con su luz bendiciendo aquella unión tan carnal como sagrada. La pasión, el placer y el amor juntos, "amalgamándose" en un océano embravecido y sin orillas...

Resbalé por su torso hasta que nuestros sexos se acoplaron. Los dos gemimos al unísono en el instante de la unión total. Sus ojos,

tan tristes en ocasiones, desprendían bellos destellos iridiscentes. Me miraba con fascinación, y adiviné que yo también debía de reflejar aquella misma refulgencia. No podíamos dejar de mirarnos, de admirarnos. Necesitábamos confirmar que ambos compartíamos el mismo ardor, porque aquella pasión era lunar y simbiótica, era a la vez causa y efecto de la del otro, reflejo y luz. Yo ya no cerraba los ojos para centrarme en mi exclusivo goce, olvidándome de con quien estaba, tal como había hecho siempre hasta entonces. Porque el placer ahora sólo era un mar dentro de aquel océano.

Cada uno de mis embates pélvicos provocaba en su rostro un gesto que parecía de suplicio, como evidenciando que el placer y el dolor tenían un semblante casi gemelo. El hecho de verme capaz de causar, dirigir y dosificar a mi antojo aquellas convulsiones gestuales en un hombre como él, me hacía sentirme poderosa, dueña de una fuerza complaciente pero también algo cruel; la dosis de crueldad que se requiere para quemar al amante con tanto fuego como el que le está quemando a una. Sí, ahora ya no había ternura ni espacio para ninguna concesión dulce. Era un arrebato constante, regulado por mí, controlado según mi capricho. Era yo quien llevaba la iniciativa; mi voluntad nos movía a los dos, y ahora quería torturarlo con aquel mismo fuego que me quemaba, adentrarme con él en una tierra desconocida para ambos. No estaba dispuesta a ser la única en descubrir algo nuevo y para siempre inolvidable. Tenía que dejar mi huella imborrable de mujer imborrable en la vida del hombre que amaba. Y eso no lo podía hacer una simple mujer, sólo la diosa. Sólo yo en aquel momento.

Pero era evidente que él nunca había estado con la diosa, por muchas mujeres que hubieran desfilado por su vida. Se hallaba desconcertado, uno de los brillos de su mirada así lo expresaba. ¡Era tan fácil percibir los sentimientos de un alma que estaba en comunión con la tuya! ¡Y tan natural percatarse hasta de la más leve sensación de un cuerpo por completo unido a ti! Mis movimientos eran contundentes pero pausados, los retardaba en función de su respuesta: si observaba que su jadeo se precipitaba o que su ansiedad por llegar al final le obligaba a revolverse, interfiriendo en mi gobierno, me detenía, reteniéndolo con el peso de mi cuerpo concentrado en la pelvis, presionándolo contra el suelo. Luego volvía a moverme hasta llevarlo al punto que yo juzgaba conveniente. Sí, aquello, más que desconcertarlo, debía de atormentarlo. Pero el sumo goce requería esa dosis de tormento para situarlo (para situarnos) en el extremo del abismo. Por un momento, vencido por el ímpetu de su biología masculina, él se

resistió; sujetó con ambas manos mis caderas para agitarme con sacudidas rápidas y continuas, al ritmo de su deseo animal. Pero yo enseguida se lo impedí. Aparté con determinación sus manos de mis nalgas y le sujeté las muñecas. A causa de su imperdonable rebeldía, ahora ni siquiera dispondría del alivio de una sola caricia. Eso aumentaría el suplicio.

-Tú no te muevas… Déjame hacer a mí.

-Es que... –balbuceó.

-¿Qué?

-Me estás... No puedo...

Proseguí. Sus palabras incoherentes no hicieron sino confirmar lo que yo ya sabía. Alzó el rostro para buscar un beso, pero yo no se lo concedí. Quiso entonces besarme en un pecho, pero me aparté de inmediato para impedirlo. Ya no había lugar para la ternura ni para cualquier melindre que pudiera contrarrestar el sofisticado fruto de mi tarea. Sólo nuestros sexos y nuestras manos se tocaban. Aunque también nos tocábamos a través de la mirada; ahí había un contacto más que tangible, eléctrico. Permanecer tanto tiempo justo en el límite, sin abocarnos al abismo ni retroceder un solo milímetro, era sin duda una proeza insólita para ambos. Era tan tremendo como inmenso, tan antinatural como divino, tan placentero como atroz. Tenía que ser una experiencia única e inolvidable, y a eso me entregaba. Me situaba en un mundo en el que la conciencia no existía, los segundos eran horas y donde llegaba a vivirme como el centro de una llama inextinguible. En aquel estado de hipersensibilidad tenía la impresión de que era yo la que penetraba y él quien recibía. Resultaba extraño y fascinante a la vez. Lo masculino actuaba en mí y lo femenino en él. Tal intercambio de roles y sensibilidades permitía la conquista de inexplorados espacios de la mente que potenciaba el éxtasis de modo portentoso. Al activar cierta zona habitualmente inhibida de la psique (allí donde los dioses y los mitos seguían vivos en nosotros con toda su fuerza), la experiencia amorosa adquiría una dimensión sobrenatural.

Dejé de moverme. Supe que al menor contoneo él explotaría. También yo me hallaba al borde del abismo, pero quería resistir algo más, aprovechar hasta el último segundo. Sin embargo temí que no iba a ser posible. Incluso el leve movimiento de mi respiración podía provocar ahora su descarga.

De pronto se me ocurrió una idea perversa. Volví la cabeza un instante hacia la puerta y luego le musité:

-No te gires, pero acabo de ver a la vieja mirando. Creí que habías cerrado la puerta.

-¡Qué estás diciendo! –exclamó sobresaltado.

-Sí, pero da igual. ¿Te importa? –tuve que hacer un gran esfuerzo para contenerme la risa.

-¡Claro que me importa! –dijo, no obstante en voz baja también- ¿Qué hacemos?

-Nada. Deja que disfrute la pobrecilla. La he visto con una mano en la entrepierna. No tiene muchas oportunidades, ¿sabes?

-¡Pero... qué dices! –barboteó desconcertado–. ¿Estás loca?...

De pronto, ante su expresión casi de espanto, arremetí con sacudidas rápidas y violentas.

-Déjala que aprenda cómo se folla –farfullé apretando los dientes.

-¡Para, Guinda, para!... ¡Por favor!...

Le taponé la boca con la mano para impedir que hablara. Emitió un sonido ininteligible entre resuellos ahogados. Mis embates vaginales eran ahora tan impetuosos que nuestras pelvis, al golpearse, producían un chasquido carnoso de escándalo. La vieja no miraba pero tal vez nos oyera. Y eso, lejos de cohibirme como a él, me excitaba aún más. Empezó a jadear y a sacudir la cabeza de un lado a otro, no tanto para desembarazarse de la mano que dificultaba su respiración como para expresar su arrebato incontenible. Incontenible, aunque opreso a la vez al creerse observado. En aquel instante noté cómo el clímax se precipitaba sobre mí.

-Ya... se ha ido. –a penas logré mascullar, con el fin de que él también se desenfrenara.

Entonces empezó a revolverse y a gemir con libertad. Transportada, sentí un estremecimiento tan intenso que me obligó a cerrar los ojos –ahora sí- y a proferir un alarido irreprimible. Me desconecté de todo, fue como el descorchado impetuoso y espumeante de una botella de champán. En aquella inconsciencia efervescente viví una total pérdida de mí misma, tan liberadora que creí perderme en el infinito. Experimenté el sumo goce atemporal, donde el yo tenía prohibida la entrada; un éxtasi inefable, imposible siquiera de contener en la memoria para poder ser después recordado.

Pero unos segundos después, la implosión fue igual de fulminante. Extenuada, me dejé caer a plomo sobre él con la sensación de que el cuerpo y la mente volvían a recuperar de golpe todo su peso, multiplicado por dos.

Nuestros cuerpos estaban empapados de sudor. Permanecimos abrazados, callados y quietos durante unos minutos. Notaba con

agrado la suave corriente de aire que provocaba la ventana abierta y la puerta entornada.

Al fin él me preguntó con los ojos cerrados:

-¿Seguro que se ha ido?

-Sí –musité.

-Es increíble esta mujer, ¿verdad?

-Sí, lo es.

-¿Crees que sería conveniente que hablara con ella?

-Creo que sí –le dije-. A ver si a ti te hace caso.

Por mucho esfuerzo que hice, esta vez no pude reprimir una pequeña carcajada.

-¿De qué te ríes?

-De nada. Cosas mías.

-No me estarás tomando el pelo, ¿eh?...

-De ninguna manera, señor Embajador –respondí sonriendo.

-¿Embajador? –él continuaba con los ojos cerrados y con cara de niño bueno.

-Sí, es tu nuevo nombre. Por fin ya te han bautizado.

-¡Vaya! –exclamó aún como un durmiente- Bueno, era de esperar. No me puedo quejar demasiado. Embajador no suena mal.

-Pero es que... –mi sonrisa se hizo más pronunciada-, ese nombre aquí tiene un significado muy diferente al que tú crees.

Al fin abrió los ojos.

-Me lo temía. ¿Y qué significado tiene aquí si puede saberse?

-Aquí se llama embajador a un hombre aficionado a practicar el sexo oral.

Ahora incluso se medio incorporó de golpe.

-¿Cómo has dicho?

-Lo que has oído –me eché a reír-. Pero no tienes por qué molestarte. No te serviría de nada.

-¿Que no me moleste? –preguntó indignado- Si te parece me voy a poner a tirar cohetes. ¡Los muy guarros! No voy a consentir que nadie me llame así.

No podía parar de reírme cada vez más.

-Bueno, al fin y al cabo... –dije entre accesos de risa- no están tan equivocados, ¿no?... Por lo que he podido comprobar... es algo que te gusta... Ya te digo que no tienes por qué molestarte… ni avergonzarte por eso.

Me miró desconcertado.

-¿Pero ellos qué diablos pueden saber sobre mis preferencias sexuales? ¿Es que son adivinos acaso? ¿O es que llevo un adhesivo en la frente que lo indica?... Me estás tomando el pelo, ya veo.

Estuve riendo durante un rato de tal manera que hasta se me saltaron las lágrimas y me dolió la barriga. Luego le expliqué sonriente:

-Ni son adivinos ni llevas nada en la frente. Nada de eso. Es muy fácil adivinar por qué te llaman así. Desde su simplicidad, creen que los escritores necesitan inspirarse para escribir. Como saben que tú y yo somos amigos, piensan que yo te la chupo mientras escribes para provocar tu inspiración. Todo muy vulgar, estúpido y obsceno, como ellos mismos son.

Asintió en señal de comprender.

-¿Y a ti no te molesta? –preguntó.

-No.

-Bueno… pues entonces a mí tampoco.

-Para mí no es ningún deshonor ser tu musa – bromeé.

Me acarició el cabello con delicadeza mientras me observaba con ternura.

-Puedo asegurarte que lo eres. Nunca había escrito tanto como ahora. Es como si tuviera la historia ya acabada dentro de mí y me limitara a transcribirla. Se hace tan fácil...

-Me gustaría decir que me alegro, pero no sería sincera. Si vas tan rápido pronto acabarás tu libro, y entonces ya nada te retendrá aquí.

Guardó silencio y, pensativo, volvió a acariciarme el cabello. No quise ponerme triste. Ahora no.

-Así que... embajador –murmuró.

-Sí. Qué falta de imaginación, ¿verdad? Yo te habría puesto otro nombre.

-¿Cuál?

-Pues no sé... –pensé durante unos instantes-. ¡Ya está! Yo te habría puesto Osito de Peluche.

-Tampoco soy tan peludo –comentó también en broma-. Al menos de cuello para abajo, como puedes ver, soy bastante lampiño.

-No es por eso. Es porque cuando era pequeña tenía un osito de peluche que se parecía a ti. Tenía la misma cara que la que pones tú cuando algo te desconcierta o te sorprende. En serio, me recuerdas mucho a él. Y cuando le apretabas la barriguita, pitaba. ¿Me dejas probar una cosa?...

-Qué.

Empecé a repizcarle en la cintura y en el abdomen, en lo que él llamaba su “punto débil”. Soltó una risotada acompañada de un respingo tan brusco que incluso llegó a asustarme. Se reincorporó

casi de un salto.

-¡No vuelvas a hacerme eso! –ordenó, como si en lugar de haberle hecho cosquillas le acabara de golpear en los riñones.

Alucinada, me eché a reír de nuevo.

-¡Es increíble! Tú también pitas. ¡Eres igual que él!

-Estoy hablando en serio, Guinda. Ni se te ocurra volver a...

Dejó de hablar con una expresión de pánico al observar que me aproximaba a él con aire amenazador y con las manos dispuestas para un nuevo ataque. Corrió hacia la mesa para protegerse tras ella.

-Ya te dije que es una imprudencia que un hombre revele a una mujer cuál es su punto débil –dije mostrando una sádica sonrisa-¿Acaso no conoces la leyenda de Sansón y Dalila?

-¡Guinda, por favor! Aunque me hagas reír, en realidad no me hace ninguna gracia.

Intentaba alcanzarle pero él se ponía a correr alrededor de la mesa. No cesaba de reírme ante esa ridícula situación, sobre todo cuando veía su cipote basculando al aire como el badajo de un cencerro.

-¡Para, por favor! –continuaba implorando-. ¡Olvido!

De pronto me detuve.

-Te dije que nunca me llamaras con ese nombre –le recriminé molesta.

-Lo siento. Pero yo también te estoy pidiendo algo y no me haces ningún caso.

Recogí mi ropa del suelo y empecé a vestirme. Al ver mi gesto de disgusto, se acercó para abrazarme.

-Perdóname –se disculpó-. No te enfades.

-Nunca me llames Olvido. Prométemelo.

-Te lo prometo. Además, ese nombre no va contigo. Tú siempre serás Guinda para mí. La guinda es hermosa y vistosa, siempre corona un pastel. Es así como te veo. Como eres. Una hermosa guinda roja resplandeciendo en lo más alto.

Me abracé a él con fuerza.

-¡Mi osito!

CAPÍTULO 7

Era la víspera de Epifanía. La opulenta ciudad se había orlado con sus mejores luces, y aquella céntrica avenida era ahora un incesante trasiego de padres y niños que acudían alegres a ver el desfile de los Magos de Oriente. A Alba le asustó tanta algarabía, pues era la primera vez en mil años que abandonaba motu propio su vieja calle. Sin embargo, al reparar en el ambiente festivo y en los semblantes joviales de los niños, enseguida se tranquilizó. Por otra parte, la gente, al verla acercarse, se apartaba muy amablemente (?) y le iba abriendo paso como si fuera una reina extranjera. ¡Qué bello le parecía ahora el mundo allende su imperio!

Yo ni me enteré. Pasé la noche con él durmiendo con una placidez entrañable y profunda. Pero a la mañana siguiente pude tener noticia de las algaradas que habían sacudido el barrio hasta el amanecer. Nadie parecía haber podido pegar ojo a causa de la escandalera excepto yo, excepto él y yo. Hubo incluso una víctima mortal: un menor magrebí fue hallado muerto en la calle con varias heridas en el pecho. Según decían, el muchacho formaba parte de un grupo que se dedicaba al robo con intimidación, aunque sus actividades delictivas solían desarrollarse fuera del barrio.

Algunos escaparates de comercios moriscos fueron destrozados. Y varios integrantes de la patrulla callejera fueron detenidos durante algunas horas. Aunque pronto pudo comprobarse que dicho grupo no había tenido nada que ver con los destrozos ni con el asesinato, sí era responsable de haber causado lesiones leves a un par de hombres de origen pakistaní. Los pakistaníes nunca causaban problemas, la inmensa mayoría de ellos eran pacíficos comerciantes, muy propensos a la sonrisa fácil y amable. Sin duda se había tratado de un error debido quizá a la predisposición agresiva del grupo o a la actitud aparentemente sospechosa de alguno de los dos hombres. El caso era que aquel incidente podía aumentar aún más la tensión por la afrenta a un colectivo hasta ahora sosegado. A todas luces parecía que la primera actividad de la patrulla había venido a empeorar las cosas. En cuanto al asesinato y a los destrozos, se daba por hecho que obedecían a una serie de “actos aislados”. Aislados e invisibles. Nadie sabía ni nadie quería saber.

Sin embargo yo sí sabía muy bien quién estaba detrás aquello. Por lo visto se había producido un pequeño cambio de táctica. Ya no bastaba con ofender sólo a la población autóctona, había que

enfurecer también a la foránea. Había que provocar una confrontación con una saña compartida por las dos partes. Eso no era un mero propósito, era ya un hecho. Ahora el barrio, pequeño y tortuoso, estaba dividido en dos guetos irreconciliables. Gustara o no, ya no había cabida para posturas contemporizadoras ni mentalidades neutrales. Si una pequeña morralla de psicópatas y delincuentes había conseguido manipular los instintos y las pasiones de un barrio entero, no quería ni imaginar lo que sería posible realizar a un nivel de Estado. Lo que a mí me quedaba claro era una cosa: que todo, absolutamente todo, era una farsa.

Y enseguida la farsa de fuera se interesó por lo que estaba ocurriendo en el barrio. Aquella prensa histérica, epiléptica y también manipuladora vino a enturbiar aún más las aguas, exacerbando los ánimos con su pegajosa presencia y confiriendo un protagonismo estelar a los parias más impresentables. Pero por fortuna todo hacía prever que al cabo de unos pocos días, como era habitual, una total agnosia mediática convertiría aquel episodio en una anécdota inexistente. Situaciones similares, e incluso más graves, se habían vivido en otras partes del país y del continente. Y lo mismo ocurriría con la policía, que pese a su inoperancia no estaba dispuesta a perder la ocasión de salir en la foto. Se hablaba de racismo, de delincuencia, de inseguridad ciudadana, de miseria, de inmigración ilegal... El discurso se repetía una y otra vez hasta la náusea. Se intentaba encontrar la razón de todo aquel despropósito, como si el hallazgo de una razón fuera por sí mismo capaz de arreglar algo. Una razón que, por otra parte, resplandecía con una evidencia cegadora para quienes poseían un mínimo de honestad para ver y comprender lo que simplemente era. “Cuando el día está nublado, lo natural es que llueva”, decía un viejo adagio oriental. Sólo los idiotas podían sorprenderse por la lluvia que cae cuando el cielo está cubierto de nubes negras. Y el mundo entero parecía haberse idiotizado. La situación internacional era cada día más alarmante; el choque de culturas, acicateado por integrismos cada vez más feroces y no siempre de origen religioso (el pensamiento único, tan fomentado por los medios y el poder, era uno de los de peor calaña), parecía algo insuperable tanto para el ser humano del Medievo como para el del siglo XXI. El mundo entero se hallaba en un estado de permanente marasmo que afectaba sobremanera a los llamados intelectuales, a quienes se les reprochaba su incapacidad de profundizar en las raíces del mal, como si alguna vez en la historia hubieran conseguido tal cosa. Nada nuevo había bajo el sol, era cierto. Sin embargo existía la sensación generalizada de que la

piedra con la que siempre se había tropezado era cada día más grande; y el efecto de cada nueva caída, más doloroso.

En definitiva, el barrio no era más que una de las muchas pequeñas ratoneras de un gigantesco buque que había empezado a zozobrar. Y cuyas llamadas de auxilio se perdían como ondas estériles en el espacio infinito y vacío.

Llegué a casa a media tarde. No vi a la Chepas, cosa que lamenté, pues deseaba reírme en sus narices y ridiculizarla por el fracaso de la cruzada de la que había formado parte. Subí las escaleras, y entonces oí otra vez el famoso "bum, bum". Su puerta estaba cerrada, pero ahora pude cerciorarme de que, en efecto, el sonido provenía de su apartamento. Vencida por la curiosidad, abrí la puerta sin hacer ruido y asomé la cabeza. Le vi sentado en una silla, estático como una figura de cera. Sólo movía de un modo mecánico y repetitivo la muñeca para lanzar contra la pared que tenía enfrente una pelotita de goma maciza, que volvía a recoger tras rebotar en el suelo para realizar la misma operación, y así una y otra vez. Permanecí observándolo durante un rato. No parecía entretenerse ni divertirse ni nada de eso. Más bien parecía aburrido, ausente y ensimismado.

-Hola –le dije-. ¿Puedo pasar?

No se inmutó, apenas desvió los ojos para mirarme un instante.

-Hola –murmuró.

Supe enseguida que algo le sucedía.

-¿Qué haces? –le pregunté.

-Nada.

Era evidente que no deseaba hablar. Así que decidí no atosigarle. Cogí la otra silla que había junto a la mesa y la coloqué a su lado. Me senté. Observé el movimiento de la pelota. Aunque a primera vista parecía algo mecánico y tonto, probablemente no era tan fácil hacerlo con aquella precisión; el mismo movimiento exacto de muñeca, el mismo impulso, el mismo punto de la pared donde golpeaba la pelota, el mismo punto del suelo donde rebotaba... Aunque supuse que sería cuestión de pura práctica, cosa que sin duda él tendría.

-¿Es divertido? –le dije.

-No. Es lo más aburrido que existe. A veces hasta cierro los ojos.

-¿Entonces por qué lo haces?

-Para meditar –respondió escuetamente.

-No sabía que te dedicaras a esas cosas.

-No lo que debiera.

Estaba claro que algo le había afectado. Me empecé a preocupar,

pero no quise precipitarme.

-¿Y puedes meditar y hablar conmigo al mismo tiempo?

-Claro, ¿no lo ves?

-Pero no entiendo el significado de esto. ¿Por qué no me lo explicas?

No respondió. Pensé que tal vez sería mejor marcharme y dejarlo a solas hasta que se le pasara. Pero justo cuando me disponía a levantarme, dijo:

-Hay ocasiones en que olvido el mundo en el que vivo, y entonces surgen los desengaños y las decepciones. Esto me recuerda que si espero que un olmo dé peras, es a causa de mi ignorancia, y entonces ninguna decepción tiene sentido...

Bueno, por lo menos ya tenía claro una cosa. Se trataba de una decepción.

-... No tiene sentido –continuó con una voz monótona-, del mismo modo que no tiene sentido esperar que esta pelota bote de un modo diferente a como lo hace, ni que su movimiento no esté predeterminado por el impulso que le doy ni por la reacción de la pared. De eso se trata ni más ni menos. De conocer la estructura de la vieja mente, que no sabe actuar más que como una pared. Acción y reacción, reacción de la reacción, reacción de la reacción de la reacción... ¡Es tan previsible y aburrido!...

Volvió a guardar silencio sin interrumpir su actividad "meditativa". No quise decir nada todavía, pues sabía que su salmodia aún no había terminado. En efecto, al poco rato prosiguió:

-Reacción de la reacción de la reacción de la reacción... Completamente previsible. Podría durar toda la eternidad. Yo lo llamo el Juego Eterno. Sólo una mente libre podría salir de ahí y sorprender con un movimiento imprevisible. Pero, como no hay libertad, no puede haber acción original, sólo reacción. Reacción de la reacción de la reacción de la reacción de la reacción... ¡Dios santo, qué aburrido! Pero es lo que hay, nos guste o no. Es estúpido esperar otra cosa. Cuando practico el Juego Eterno tengo la sensación de hacer un recorrido por toda la historia. Un "ismo" sigue a otro "ismo" de signo contrario, un movimiento predeterminado predetermina otro opuesto a aquél, una reacción de la reacción de la reacción de la...

-¿Quieres parar ya de una vez? Vas a conseguir que me duerma. Esto es mucho más eficaz que contar ovejas.

-Sí, creo que podría seguir haciéndolo aun dormido.

Me levanté.

-¿Vas a decirme de una vez lo que te ha pasado? –pregunté- Si

no quieres no me lo digas, pero no me tortures más con esto. ¿Quieres parar ya?

-Lo que ha pasado ya no tiene importancia –explicó sin detenerse en su dichoso jueguecito-. Ahora me doy cuenta de que sólo yo he tenido la culpa por permitir que lo previsible haya podido afectarme. De verdad, ya no me importa. Debería practicar esto con más frecuencia.

De pronto reparé en que tenía una ligera tumescencia amoratada bajo su ojo izquierdo. Parecía una contusión. Entonces lo adiviné.

-Has tenido alguna pelotera en el Berberecho, ¿verdad? –le dije-Te lo advertí. Si no fueras tan cabezón... Dime cómo ha sido. ¿Te han hecho daño?

-No –respondió-. Algún empujón, algún insulto, algún escupitajo... Sólo eso.

-Has tenido suerte, debían de apreciarte bastante. A otro le habrían roto la cabeza ¿Y eso? –le toqué con cuidado la marca roja.

-No lo sé. Supongo que a alguien se le habrá escapado la mano. No me he enterado.

-¿Y el amigo ése a quien le devolviste la cartera? –inquirí- ¿No estaba allí contigo en aquel momento?

-Sí que estaba. Pero no hizo nada. Ni siquiera se atrevió a mirarme. Eso fue lo que más me dolió. Pero ya no me duele, en serio.

-¿Y qué esperabas? –alcé la voz, asustada de pronto por la idea de lo que le podía haber ocurrido.

-Nada. Tienes razón. No ha sido más que culpa mía.

-Las cosas son como son, y tú no puedes hacer nada.

-Es verdad –admitió.

-Son como son –continué-, y además no pueden ser de otra forma.

-Eso no es cierto, sí que pueden ser de otra forma. Siempre pueden ser de otra forma.

-¡No pueden ser de otra forma! –insistí.

-¿Ah no? –detuvo al fin su jueguecito y se incorporó de golpe-¿Y qué lo impide? ¿Qué impide que yo cambie mi impulso y arroje la pelota en otra dirección? ¿Qué impide en realidad a alguien ser original e imprevisible? ¡Mira!

Se dirigió hacia la ventana con la pelota en la mano y la lanzó con fuerza al exterior. La bola rebotó como un proyectil en el canto de un balcón del edificio de enfrente y retornó con la misma velocidad a algún punto de nuestra fachada. No vimos nada, pero se oyó un estallido de cristales rotos. Tras unos instantes, prorrumpió

la voz de una mujer gritando:

-¿Quién ha sido el hijoputa cabrón? ¿Quién?... ¡Cagoendiez!

-¿Qué pasa Filo? –preguntó otra voz de mujer que me resultaba familiar.

-Pues que un desgraciado me ha roto el cristal de la ventana, y además la piedra o lo que sea ha ido a caer en el puchero de los garbanzos. ¡Cabrones! ¡Mamonazos!... ¿No has visto tú a nadie?

-No, yo no. Estaba mirando la tele.

-Seguro que habrá sido el hijo de la putona de la Canaria. ¡Huy cuando lo pille! ¡Por éstas que me las paga!...

No supe si echarme a reír o decirle que estaba como una regadera. Él permanecía con el semblante atento y con el índice de su mano derecha levantado, como si en lugar de improperios hubiera escuchado voces de ángeles celestiales.

-¿Lo ves? –dijo- Completamente imprevisible. ¿Quién hubiera podido sospechar que la pelota acabaría cociéndose junto a unos garbanzos?

-Pues menos mal que no hay nadie imprevisible –comenté-. Si no haría tiempo que se habría iniciado la Tercera Guerra Mundial.

-Eso también es cierto. El mundo sería muy diferente a lo que es. ¡Todo sería tan creativo y fascinante! ¿Te das cuenta de lo maravilloso que puede ser tratar con alguien imprevisible?

Aquello empezó a molestarme. Me sentí menospreciada por él, como metida en el mismo saco que todo el mundo, sin ningún valor especial que me hiciera diferente ante sus ojos.

-¡Déjate de estupideces! –corté- Puedo tener muchos defectos, pero nunca he sido una mujer previsible.

-¿Ah, no? –toda su parsimonia anterior se convirtió de pronto en impetuosidad, su callada decepción pareció ahora estallar por los aires como el cristal de la ventana que acababa de despedazar- ¿Acaso crees tú que estás fuera de todo esto? ¿De verdad lo crees? ¡Qué equivocada estás! Te voy a demostrar que no eres más que otra pared.

Se precipitó hacia la mesa, tomó un bolígrafo y un folio en blanco que había junto a la máquina de escribir, y acto seguido escribió algo de manera acelerada. Luego se acercó a mí con el papel en la mano, y me dijo:

-¿Por qué crees tú que trabajas en un gimnasio de boxeo si no es para reaccionar con tus golpes contra un mundo al que temes? A ti las palabras pueden hacerte un daño mil veces peor que el más contundente de los ganchos que hayas recibido en la cara. ¿Y sabes por qué? Porque no eres más que una chula arrabalera, una

zangarilleja bravucona llena de miedos y con una conciencia que apesta.

Le pegué un sonoro bofetón en la mejilla. A pesar de mi enfado, no dejó de sorprenderme. Nunca había golpeado a nadie en la cara con la mano abierta. Pero con él me salió así. Se tocó la mejilla izquierda con un gesto de dolor, en la parte donde tenía el morado. Luego me entregó el papel que llevaba en la mano. Pude leer lo siguiente: "Esclava, te ordeno que me golpees". Y más abajo, entre paréntesis: "¿Ves como eres previsible?".

No supe cómo reaccionar, si golpearle de nuevo o pedirle disculpas. Me hallaba aturdida. Todo aquello resultaba confuso y absurdo. Le miré sin decirle nada. Continuaba tocándose el pómulo de la cara. Entonces lamenté haberle golpeado. Estaba dolido a causa de una mala experiencia y simplemente se había desahogado conmigo. Yo sabía que él no había hablado en serio al insultarme como lo había hecho. Además, había obrado de un modo muy meritorio si se pensaba bien: demostrar algo a sabiendas de que como pago iba a recibir un porrazo.

-¿Por qué me has obligado a hacer eso? –le dije al tiempo que le acariciaba en la mejilla- Eres muy tonto, ¿lo sabías? Ven. ¿Te duele mucho?

-Bueno, podía haber sido peor –respondió.

-Hoy más te hubiera valido no levantarte de la cama. Pobre osito mío. ¿Estás ya más tranquilo? Mañana vas a tener ese ojo algo feo –dije examinándolo-. Pero no te preocupes, no es nada. Cuando competía eso era salir con la cara limpia de un combate. Luego te haré un preparado milagroso. Ya verás.

-Guinda –murmuró.

-Qué.

-Tenemos que irnos de aquí.

-Sí –le dije, pese a no saber a qué se refería con exactitud.

-Y cuanto antes mejor –añadió.

-Esto es muy fácil para ti. Tú estás de paso. Pero yo tengo mi casa y todas mis cosas aquí, mi trabajo... Este es mi hogar aunque a ti no te guste. Ahora mismo no puedo permitirme el lujo de...

-Te estoy pidiendo que vengas conmigo –interrumpió-, a mi casa. Es lo que más deseo en el mundo. ¿Tú no lo deseas?

-Sí, claro que lo deseo, tanto o más que tú. Pero yo nunca he dependido de nadie, ¿comprendes? He llevado una vida de escasez, pero de un modo u otro siempre he salido adelante, sola. Eso es lo único valioso que tengo: la independencia. No soporto la idea de tener que depender de alguien.

-Ni yo tampoco –dijo-. ¿Quién te está pidiendo que dependas?

-Si yo fuera a tu casa, viviría en tu casa. No sé cómo podría afrontar eso.

-Mi casa no es mi casa, es sólo un lugar adonde voy a veces. Un lugar demasiado grande y vacío para un hombre solo. Nunca me he sentido propietario de nada. Mi casa es lo que menos me importa en el mundo. Pero si eso es un problema para ti, la vendo y nos vamos a vivir a una pensión –sonrió-. ¿Qué te parece?

-Estaría bien –sonreí también-. Vivir como ahora, pero en otro lugar. Cada uno en una habitación diferente, pero una al lado de la otra. Y con una sola cama para dormir siempre juntos. Un día la pondríamos en mi habitación y al día siguiente en la tuya. Y viajaríamos por todo el mundo, pernoctando en hoteles, casas de pueblo y tiendas de campaña. ¡Tengo tantas ganas de ver cosas nuevas!...

-Entonces, ¿estás dispuesta a venir conmigo?

Le miré calladamente. Le amaba, y era feliz sabiendo que él también me quería. Pero anidaba en mí un temor que me obligaba a ser prudente, a desconfiar de la "reacción" inicial al sentirme la mujer más dichosa del mundo. Sabía que todo principio llevaba consigo la semilla de un final. Por otro lado, también sabía que no soportaría la idea de separarme de su lado.

-¿Me prometes que nunca te arrepentirás de esta propuesta? –le pregunté.

-¿Arrepentirme? No digas tonterías. Eres lo más extraordinario que me ha sucedido en la vida. Es mucho más probable que te arrepientas antes tú que yo.

-De acuerdo. Iré contigo. ¿Cuándo quieres que nos marchemos?

-Lo antes posible –repitió.

-Pero tú has venido aquí para algo muy concreto. No quiero en ningún momento suponer un obstáculo en tu trabajo. Así que hasta que no acabes lo que...

-No te preocupes por eso –zanjó-. Ya está acabado. Bueno, no del todo todavía. Hoy o mañana a lo sumo.

-No puede ser. ¿En tan pocos días? No puedo creerlo.

-En muy pocos días pueden ocurrir cosas increíbles –murmuró, y me besó en los labios-. ¡Quién podía imaginarlo!

-Pero... –continuaba sorprendida- ¡Una novela! No es posible.

-No sé por qué te sorprendes tanto. Ha habido escritores que han escrito una en una sola noche. Aunque no es lo normal, claro. Pero te olvidas de una cosa. Esta novela es la primera que empecé a escribir, y la voy a acabar ahora. ¿Sabes de cuántos años estamos

hablando? Lo que ocurre es que me había bloqueado con ella. Cuando llegué aquí todo se precipitó de un modo como nunca antes me había ocurrido. Parece incomprensible, lo sé. Y lo es. Aunque hay que tener en cuenta de que se trata de una novela corta. Corta, pero tan densa como la sopa que preparaba mi abuela. Casi liofilizada, sin esa paja de la que tantos autores gustan.

-Bien, entonces... ¿Qué te parece si nos vamos el domingo que viene? Dentro de cinco días.

-Estupendo –convino-. Más tarde hablaré con la casera y se lo comunicaré.

Solté una pequeña carcajada.

-¿De qué te ríes? –preguntó.

-Me imagino la cara de la vieja cuando se lo digas. Sus dos maravillosas *suites* van a quedar vacías a la vez. Es la persona más racista que conozco, pero como pasen unos pocos días sin que haya logrado alquilarlas, ya la veo tratando con negros y con asiáticos. Es capaz de vender su alma al diablo por una sola moneda.

-No creas que esto es algo muy raro en estos tiempos –comentó-. El mundo está atiborrado de personajes fáusticos. Eso de vender el alma al diablo es mucho más real de lo que suele creerse. Quien lo ha hecho, sabe el día y el momento en que estampó su firma.

Miré hacia la ventana. El día era nublado y húmedo, pero el calor era ahora algo más llevadero. Tal vez no tardara en llover. Sentí un leve estremecimiento de placer al imaginar una lluvia que refrescaba el aire, ese bendito frescor que obligaría a cerrar las ventanas y a poner una manta sobre la sábana llegada la noche. Todo tenía un fin, incluso el infierno.

-¿Conoces a la mujer a la que le he roto el cristal de su ventana? –preguntó.

-No estoy muy segura. La vieja te lo dirá. ¿Por qué?

-Para disculparme y pagarle los destrozos.

-Si crees que debes hacerlo... Aunque quizá no reaccione muy bien. ¡Reacción! Me has hecho coger una manía horrorosa a esa palabra. Reacción de la reacción de la reacción de la reacción... El juego eterno. Si este juego es tan previsible como dices, ¿qué crees tú que va a suceder aquí?

-Lo sabes tú mejor que yo –declaró-. Por eso hemos de irnos cuanto antes.

CAPÍTULO 8

-Disculpe, señor guardia, pero yo no molestaba a nadie. Soy hombre de paz, enemigo de pleitos y amigo de pleitesías. La lluvia arrecia y dispongo de algunas monedas que ayer me ofreció un alma caritativa. Sólo buscaba fonda, posada, mesón, venta, parador, hospedería, pensión o convento donde poder resguardarme esta noche y deshumedecerme los huesos.

-Estás de suerte. Te confisco el montante pero te daré calabozo.

Estuve merodeando por los alrededores del barrio, paseando, pensando, mirando escaparates y alzando de vez en cuando la mirada al cielo, sucio de contaminación y salpicado de unas nubes grises que se negaban a poner fin a la sempiterna canícula y obsequiarnos con un poco de su agua bendita. Era aún pronto para comer y no tenía apetito. Intentaba averiguar la razón de por qué, teniendo tantos motivos para sentirme dichosa, una inquietud pergeñaba en lo más dentro de mí para aguarme la fiesta. Aunque sabía que conocer la razón tampoco iba a servir de mucho. Había leído que el yo era un títere del inconsciente, y a éste las razones y la lógica le resbalaban como el aceite. La pulsión inconsciente precedía a toda acción supuestamente racional. Lo había comprobado en mí en sucesivas ocasiones, a pesar del racionalismo recalcitrante en el que yo militaba; aunque más como estrategia práctica de supervivencia que como filosofía de la verdad. En el complejo campo de la mente, un argumento racional parecía incapaz de penetrar más allá de las capas superficiales del cerebro, mientras que la imagen, la metáfora y la música, el arte en suma, alcanzaban de lleno las regiones más profundas, impresionándolas y afectándolas. Uno sólo podía curarse desde el inconsciente. Y eso era lo que diferenciaba a los escritores genuinos de los intelectuales escribidores, a los artistas de los pensadores. Los primeros eran los verdaderos terapeutas del alma. Para mí el buen novelista era aquél que sabía dotar a su obra del justo equilibrio entre razón y sentimiento, dirigiéndose así a la inteligencia y no al mero intelecto. Había que saber pensar sintiendo, y sentir pensando. En el fondo, creía, todos estábamos tarados o enfermos en cierta medida, y el resultado era un mundo enfermo. La tragedia consistía en que nadie deseaba curarse, sino refugiarse en su propia trampa. La razón y la emoción por separado provocaban efectos devastadores, y sólo si ambas lograban armonizar podía ocurrir otra cosa, otra

nueva cosa. Pero tal conquista era un imposible para los practicantes del Juego Eterno. Psique y Cupido tenían que hacer el amor en todo momento, de un modo tan maravilloso como lo habíamos hecho él y yo.

Yo vivía marcada, atrapada en el pasado de una infancia miserable, llena de violencia y miedo. Todas aquellas sombras indomables constituían la esencia de mi carácter, y ellas irían conmigo allá donde fuera. No bastaba con mudarse de lugar para vivir otra vida. La niña salvaje pertenecía al barrio, del mismo modo que la imagen de un cuadro formaba parte de un fondo. Y aquel cuadro, aquel arraigo, estaba incrustado en la misma médula de mi ser. Ni siquiera era capaz de imaginar mi retrato sobre un fondo de distinto color. Aunque en determinados momentos aún tiernos de mi vida, su pintura había llegado a ser afectada, sí, por fortuna, gracias sobre todo a algunos artistas de la pluma y de la música. Ésa era una de las causas que habían evitado que yo hubiera acabado como la mayoría de los jóvenes del barrio. ¿Por qué a mí sí y a otros no? No lo sabía. Tal vez porque la claudicación conducía a la autodestrucción. Yo jamás había claudicado, la curiosidad y mi obstinado interés en querer comprender habían evitado que cayera en el pozo. Aunque el pozo continuaba allí, formaba parte del fondo del cuadro. En realidad, yo seguía siendo una mujer salvaje, revestida con una fina capa de ilustrado barniz.

Frente a esta realidad había sin embargo una esperanza: el amor. El amor era algo tan inmenso que confiaba en que pudiera salvarme. De hecho, ya había empezado a hacerlo. De no haberlo creído así, no habría aceptado de ningún modo marcharme con él, pues lo último que deseaba era hacerle sufrir o perjudicarle. El amor no sólo te curaba, también confería el poder de curar al otro. Cuando me hallaba a su lado no me reconocía a mí misma. Me invadía una plenitud que iluminaba todas las zonas oscuras de mi ser, y el mundo circundante era observado entonces de un modo distinto. No se trataba de un enamoramiento distorsionador de la realidad, sino de la única luz capaz de percibirla. El amor no era algo excluyente ni subjetivo, era lo más íntegro y real que existía. Empezaba a barruntar la posibilidad de un mundo diferente; bastaba con transformarse en un instrumento de ese extraordinario poder. No había más secreto. La violencia de alrededor continuaba siendo violencia, pero dejaba de verse como una maldición irremediable. Se aceptaba como el síntoma de una sociedad enferma. Sin embargo era posible vivir en ella y no tener nada que ver con ella ("Yo me dirijo al individuo, no al ciudadano", me había

dicho Gregorio), permanecer fuera de su influjo, sin “reacciones” estúpidas contra el gigantesco muro. Esa nueva forma de ver suscitaba una especie de compasión por los pobladores del infierno; un mundo de tinieblas que yo conocía muy bien.

Aquella singular percepción era algo tan inédito para mí que no dejaba de sorprenderme. Y aunque parecía afianzarse cada día un poco más, los obstáculos que surgían para frenar su expansión no eran pequeños. El temor de algún modo continuaba en lo profundo, se hallaba demasiado incrustado. La resistencia al cambio producía un efecto terrible, porque no había nada más trasgresor que el amor. En realidad aquél era el drama: el miedo y el amor eran incompatibles. En mi interior se libraba una lucha constante con dolores de parto, propia de una crisis existencial sin precedentes. Era un tránsito angustioso pero necesario. La ambivalencia que tanto me caracterizaba parecía haberse intensificado. Las preguntas y las dudas se alternaban con estados de lúcida felicidad. Me sentía a veces como agitada por una brisa caprichosa que me transportaba de un lugar a otro, de un modo en apariencia caprichoso. Y tenía la impresión de que en cualquier momento un brusco golpe de viento podía sepultarme de nuevo bajo los escombros. Una decepción, por ejemplo, podía en un instante vaporizar toda mi tierna esperanza, podía llegar a ser aun más letal que la misma muerte. Porque no había nada peor que vivir sin amor ni esperanza.

De vez en cuando, de mi mente surgían de manera espontánea imágenes y escenas sueltas de la historia de Pablo y Alba. Aquella metáfora del amor, del amor real y no idealizado, había penetrado en mis zonas oscuras y ahora parecía actuar con una fuerza arrolladora. Ambos personajes eran tan distintos entre ellos como lo éramos él y yo. A decir verdad, me resultaba imposible imaginar una diferencia mayor. La sola idea de pulir algo esa disimilitud me repugnaba, lo rechazaba como un imán repelía a otro. No había mayor negación del amor que el deseo de cambiar a alguien de acuerdo a un ideal inexistente. Pero esto no era aceptado por el mundo, un mundo que no sabía amar, en el que el miedo con todas sus formas acababa corrompiéndolo todo. A nadie le interesaba expandirse, sino constreñirse y reafirmarse. Desde aquella necia perspectiva, la libertad y el amor no tenían posibilidad de ser. El deseo de manipulación, el egoísmo y la codicia emponzoñaban las relaciones supuestamente amorosas. De todo eso hablaba aquella historia, sin adoctrinamiento, sin pretensión moralizadora, tan solo mostrando de modo visible y alegórico lo que era y el mundo negaba. El amor era un desheredado de la tierra, al igual que los

protagonistas del libro.

Cuando entré en el barrio detecté más agitación que nunca. Pensé que tal vez hubiera ocurrido un nuevo incidente. Había varias pintadas de signo racista en las paredes, algunos vecinos se arremolinaban en pequeños corrillos en medio de la calle con gestos vehementes y expresiones cerriles, se oían voces elevadas de tono a las que ni siquiera presté atención, parejas de agentes transitaban de arriba abajo con portes atentos y altivos, apenas llegaba a verse a algún inmigrante por la zona blanca, una mujer con chador que caminaba con un niño de la mano fue insultada delante de mis mismas narices... Todo aquello lo observé con cierta indiferencia e incluso con desprecio. No quería saber nada de aquella gente, fuera del bando que fuera. Un par de conocidas marujonas con las que me crucé intentaron hablar conmigo, pero las esquivé argumentando que tenía prisa. No deseaba enterarme de nada ni oír a nadie. Tan solo quería que me dejaran en paz y que me ignoraran, como yo a ellos. El domingo me marcharía de allí para siempre, y mi único desafío a partir de entonces consistiría en distanciarme de toda aquella mierda, desapegarme, contemplarla en mis recuerdos del mismo modo que ahora observaba esas nubes cenicientas cruzando silenciosas la ciudad. Sí, eso haría. Pero entonces, ¿por qué continuaba sintiéndome tan mal?...

De pronto sucedió algo "imprevisible". En la comisura de la boca de una alcantarilla vi la pelotita de goma que Gregorio había lanzado el día anterior por la ventana de casa. Estaba allí, casi en equilibrio, a punto de ser embuchada por el orificio que baboseaba ratas y hedores. La recogí, y mientras la observaba me pregunté por cuántas manos y aventuras habría pasado desde que fuera arrojada por un presunto impulso original. Desde luego, no parecía haber acabado muy bien su andadura. ¿Acaso podía ser de otro modo?, reflexioné. La hice rebotar en el suelo para comprobar su estado, pero al golpear en el canto de un adoquín medio salido la saltarina pelotita de las narices se precipitó rauda calle abajo. Dudé un momento, pero al fin decidí ir tras ella para poder devolvérsela a su dueño. Me sedujo la idea de sorprenderle y explicarle el final de su largo y "original" trayecto. Tuve que andar varios metros, hasta que al fin se detuvo en una esquina junto a un gran cubo de goma lleno de runa. Me agaché para recogerla y, al reincorporarme, atónita, reconocí de lejos a Gregorio caminando junto al Sordo, el policía. No podía dar crédito a mis ojos. Me había dicho que él no estaría de vuelta a casa hasta última hora de la tarde, ya que debía realizar algunas gestiones en el centro de la ciudad. Sin embargo ahí estaba,

¡paseando con un policía! Les seguí. Por los gestos, parecía que mantenían una animada charla. Sabía que Gregorio no tenía ninguna información que dar al Sordo, pero alguien podía hacer una interpretación muy distinta. Empecé a preocuparme de veras. Dándole vueltas, creí adivinar lo sucedido. Cada vez que en el barrio sucedía algo, el Sordo tenía la tonta costumbre de interrogar a los inquilinos recién instalados, como si se encontrara en una tranquila residencia de lujo donde casi nunca ocurriera nada. Se habría sorprendido al comprobar que en la lista figuraba el nombre de un escritor quizás conocido por él. Lo demás resultaba fácil de imaginar. Habrían charlado, hecho buenas migas... Qué mejor que acabar dando un paseo juntos para que todo el mundo estuviese al corriente de esa nueva y gran amistad. La verdad era que, pensándolo bien, los dos se parecían un poco. ¡Ambos eran igual de imbéciles!

Vi que entraban en el bar Perla, un modesto restaurante de comida casera al que yo a veces acudía para almorzar. Uno de los empleados que allí trabajaban, para mayor inri, estaba emparentado con el Lupo. Me detuve. Titubeé. Lo mejor que podía hacer era dar media vuelta y olvidarme del asunto. Eso era lo más razonable y prudente. Miré la pelotita. Tuve la impresión de que había jugado conmigo, de que pretendía desmontar mi inconsistente idea de lo que yo consideraba prudente y razonable. Me desafiaba, se burlaba de mí, me había llevado hasta allí para ponerme a prueba... Estaba confundida. Pero, sin saber cómo ni por qué, me vi de pronto dirigiéndome con paso decidido hacia el local. Me dejé llevar por un impulso que conectaba con la causa real de mi malestar. El corazón me latía deprisa, pero paradójicamente algo me animaba a seguir adelante. Al tiempo que me invadía una excitación por lo que estaba haciendo, como gritos de advertencia de mi yo, una serena lucidez medular guiaba mis pasos y coordinaba mis movimientos. De algún modo extraño en mi interior se había producido como una transferencia de poder. El frío y previsor pensamiento había sido reemplazado por una fuerza desconocida, más poderosa, inteligente y viva.

Olía a sopa de pescado y aceite refrito. Gregorio y el Sordo se disponían a tomar asiento en una mesa situada en un rincón del fondo. Me acerqué a ellos. Gregorio no me reconoció hasta que me planté delante de sus narices. Entonces, con esa cara tan graciosa que solía expresar al sorprenderse por algo, volvió a levantarse de la silla y exclamó:

-¡Guinda! ¿Qué haces aquí?

-¿Y tú? –intenté no parecer demasiado adusta pero no lo conseguí-. No esperaba verte hasta la tarde, como me dijiste ayer.

- Sí, bueno, verás... Ha habido un pequeño cambio a última hora. Lo he pospuesto todo para mañana. Pero siéntate, por favor. Comerás con nosotros. Supongo que ya conoces al señor Contreras...

Observé al Sordo mientras tomaba asiento. Expresaba un semblante de circunstancias, entre cortés y embarazoso.

-Sí, más o menos.

-Hola –respondió él con una cordial torpeza.

-El señor Contreras es un gran lector –comentó Gregorio con el propósito de limar cierta aspereza que debió de detectar en el ambiente-. Desde que ha venido a verme no hemos hecho otra cosa que hablar de libros. Es uno de los pocos lectores fieles que aún me quedan. Esto me recuerda al chisque ése en el que dos amigos se encuentras al cabo de mucho tiempo, y uno le dice al otro: “¿Sabes que he publicado un libro?”. Y el otro le contesta: “Sí, ya lo sé. Lo compré”. A lo que el primero, sorprendido, le responde: “¡Ah!, ¿fuiste tú?”…

El Sordo se echó a reír abiertamente. Yo, aunque el chiste me hizo gracia, no pude.

-Es usted muy modesto, Puertas –dijo el policía-. Sabiendo que en este mundo todo ha acabado convirtiéndose en simples objetos de consumo, incluidos, claro está, los libros, el hecho de que sólo unos pocos le lean dice mucho a su favor como escritor. En mi vida he podido tragarme uno solo de esos llamados *best-sellers*. Se lo digo en serio.

-No sabe lo gratificante que resulta charlar de vez en cuando con una persona con criterio. Es un alivio extraordinario.

-Bueno, pero por lo que veo no parece usted poner demasiado empeño en seleccionar los ambientes más propicios para que ello sea posible, ¿no cree?

-Desde luego. Ni usted tampoco.

Ambos se echaron a reír de nuevo. No había duda de que eran tal para cual. Una camarera se acercó y se puso a cantarnos el menú. Escogimos nuestros platos. Mientras ellos continuaban charlando, bromeando y riendo, eché un vistazo a mi alrededor. A parte de algunos pocos comensales y de los tres empleados que servían, había en la barra tres siniestros personajes del barrio que nos lanzaban de vez en cuando disimuladas miradas. Uno de los tres, al que llamaban el Cojo, era un tipo de verdad peligroso, uno de los jefes de la Banda del Hachís. El Jolo había llegado a trabajar en alguna ocasión para él. Sin embargo no me preocupó. Estaba

harta de dejarme intimidar por toda aquella gentuza. El miedo de los demás los hacía fuertes, igual que a los terroristas. Aquella era su verdadera arma, más que los cuchillos y las pistolas. Y no me dio la gana de seguir cayendo en su juego, de seguir aportando una sola célula de grasa a su repugnante poder. Eran tan pequeños como despreciables. Ahora (¿por qué ahora?), sin el menor asomo de temor, lo vi claro y lo comprendí. Era necesario hacerles frente y acabar con ellos, pisarlos como a cucarachas. Había tras ellos demasiadas historias de dolor y sangre que reclamaban justicia. Esa gigantesca justicia pendiente era más importante que la vida individual de cualquiera. Morir sin miedo, como decía Gregorio, sería la única manera de impedir una existencia trágica.

Mis dos acompañantes continuaban con su cháchara incesante.

-Créame, Puertas, créame. Cuando uno pierde el sentido del humor está acabado. Se lo dice un policía. Y además un policía jodido. Jodido pero contento, usted ya me entiende. No le extrañe si pronto me ve haciendo guardia en la puerta de algún edificio oficial. ¿Y qué? Le saludaré con la cara al sol y una gran sonrisa estampada en la cara. Claro que sí. Y entonces, cuando lo vea, le diré: "¡Yo he sido quien ha comprado su libro!".

Volvieron a soltar una carcajada. Lo que el Sordo acaba de decir me hizo reflexionar. Yo le conocía poco, aunque sí lo suficiente como para entrever que esa actitud tan jovial y dicharachera no era muy propia de él. Su risa no parecía natural, sino un tanto nerviosa, sardónica, debido quizás a un estado de ánimo que intentaba encubrir. Era evidente que se hallaba muy presionado, y ahora había encontrado un momento propicio para el desahogo, con ayuda del vino que bebía en pequeños y continuados sorbos.

-Es usted un hombre muy positivo por lo que veo –comentó risueño Gregorio.

-Es normal –intervine yo entonces, lo que provocó que se produjera un silencio expectante-. Si alguien no hace bien su trabajo, o lo echan o lo degradan de puesto.

El semblante del Sordo se agravó de golpe. Más que una expresión hostil puso la típica cara de quien recibe un golpe bajo sin esperarlo. No disfruté haciéndole aquel comentario, pero era necesario para llevar la conversación al punto que yo quería y para que dejara de una puñetera vez de interpretar ese ridículo papel de policía gracioso.

-Guinda, por favor –dijo Gregorio en tono conciliador-. Creo que...

Le puse la mano encima de la suya para indicarle que no

interviniera, sin dejar de mirar fijamente a los ojos del policía. Al fin, éste respondió con voz moderada:

-Sí, suele ser así. Aunque en mi caso, dudo mucho de que el que venga detrás vaya a hacerlo mejor. Los burócratas de arriba están bastante cabreados por todo este asunto, y alguien debe empezar a pagar. Pero si quieres que te diga la verdad, aunque no me creas, lo único por lo que lo lamento de verdad es por los muertos, no por mí. Para mí es un alivio dejar este distrito para siempre. Porque si he hecho lo que he hecho durante todos estos años, ha sido porque era mi deber, no para mantenerme en el puesto, que por otra parte es una mierda de puesto. ¿He hablado claro?

-Sí, muy claro –respondí-. Te propongo una cosa. Si tú continúas hablándome claro, yo también te hablaré claro a ti. ¿De verdad te preocupan los muertos?

-Sí, aunque sólo hasta cierto punto. Si a la gente de aquí no parece importarles demasiado la vida de sus vecinos, no debería preocuparme tanto a mí. La policía puede hacer muy poca cosa si no existe una mínima colaboración por parte de los ciudadanos a los que se pretende proteger. Es así de sencillo.

-Sí que les importa –precisé-, lo que ocurre es que desconfían de vosotros porque siempre les habéis dado motivos para ello. Esa desconfianza es casi genética, hereditaria. No se puede extirpar así como así. Por otra parte, si alguien sabe algo y larga a la policía, no tiene muchas posibilidades de seguir vivo. ¿Qué garantías podéis ofrecerle?

-Todas las que estén en nuestras manos –respondió.

-Lo cual es casi nada, teniendo en cuenta además que incluso es probable que algún miembro policial esté implicado en todo esto. No tal vez de un modo directo, pero sí indirecto. Ya sabes: "Tú me das y yo te dejo hacer".

-Eso que insinúas es muy grave –comentó.

-Eso lo sé yo y también mucha gente. Y tú también, ¡qué caramba! Sé que no eres tan ingenuo como pareces. Donde hay droga, hay dinero y policía untada. Si quieres dejamos de hablar claro y nos dedicamos a seguir contándonos chistes y a saborear este delicioso menú.

Me dirigió una mirada inquisitiva. Debió de sospechar que me hallaba dispuesta a confesar algo y no quiso arriesgarse.

-Sí, claro que hay policías corruptos –reconoció-. En todas partes cuecen habas. Lo único que puedo decirte es que yo jamás me he vendido ni he aceptado un solo céntimo de nadie. Y no porque no lo hayan intentado en algunas ocasiones.

-Lo sé. Aunque no nos conozcamos demasiado, te he observado alguna vez. Sé que eres una buena persona en el fondo. Yo misma pude ver cómo le entregabas algo de dinero, una manta y un abrigo al Gato, aquel yonki melenudo que siempre dormía en la calle. Al menos no murió helado.

-Ya no vive ninguno de aquello pobres muchachos –recordó-. Es una lástima. Había alguno que hubiera podido… En fin, dejémoslo. En realidad me alegro por ellos de que estén muertos. No tenía sentido vivir en el infierno en que vivían.

Gregorio escuchaba y nos observaba, curioso y ajeno al mundo del que hablábamos. No tenía la menor idea de lo que yo sabía ni adónde deseaba llegar por medio de aquella conversación que debía de resultarle tan enigmática. Pero tuvo el tino de mantenerse al margen y no intervenir.

Sirvieron nuestros platos y empezamos a comer.

-Pero lo mismo que te digo que eres una buena persona –continué-, también te digo que a veces pareces un poco torpe. Aunque no sé si esa es la palabra correcta ¿Tal vez, indolente? ¿Descuidado?… Te has estado paseando con este hombre por todo el barrio sin importarte lo que eso pueda suponerle, y encima te vienes aquí a comer con él. Podías haberlo citado en la comisaría, o en cualquier otro lugar apartado. Pero no, has tenido que ir a buscarle a su casa, pasear con él y comer juntos en un lugar pegadito al barrio. ¿Es que no te das cuenta?

-No –respondió-. La verdad, no veo motivo para tanto ocultamiento. Y menos con un hombre como él, que no tiene nada que ver con este lugar ni con lo que ocurre.

-Lo que pasa es que no tienes la mínima información para poder actuar de un modo algo coherente –le dije-. Yo sí soy del lugar, y aunque tampoco tenga nada que ver con lo que está ocurriendo, sé cosas. Toda la gente, menos tú por lo que se ve, sabe que él y yo… Bueno, sabe que somos amigos. ¿Hace falta que siga o es ya suficiente para un policía tan sagaz como tú?

-Pero yo cómo iba a saber eso –se justificó-. Además, ¿qué cosas sabes tú?…

Guardé silencio. No quería ponérselo demasiado fácil. Por su forma de mirarme, pareció entender que no debía hacerme preguntas de modo tan directo.

-Si lo que insinúas es cierto –añadió-, no parece que yo sea el único que actúe de modo poco coherente. Te has sentado a nuestra mesa y ahora estás hablando conmigo.

-Sí, así es. Pero no pienso explicarte por qué lo he hecho. No

viene al caso. Fíjate en los tres tipos de la barra. ¿Los ves? No nos quitan ojo. Ahora mismo no hay mucha diferencia en que yo te diga algo o no te diga nada. Para ellos está muy claro. Otra cosa sería que creyeran que yo no sé nada sobre todo este asunto. Pero aun así, ante la más ligera duda... Además, hay una persona que no tardará en enterarse de esta reunión, y ella sí que sabe que yo sé. Como ves, acabo de complicarme la vida.

El Sordo observó con disimulo a los tres individuos de la barra. Luego declaró en voz baja:

-No tienes nada que temer. Puedo darte la protección que necesites, siempre y cuando me digas algo. Si esos tipos están manchados, puedo retirarlos de la circulación durante unos días. A esos y a cuantos haga falta. Aquí está ocurriendo algo gordo y se nos está escapando de las manos. Haré lo que sea necesario. Aunque por tu seguridad sería mejor que cambiaras de residencia lo antes posible.

-Sí –convine-, este domingo teníamos planeado marcharnos.

-Estupendo. Si lo deseas, hasta entonces, puedo asignarte un par de hombres como escolta. Haré lo que sea.

-No, eso sería como reconocerme culpable de algo. Ni hablar. Bastará con que me quites de en medio a algunos elementos durante un par de días. Empezando por aquellos tres de ahí...y acabando por otros dos que luego te indicaré. Pero has de tener en cuenta una cosa. Esta gente ya ha hecho buena parte de su trabajo. Aunque ahora desaparecieran del mapa, ya han encendido la mecha, ¿entiendes? Tal vez sea demasiado tarde. El miedo y el odio gobiernan las calles. Todo puede explotar en cualquier momento. Incluso es posible que las últimas acciones no tengan ya nada que ver con la organización.

-¿Te refieres al asesinato de anoche? –preguntó.

-No sé lo que pasó anoche ni quiero saberlo. Sólo digo que es posible. O quizá suceda hoy, o mañana.

-Así que, según tú, se trata de una organización. Yo también lo sospechaba. Hay algunos nexos que unen a todos los casos. Sí, desde el primer momento sospeché que se intentaba criminalizar al colectivo magrebí. Las huellas son bastante claras pero sin llegar a ser demasiado obvias, como si alguien se hubiera preocupado en hacerlo así para engañar a la policía. Dime si estoy en lo cierto. Hay un grupo que actúa contratado por alguna organización clandestina de extrema derecha.

La camarera se acercó para servirnos el segundo plato. Cominos durante un par de minutos en silencio. El Sordo supo tomárselo con

calma y se limitó a esperar. Por debajo de la mesa noté la cálida mano de Gregorio acariciándome la pierna, como queriéndome dar a entender que no estaba sola en medio de todo aquello, que él estaba allí, conmigo. Y que no tenía nada que temer porque, tal como me había dicho con aquella total seguridad, me protegería. Sonreí al recordar sus palabras.

-Como sabes –dije al fin-, aquí se maneja el cotarro de todo el caballo que se distribuye en la ciudad. Y desde hace tiempo no sólo la heroína, también el hachís…

-¡Un momento! –cortó, como si de repente acabara de reparar en algo-. La mayor parte del *cánnabis* que ha llegado a incautarse en los últimos meses proviene del Magreb. ¿Estás insinuando que...

-Te voy a contar una historia –bebí un trago de agua-. Imagínate que tú eres uno de los peces gordos que se dedican a este lucrativo negocio. Formas parte de una red organizada y poderosa, consolidada desde hace tiempo. Pero las circunstancias van cambiando y aparecen problemas nuevos a los que debes hacer frente si deseas mantener tu posición. En los últimos años algo ha acabado convirtiendo la ciudad en un lugar casi irreconocible, sobre todo en el suburbio donde desarrollas tus oscuras operaciones. El número de inmigrantes es cada día mayor, gran parte de ellos ilegales, reconcentrados y refugiados en la misma oscuridad donde intentas ocultar tus actividades. Son personas desesperadas y cada vez más numerosas. A diferencia de ti, no tienen nada que perder. Ante una presa abatida y apetecible, un par de gordos leones no tienen nada qué hacer frente a una jauría de hienas hambrientas. Si son sólo dos o tres, el león las quita de en medio de un violento zarpazo. Pero cuando al darse la vuelta se acerca otra, y otra, y otra... el poderoso león no tiene más remedio que retirarse si no quiere acabar devorado por todas esas fauces voraces.

-Entiendo –dijo el Sordo-. El león huye. ¿Y qué sucede después?

-El león no está dispuesto a renunciar a nada, quiere continuar siendo el rey de la selva. Su retirada momentánea sólo forma parte de una estrategia. Sentado en un montículo, observa a las hienas, analiza la situación, estudia el entorno... Y sonríe. Sabe que todos los demás animales desprecian a las hienas. Así que lo único que tiene que hacer es disfrazarse de hiena, o mejor aún, ordena a sus lacayos los chacales que lo hagan. Los chacales disfrazados empiezan a causar estragos entre las bestias con el propósito de inflamar su odio y su miedo hasta el punto que, unidas como un solo cuerpo, deciden abalanzarse en masa contra las hienas, obligándolas a abandonar el territorio. Unas cuantas muertes

habrán sido suficientes para conseguir el objetivo. A partir de ahí será relativamente fácil mantener la sabana controlada, limpia y despejada. Y el león podrá continuar comiendo y engordando tranquilo.

El Sordo permaneció pensativo, como si realizara un repaso mental de todos los datos de que disponía para colegirlos con esa analogía zoológica que acababa de relatarle. No obstante, añadí:

-He oído decir que, si las circunstancias climatológicas son propicias, el leve movimiento de aire que provoca las alas de una mariposa en vuelo puede degenerar en un huracán. ¿Comprendes? Y las circunstancias son muy propicias. Cuando el vino está servido, no hay más que beberlo

-¡Caramba, Guinda! –exclamó Gregorio-. Muy buena frase. ¿Es tuya?

-No, de Maquiavelo.

-Claro, no podía ser de otro.

-Pero… –intervino entonces el Sordo-, ¿cómo puede pensar el león que va a conseguir algo semejante?

-Lo que caracteriza al león es su fiereza, no su inteligencia. Además, no ve otras opciones. Él también debe de estar de algún modo desesperado.

-¡Un nombre! –solicitó-. Con un solo nombre podríamos empezar a desmontar esta confabulación criminal. Un nombre por lo menos. ¿Me lo darás?

-No te voy a dar uno, te daré dos. Pero entiende que ellos no son leones, sólo chacales. Son los primeros que, junto con aquellos tres de ahí, has de quitarme de en medio. ¿Entendido?

-Entendido –asintió-. Voy a solicitar la intervención inmediata de la Unidad de Drogas y Crimen Organizado. Va a haber mucho movimiento.

-Recuerda que los animales ya se han reunido y tomado una decisión. Como te he dicho, es posible que ya hayan empezado a ahuyentar a las hienas… mientras los leones observan tranquilos desde lejos.

-Sí, además habrá que tranquilizar a la gente. Eso es lo que más me preocupa. Hacedme un favor, ¿por qué no consideráis la posibilidad de marcharos ahora mismo de aquí? Sería mucho más seguro para vosotros.

Gregorio iba a decir algo, pero yo me adelanté.

-De ningún modo –dije tajante-. Nos marcharemos el domingo, tal como habíamos decidido. Cumple tu parte y yo cumpliré la mía.

-De acuerdo, como queráis –respondió; acto seguido extrajo del

bolsillo interior de su chaqueta una pequeña agenda que empezó a consultar.

Gregorio y yo nos miramos. No necesitamos palabras para expresar lo que sentíamos. Su serenidad me reconfortó. En apenas unos minutos todo se había dado la vuelta, acababa de iniciar un viaje que no tenía retorno. Era consciente de dónde me había metido, de lo poco “razonable” y “prudente” de mi actitud. El peligro ya no era una amenaza sino una realidad. Estaba allí, respirándose, sostenido en vilo sobre mi cabeza, dispuesto a aplastarme ante el menor descuido. Pero entonces, ¿por qué me sentía tan bien?

CAPÍTULO 9

Ora Pablo subía, ora Alba bajaba, ora ambos se acercaban y parecía que fueran a encontrarse, ora volvían a alejarse el uno del otro... La ciudad era inmensa y el frío de la noche cada vez más intenso. Pablo, desesperado, no sabía ya por dónde buscarla. Un presentimiento tan helado como el aire le decía que algo andaba mal. Alba, por su parte, notaba que las fuerzas le abandonaban junto con el calor del cuerpo.

Trémula y entumecida, se agazapó en un viejo zaguán para entregarse al sueño febril de los moribundos. En la aún más gélida antesala del bufete del burócrata Tánatos habría de esperar un tiempo.

Sin prisa pero sin pausa iba preparando mi mudanza. Una indeleble inquietud me obligaba de vez en cuando a asomarme a la ventana para echar un vistazo, como intentando percibir cualquier posible señal. Se respiraba una aparente tranquilidad total, similar a la que solía preceder a la tormenta. Una cosa sería cierta: tal como el Sordo había anunciado, debía de haber mucho movimiento. Me pregunté si él controlaría de veras la situación y habría podido llevar a cabo todas las maniobras preventivas que había prometido. Esperaba, confiaba en que sí. La calle estaba casi desierta, lo cual constituía la señal más inquietante. Apenas se oían voces o ruidos. Un par de agentes de paisano deambulaban por un tramo de la calle sin apartarse más que unos pocos metros del portal de casa. Escrutaban a cada una de las personas con las que se cruzaban hasta casi intimidarlas. Sospeché que el Sordo había pasado por alto mi negativa a ser custodiada y había puesto esos policías para protegerme. Mi sospecha se confirmó cuando un hombre joven y trajeado se disponía a entrar en nuestro edificio y uno de los agentes le dio el alto. No pude oír lo que decían, pero vi cómo el desconocido les entregaba su documentación y se explicaba. Al poco rato apareció la chafardera de la Chepas para sumarse a la reunión. En un momento de la conversación la vieja alzó la mirada al tiempo que señalaba hacia mi ventana, lo que me obligó a retirarme para no ser descubierta. Me pregunté qué puñetas sucedía. Me aproximé a la puerta, y enseguida oí unos pasos que subían por la escalera. A los pocos segundos alguien llamó con determinación. Pregunté quién era. Oí una voz de hombre pero no supe entender muy bien qué decía. La previa inspección de los agentes debía tranquilizarme, pensé. No había motivos para tantas reservas, al menos en aquellos momentos. Abrí la puerta. Ante mis

ojos apareció el hombre trajeado. Tendría veintitantos años, era más bien alto, de complexión normal, moreno y con un cabello corto y bien peinado. Era un joven atractivo y de expresión, más que seria, antipática, uno de esos estirados que suelen mirar a quien tienen enfrente con un punto de insolencia y cierto aire acusador. Tenía pinta de ejecutivo agresivo. Como no me gustó su talle, le miré yo también con sequedad y esperé a que me explicara el motivo de su visita.

-Buenos días –saludó-. He venido a ver al señor Gregorio Puertas.

-¡Ah! –exclamé con una teatral ironía-. Pues yo no soy. Supongo que la casera te habrá informado de que está ausente.

-Sí, eso me ha dicho. Pero también me ha dicho que usted sabría decirme cuándo va a estar de vuelta.

-Pues no lo sé con seguridad. A última hora de la tarde, supongo.

Expresó un gesto de contrariedad; era sólo la una y media.

-¿Le importaría darle un recado de mi parte? –preguntó.

-No, claro.

-Dígale que me llame lo antes posible. Soy su hijo.

Me quedé pasmada. Lamenté haberle tratado con tanta frialdad. Intenté reparar la situación.

-¿Por qué no lo has dicho antes? –sonreí a modo de disculpa y me retiré de la puerta-. Pero pasa, por favor, no te quedes ahí. Puedo ofrecerte un poco de café si lo deseas.

-Gracias, no quiero nada.

Se detuvo apenas hubo avanzado un metro. Todo estaba patas arriba: la mesa, las sillas y la butaca estaban invadidas de bolsas, enseres, cajas, ropa... Me apresuré a despejar la butaca con tan mala maña que dejé para lo último las bragas, tangas y sujetadores que parecían despuntar con rabia sobre todo lo demás. Para colmo, mientras retiraba un pilón de prendas, se me cayeron al suelo un juego de coquillas vaginales y unos protectores de pecho que yo solía emplear en los combates para escudar mis partes íntimas. Él tuvo la amabilidad de recogerlos para luego ofrecérmelos con un indisimulado gesto de extrañeza.

-Gracias –le dije azorada-. Es que estoy de mudanza.

-Sí, ya lo sé. La señora de abajo me lo ha dicho.

-¿Ah, sí? Pero siéntate, por favor.

-No es necesario, me iré enseguida.

Coloqué un montón de trapos sobre otro montón de trapos. Me hallaba crispada por dentro. Aquel cuchitril parecía ahora una pocilga de cerdos. ¡Y encima lo de los protectores! ¿Qué imagen se

habría formado de mí? Y sobre todo, ¿qué más le habría contado esa vieja jorobada y cotilla?

-He perdido casi toda la mañana buscando esta casa –explicó-. Y aún he tenido suerte después de todo. He preguntado en no sé cuántos lugares. Lo único que sabía era que se había instalado por esta zona. Él es así. No tiene remedio.

-Sin embargo tiene un móvil –le dije.

Por primera vez expresó una sonrisa, pero fue de desprecio.

-Lo llevará para hacer bonito, supongo. Siempre hace lo mismo cuando viaja. Se lleva el móvil pero se deja el cargador en casa. No conozco a nadie que se lleve tan mal con la técnica. Para todo el mundo un pecé es un ordenador personal, pero para él todavía son las siglas del Partido Comunista. Para todo el mundo la arroba es un signo empleado en cualquier dirección de correo electrónico, para él sigue siendo una antigua medida de peso aún vigente. ¿Has visto el trasto que utiliza para escribir? ¿Sabes los años que hace que lo usa? ¿Y sabes que le ha puesto un nombre y todo, e incluso a veces le habla?

No me gustó aquel comentario, aunque no por las palabras en sí sino por el tono con que las dijo. No me conocía para hablarme así de su padre. Recordé lo que Gregorio me había contado acerca de la mala relación que mantenía con él. De todos modos, me esforcé en seguir pareciendo amable.

-Sí, todo eso es muy propio de él –sonreí de nuevo-. Pero también es lo que le convierte en un hombre encantador, en un hombre diferente, sensible y romántico.

-¿Romántico? –volvió a sonreír de aquella manera tan fea-. El romanticismo murió en el siglo diecinueve. Él no es un romántico, sino un patético. Un dinosaurio que se ha equivocado de tiempo.

Intuí que intentaba provocarme por algún motivo que desconocía.

-Deberías sentirte orgulloso de él –le dije manteniendo todavía la calma-. Es un gran hombre, y también un gran escritor.

Ahora incluso soltó una carcajada impostada, falsa.

-¿Pero tú has leído alguno de sus libros? –me preguntó.

-Sí.

-¿Entonces? ¿Cómo puedes decir que es un gran escritor? Pero si sólo escribe bazofias que a nadie interesa. Siempre contando historias de miserables, como si se sintiera atraído hacia la porquería. Y con ese estilo ridículo, artificial y pseudotrascendente, lleno de arcaísmos... ¿Por qué piensas que se ha instalado en un lugar como éste? ¿Sabes las veces que ha cambiado de editor?

¿Sabes los libros que tiene descatalogados?...

-Eso no significa nada –respondí, sintiéndome doblemente herida-. Muchos grandes artistas no fueron reconocidos en su tiempo. Ya sabemos lo que hoy se requiere para tener éxito. Algún día se le hará justicia.

-¿Cuando esté muerto? ¿Cuando el mundo se haya convertido en un lugar tan patético como él? ¿Y entonces de qué le habrá servido? –negó con la cabeza y chasqueó la lengua-. Aun siendo un mal escritor, él tuvo su oportunidad. Y la desperdició. Todos los perdedores temen triunfar.

-Oye –le dije ya harta-, ¿se puede saber qué pretendes al hablarme así de tu padre? ¿Pretendes acaso convencerme de algo? De verdad, no lo entiendo.

Me miró con frialdad. Luego, pensativo, tomó asiento en la butaca.

-He oído decir que pasado mañana os vais de aquí. Y también que sois muy… amigos.

Estaba claro que la vieja, como siempre, se había ido de la lengua. Iba a contestarle, pero él retomó de inmediato la palabra:

-¿Qué es lo que buscas? –preguntó con su característica insolencia- ¿Reírte de él? ¿Aprovecharte? ¿Pero de qué? Estás perdiendo el tiempo. Te has equivocado de presa.

Aquello fue la gota que desbordó el vaso.

-Escúchame, imbécil –le dije airada-. No te consiento que me hables así. ¿Quién te has creído que eres?

-Vamos, vamos. Todas las mujeres buscáis siempre algo en un hombre. Forma parte de vuestra naturaleza. Algunas buscáis un macho atractivo, joven y fuerte para aseguraros una buena descendencia. Otras, un macho adinerado para asegurar vuestra manutención y la de vuestra futura prole. Otras, un macho con poder y renombre para sentiros importantes y admiradas. No me parece mal, la naturaleza os ha marcado de esta forma y hay que aceptarlo. En serio, no me parece mal. Pero mi padre no responde a ninguno de estos perfiles. Tú eres una mujer joven y guapa, y también pareces algo inteligente. Puedes elegir. Mi padre no es más que un don nadie, como los protagonistas de sus novelas. Si has pretendido reírte de él o divertirte durante un rato a su costa, está bien, reconozco que puede ser muy gracioso encontrarte hoy en día con un tipo como él. Pero déjalo ya, es suficiente, ¿no crees? Puedes hacerle daño, porque es un hombre que tiene la anomalía de carecer de maldad. Y yo, para bien o para mal, soy su hijo. Me siento obligado a darle la protección que él es incapaz de procurarse

por sí mismo. A pesar de no haber sabido ser un padre, es mi padre.

-Tu padre no es ningún deficiente mental –repliqué-. Todo lo contrario, es el hombre más lúcido que he conocido en mi vida. Ése es el único problema que puede tener. En un manicomio, un cuerdo jamás puede ser comprendido por los demás locos. Los valores por los que él se rige no existen para ti, eso es todo. ¿Tanto te cuesta comprender que hay algo llamado amor y que está por encima de cualquier instinto o interés particular?

-¿Amor? –volvió a negar con la cabeza y a chasquear con la lengua-. El amor no es más que un mutuo y satisfactorio intercambio de intereses. Tú estás ocultando cuáles son los tuyos. ¿Pretendes quedarte con su casa? Claro, ¿por qué no? Es una buena casa, grande y céntrica. Comparada con esto...

-No sigas por ahí, te lo ruego. O no responderé de mí. ¿Crees que si fuera una mujer interesada estaría todavía viviendo aquí y valiéndome exclusivamente por mí misma? ¿Crees que nunca me han hecho proposiciones y ofrecido cosas “a cambio de”?...

-¿Y no las has aceptado nunca? –inquirió, clavándome sus ojos en los míos.

No respondí. Las personas más pérfidas y maliciosas solían tener la habilidad de adivinar enseguida las debilidades y pecados del prójimo; pensando mal, muchas veces acertaban. La verdad era que durante un tiempo me había mal vendido en el pasado. Su mirada acusadora me dio a entender que aquello me perseguiría para siempre.

-Sí –dijo, como leyéndome en la mente-, todos tenemos un pasado. Es nuestro intachable currículo. Yo tengo la suerte de tener uno espléndido. Cuando alguien quiere saber algo de ti, no tiene más que echarle un vistazo. De nada sirve querer cambiar en la vida, porque el currículo te recuerda en todo momento quién eres y quién vas a seguir siendo siempre... para los demás. Tú eres sólo lo que los demás consideran que eres. Así es. Yo aún no he leído tu currículo, pero lo leeré, no te quepa la menor duda. Será un placer conocerte mejor.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Una mujer como tú sólo puede perjudicarle –prosiguió-, tanto en su profesión como en su vida personal. Además, si algún día consiguiera remontar el vuelo como escritor, ¿puedes imaginarte qué sucedería?

-¡Qué!

-Ese mundillo en el que se movería, y en el que llegó a moverse durante un tiempo hace muchos años, está repleto de caimanes. La

mayoría de esos refinados difusores de la cultura, que supuestamente deberían ser mejores que los demás, están dominados por la envidia, la crueldad y la competitividad más feroces. Sé bien de lo que hablo, créeme. A mi padre nunca pareció afectarle ni importarle. Es inmune a las críticas, a las habladurías y a la mala leche de los demás. Porque ya te he dicho que él es un ser anormal. Pero si eres sólo un poco vulnerable, acaban machacándote los sesos. Dime, ¿eres tú invulnerable? Cuando alguien diga de ti que eres una vulgar barriobajera que sólo busca...

Le agarré con violencia por la corbata.

-Di una palabra más si tienes narices –le amenacé-. ¡Y te juro que te las rompo!

-¿Lo ves? –sonrió de un modo jactancioso-. Hablas bien, pareces algo culta y además eres osada. Te felicito, no ha debido de ser nada fácil para ti. Pero también eres demasiado impulsiva y vulnerable, extraordinariamente vulnerable por lo que veo. Te estoy haciendo un favor, ¿no te das cuenta? Hago que recapacites sobre algo que puede habérsete pasado por alto.

-¿Qué se me ha pasado por alto, idiota? –le solté la corbata con brusquedad.

-Llegado el caso, se cebarían contigo, te harían picadillo. No sólo los envidiosos, también los arrogantes, los soberbios, los resentidos, los cotillas, los medios siempre hambrientos de carnaza... Ahora nadie sabe que existes, y para las personas como tú eso es inapreciable. A esa gente le encanta las personas bravuconas y vulnerables como tú. Y además muchos saben hacer dinero con esto. Lograrían sin esfuerzo que te movieras a su antojo, como una dócil marioneta. Todo el mundo conocería tu currículo mucho mejor que cualquiera de las obrillas de mi padre. Yo habría sido el primero en encargarme de ello, pero te aseguro que no sería el último. Toda la maldad de la que él carece la tengo yo por partida doble. Pero aunque yo no interviniera, acabarías metiéndote tú solita en la picota. Estás a tiempo todavía de evitarlo. Deja a ese pobre hombre en paz y continúa tu camino.

-Todo esto lo haces porque crees que deseo obtener algo de él y temes que perjudique tus intereses, ¿verdad?

-Sólo lo hago por su bien, que también es el tuyo. Medítalo y verás que tengo razón. Además, desde que murió mi madre mi padre nunca ha logrado estar demasiado tiempo con otra mujer. Es un desastre como compañero y como hombre, lo mismo que fue un desastre como marido y como padre. Olvídate de él, tanto por su bien como por el tuyo.

-¿Has acabado ya de hablar? –le pregunté-. Si es así, ¡lárgate de aquí ahora mismo!

-Sí –dijo al tiempo que se incorporaba-. Ha sido un verdadero placer hablar contigo. ¡Ah!, y no olvides decirle que me llame, por favor. Su editor hace días que intenta hablar con él. Por extraño que parezca, se ve que una de sus obras está obteniendo un considerable éxito en Japón. ¿Lo ves? Ten cuidado de que esa extraña fiebre amarilla no acabe extendiéndose demasiado. Yo de ti pondría una velita a la Virgen. ¡Adiós, "señorita de"!

Salió del apartamento. Pusilánime, me acerqué a la ventana de nuevo. Los policías aún estaban ahí. Permanecí un rato mirando, pero no le vi salir. Supuse que estaría hablando otra vez con la vieja, sonsacándole más cosas acerca de mí. La Chepas me odiaba, y sabía que lo exageraría todo. Aunque no era necesario exagerar para desprestigiarme ante alguien que desconocía este mundo, que no sabía lo que significaba sobrevivir sola desde los doce años en las profundidades de las alcantarillas. Para lograrlo, en el mejor de los casos, resultaba imposible no haberse ensuciado alguna vez las manos. Lo más probable era no sólo llegar a ensuciarse, sino acabar perdiendo el alma. Yo lo había conseguido, sola, con todos los elementos en contra, y ahora debía avergonzarme de un éxito que el mundo insistiría en convertir en fracaso. Sí, quizás el hecho de haber sobrevivido en aquella inmundicia era el más grande fracaso. Una exprostituta de madre prostituta y de padre desconocido. Una perdida con un sueño imposible y absurdo, alguien predestinado a no recibir nunca la luz del sol en la cara, un ser que nunca debió haber nacido, un error existencial...

Abatida, como sin fuerzas para sostenerme siquiera, me dejé caer en la butaca. Resultaba obvio que la intención de aquel cretino era separarme a toda costa de su padre. Pero eso apenas me afectaba. No, no era su intencionalidad ni sus sentimientos la causa principal de mi desánimo. Tampoco su amenaza, y menos aún su desprecio. Lo que me hundía era reconocer que tenía parte de razón. Yo era una mujer vulnerable y muy frágil pese a las apariencias. La historia que me había tocado vivir había acabado convirtiéndome en un ser de instintos primarios e irreprimibles a pesar de la cultura que me había procurado. Primero estaban aquellos instintos, y luego lo demás. Continuaba siendo una herida sin cicatrizar que saltaba sin pensar contra quien osara siquiera rozarla. Yo era una hábil profesional del Juego Eterno, porque desconocía cualquier otro posible juego capaz de dirigir mi vida. Me había hecho así y ahora no sabía deshacerme. No sabría vivir fuera

de la jungla. Y ahora veía con claridad que esa era la razón de que nunca me hubiera atrevido a abandonarla. Pero... ¿dónde quedaba el amor entonces? ¿Acaso yo no había apostado por él de un modo absoluto? El amor era lo único capaz de transformarlo todo. Si había temor, no había amor sino otra cosa. Lo entendía, pero no bastaba con entenderlo como una fórmula matemática. Era necesario interiorizarlo, asumirlo como una realidad palpable. Y ahí era donde yo fallaba. Todavía.

Tenía un gran reto que afrontar. Sólo de mí dependía. No deseaba otra cosa más que empezar una nueva vida con él, pero eso debía hacerlo cuando me viera del todo preparada. Y aún no lo estaba. Decidí que me marcharía el domingo con él, pero yo viviría durante un tiempo en otro lugar, sola, hasta que llegara el momento adecuado. Sí, eso sería lo mejor para los dos. Mañana iríamos a cenar juntos y se lo explicaría. Estaba segura de que me comprendería. Debía hacerlo por él y por mí. Lo más fácil y egoísta por mi parte hubiera sido no tomar tal decisión y dejarme llevar por mi deseo, sin más consideraciones. Pero era precisamente mi total interés en que todo saliera bien lo que me obligaba a actuar de otra manera. Era necesario para eliminar el riesgo de perder antes de haber apostado. Eso sí lo veía.

A última hora de la tarde entró en mi apartamento. Irrumpió como una exhalación de alegría, lleno de ánimo y feliz. Llevaba un envoltorio en la mano.

-¡Mira! –dijo-. He traído un pastel para ti.

Sonreí agradecida.

-¿A qué viene eso, si puede saberse?

-Pues porque hoy es hoy. Al verlo en el escaparate de una pastelería con esa hermosa guinda roja encima, he pensado en ti. Además, hoy he registrado mi novela. Hay que celebrarlo.

Hizo un sitio en la mesita para desenvolver el pastel.

-A propósito –dije-. Antes ha venido tu hijo preguntando por ti.

No expresó en su semblante ningún gesto revelador, pero aprecié cómo su mirada, tan encendida hasta entonces, se apagó.

-Dice que le llames sin falta. Hace algunos días que intenta localizarte.

-Sí –murmuró mientras acababa de descubrir el pastel-, olvidé el cargador del móvil en casa.

-Ya.

Aunque se esforzó en disimularlo, ya aquella alegría se le había ido. Me mostró un bonito pastel de chocolate negro coronado por una guinda roja. Hasta el mismo pastel carecía de colores pasteles,

de colores suaves y dulces, bellos y tranquilos. Quizá por eso le había recordado a mí. Una mujer roja, en permanente conflicto consigo misma y con la vida, surgiendo de un mundo oscuro. La guinda no coronaba el pastel ni coronaba nada, tan solo se hallaba incrustada en él, en ese mundo oscuro y siniestro, atrapada como una mosca en el alquitrán.

Tenía que hablar con él y explicárselo. Pero quería hacerlo en otro momento y en otro lugar. Entonces tuve una idea.

-Dime, ¿todavía sigue en pie tu invitación a Casa Begoña?

Me miró sorprendido.

-Por supuesto. ¿Pero a qué se debe ese cambio?

-No lo sé. Ni me importa. Lo único que sé es que me encantaría cenar contigo en ese restaurante.

-Estupendo –dijo complacido-. ¿Quieres que intente una reserva para esta misma noche?

-No, mejor para mañana. Quiero disponer de toda una tarde para ponerme guapa. Quiero que te acompañe una verdadera princesa. ¿Tú no?

-Nada de lo que hagas logrará que te vea más bella.

Me abracé a él y nos besamos.

-Mi princesita rebelde –me susurró al oído.

-Mi osito.

En medio de la dicha, noté cómo una lágrima indócil se deslizaba lánguidamente por una mejilla hasta detenerse en mis labios. Qué amarga era.

CAPÍTULO 10

Al verla, sintió un vuelco en el corazón. La llamó, pero no respondía. Tocó su piel fría e intentó reanimarla. Alba continuaba inerte, mostrando una tez lívida y laxa que recordaba la beatitud marmórea de una Dolorosa. Nunca el rostro de una mujer le pareció tan bello. Pidió auxilio a un par de hombres que pasaban por allí y que, más que andar, corrían para huir de la mala noche. Luego de nuevo el silencio, y nadie. Restregó sus manos entre las suyas y volvió a llamarla con insistencia. Vio que ella al fin abría débilmente los ojos. Y entonces, al reconocerle, se asomó en sus labios una sonrisa…

Me levanté de la cama para aumentar la potencia del ventilador y luego me quedé un rato muy cerca, sintiendo con deleite cómo el sudor se enfriaba y me refrescaba un poco la piel. Después salí al balconcillo del dormitorio sorteando los tiestos de albahaca que había colocado en medio. Era un buen remedio para ahuyentar a los mosquitos. “Pon albahaca en el alféizar, mi niña”, decía mi madre. Aquella breve frase, pronunciada casi como un canto por una analfabeta, era la más bella de cuantas había oído en mi vida. Era como el primer verso de un poema inacabado. “Pon albahaca en el alféizar, mi niña”... Demasiado hermoso para atreverse con el segundo y continuarlo. Por eso siempre supe que la belleza sólo se hallaba en lo inacabado, en los puntos suspensivos, en un esbozo, en un pie sin cuerpo, en un lienzo de contornos difuminados en un fondo... La verdad y la belleza sólo podían insinuarse o sugerirse, nunca atraparse en una forma.

No corría ni un ápice de brisa. El aire estaba tan quieto como todo lo demás. Algo parecía acechar tras aquél sórdido silencio. Sólo se oía de vez en cuando el rumor susurrante de unas voces que provenían de abajo, seguramente las de los policías que nos custodiaban. No les pude ver, debían de estar bajo el portal. Respiré hondo. A pesar del calor, me sentía bien. Acababa de hacer el amor con él y todo mi cuerpo tenía el mismo sereno fulgor que aquel cielo estrellado que ahora observaba. Sólo entonces reparé en la insólita visión: el cielo estaba despejado y plagado de estrellas. Y aquella luna baja que parecía descansar sobre la azotea de un edificio... ¡Qué bonita era! Tan grande y roja. Tan hermosa y terrible.

Me volví hacia él.

-Hay una luna llena y roja –le dije-. Es preciosa.

-Mañana será llena –contestó desde la cama-. Fíjate bien y verás que aún le falta un poco.

-Yo no veo que le falte nada. Nunca he visto una luna tan redonda y roja como ésta.

-Mi abuela decía que a estas lunas las pinta el diablo.

Volví a la cama y me abracé a él. Los muelles y las tablas crujieron de nuevo. Los instantes de amor serían más intensos cuando se vivieran en situaciones inciertas y entornos humildes, quizá porque su naturaleza no admitiera la seguridad, ni la certidumbre, ni la comodidad. Yo no podía hablar desde mi propia experiencia, estaba claro, pero lo intuía. El amor no podía aburguesarse como las personas. ¿Sería también por eso por lo que la verdad, como Gregorio decía, volaba siempre a ras del suelo? Ahora la verdad estaba con nosotros. Cuando nos fuéramos de allí tal vez no pudiera acompañarnos. Tal vez estuviéramos viviendo la última noche juntos de verdadero amor, y ese amargo pensamiento hacía que mi corazón latiera fuerte para exprimir al máximo cada instante. Viviéndolo así, parecía que cada instante fuera eterno.

Cerré los ojos, y al ritmo acompasado de su respiración me imaginé en otro lugar; en una bonita casa con habitaciones grandes y confortables, con camas interminables y silenciosas, durmiendo con el dulce frescor de un aire acondicionado y artificial. Y él y yo, juntos pero ya no tan juntos, sin necesidad de abrazarnos para no caernos de la cama, sabiendo con exactitud cómo iba a transcurrir el día siguiente, y el otro, y el otro... Y yo, con la libertad necesaria para poder elegir entre dos opciones: ser “la señorita de” o continuar como empleada en un gimnasio cutre y maloliente. Y si Gregorio volvía a repuntar como escritor, nos invitarían a recepciones y almuerzos: “Los señores por aquí, por favor, y las señoras por allá”. “¿Y las ‘señoritas de’?”. “Perdón, ¿cómo dice?”. “Sí, las señoritas, las que no pertenecemos a nadie y sólo venimos a acompañar al hombre que amamos”. “Bueno, en ese caso habrá que establecer un tercer grupo. ¿No le importaría comer sola en aquella mesa del rincón?”. “¿Voy a comer lo mismo que los demás?”. “Por supuesto, señorita”. “Entonces no me importa. A propósito, ¿qué hay de menú?”. “Faisán *a la crème*”. “¿Si estoy sola podré comer con los dedos? Es que con el pollo nunca utilizo cubiertos”. “Puede hacer lo que le plazca, señorita, porque nadie reparará en usted”. “No sabe cuánto me alegra oír eso”…

Solté una risita. Él me acariciaba la sien con la yema de uno de sus dedos.

-Me gustaría saber qué está pensando esta cabecita loca – dijo.

-Nada. Tonterías mías.

Elucubraciones aparte, Gregorio no era un hombre dado a convenciones, ceremonias ni martingalas de esa clase. Estaba segura de que las palabras “reputación” y “celebridad” no significaban nada para él. De no ser así, nunca habría desperdiciado su oportunidad, tal como el cretino de su hijo había dicho. Yo no entendía bien a qué se había referido, ni siquiera lograba comprender cómo un escritor podía desperdiciar su oportunidad. ¿Es que su obra no era lo único importante acaso? ¿Es que también debía medrar de alguna manera en su mundo para ganarse un sitio?... No, no lo entendía. Sabía de escritores que habían sido celebérrimos en su tiempo y que luego la posteridad los había colocado en su lugar merecido, en la nada. También sabía de otros a los que les había ocurrido todo lo contrario, llevaron una vida miserable y ahora las enciclopedias los calificaban de genios. ¿Se trataba de eso, quizás?, ¿de conseguir llevar ante todo una vida grata en el presente, en el único tiempo real de su existencia? Sí, por ahí debían de andar los tiros. Para eso sería necesario no sólo ser bueno en el oficio sino también para el beneficio. Y era evidente que Gregorio sería más bien torpe en esos asuntos. Era un hombre sobrio, austero, sensible, sencillo, generoso y desinteresado. Tenía alma de poeta por mucho que él lo negara. El tiempo que le había tocado vivir chocaba de lleno con tales valores, no así tanto con los de su hijo. Lo que más me desconcertaba en él era que parecía carecer de defensas mentales. No temía a nada. Quizás, pensé, la verdadera invulnerabilidad sólo fuera posible al asumir la total vulnerabilidad de uno en la vida, sin resistencias ni temores. La seguridad no existía, y al aceptar y asumir este hecho plenamente una nueva forma de seguridad surgiría a la conciencia. Era otro misterio vedado para la razón. Morir sin miedo –única posibilidad, según él, de impedir la tragedia- debía de ser una consecuencia natural de haber vivido sin miedo.

-Gregorio.

-¿Sí?

-Tu hijo te desprecia.

Sus dedos dejaron de pronto de juguetear en mi sien y su respiración pareció detenerse durante unos segundos. Luego volvió a acariciarme en la mejilla.

-Lo sé.

-¿Cómo ha podido ocurrir? Es espantoso.

-Eso mismo me he preguntado varias veces. Un padre puede cometer muchos errores, pero hasta el punto de merecer el

desprecio de su hijo…

-¿Estás insinuando que tú te lo mereces? –pregunté.

-Supongo que sí.

-No puedo creerlo. ¿Sabes de lo que hubiera sido yo capaz por tener un padre que se hubiera dignado a venir a verme aunque sólo fuera una vez al año? No, no puedes saberlo. He soñado tantas veces con él... Lo que ocurre es que las personas no sabemos valorar lo que tenemos. Somos así de imbéciles.

-Todos hablamos siempre desde nuestras propias carencias –explicó-. Puedo asegurarte que hay personas que hubieran preferido no tener padres.

-Eso podría entenderlo si a alguien le hubiera tocado sufrir a un padre mezquino, borracho o maltratador. ¡Pero tú!... ¿Has pegado alguna vez a tu hijo?

-Nunca.

-¿Lo ves? Quizá ése haya sido el problema. Mi madre me daba a menudo un buen bofetón o un azote en el culo, y ni una sola vez le faltó razón para ello. Y aun así siempre la quise mucho y la respeté. Un correctivo a tiempo no traumatiza a nadie, muy al contrario, puede incluso salvar una vida A los padres permisivos habría que penalizarlos por irresponsables. Y si no fíjate en muchos de esos jóvenes que andan por ahí, que se creen con derecho a todo y a conseguirlo de cualquier manera.

-Creo que tu lección de pedagogía llega demasiado tarde –comentó con ironía.

Le besé en la mejilla.

-Disculpa. Soy la persona menos indicada para hablar de este tema. Pero es que me duele que ese lechuguino no sea capaz de ver ni por asomo el hombre extraordinario que eres.

-Estás equivocada, Guinda. Lo único extraordinario ha sido la estupidez con la que he vivido buena parte de mi vida. Cuando mi hijo, sin madre, era solo un niño y necesitaba un padre a su lado... Yo entonces era muy diferente.

-Háblame de eso. ¿Cómo empezó todo?

Apoyé la cabeza en su pecho. Él continuó acariciándome el cabello. Los latidos de su corazón eran como él, frágiles pero inquebrantables, pausados pero contundentes, cada uno parecía independiente de los otros. Tuve la impresión de que no había una continuidad, sino un milagro permanente que lo hacía expandirse y contraerse, nacer y morir. Todo el misterio de la creación se hallaba en aquel palpitar insondable.

-Ya desde muy joven me convertí en un escritor políticamente

comprometido. En realidad no era escritor ni nada, sólo un memo cegado por las ideas, un escribidor de libelos y panfletos de talante marxista que tenía unos cuantos libros memorizados en la cabeza y que además no hablaba mal del todo. Por aquel entonces los llamados intelectuales de izquierdas tenían un gran protagonismo en la actividad cultural del país. Así pues yo era un joven comprometido y muy prometedor. Empecé a tener un considerable público lector, la mayoría también joven y universitario, y cultivé algunas amistades de peso. Incluso llegué a estrenar una obra de teatro, un auténtico bodrio, pero que llegó a alcanzar un cierto éxito en los círculos progresistas debido a su contenido supuestamente revolucionario. Me sentía satisfecho y orgulloso de mí mismo, tenía el mundo a mis pies y toda la vida por delante. Realizaba un sinfín de actividades, y creía que me quedaban muchísimas más por hacer. Nada ni nadie podía detenerme, mis asuntos, ideas y deberes eran lo primero, y luego, a una distancia enorme, quedaba todo lo demás. Me casé y tuve dos hijos. Pero mi vida familiar la reduje a la mínima expresión. Yo, al que entonces llamaba “mundo”, era lo único importante. Entonces la vida consideró que estaba llevando mi estupidez demasiado lejos y me arreó el primer gran golpe. Como ya te dije, mi hija murió, y poco después, también mi mujer…

Ahora hice un esfuerzo para poder imaginármelo tal como se había descrito. No pude conseguirlo. ¿Cómo trasladar a aquel desconocido sujeto esos ojos tristes y dulces del hombre que yo amaba?, ¿aquellas caricias tan tiernas?, ¿esa voz atemperada que sabía llegar directa al alma?… Se trataba de otra persona, sin duda. A pesar de ser escritor, había cierto rasgo en él que insinuaba como una falta de confianza en las palabras como medios capaces de transmitir lo esencial. Y sin embargo también debía de amar las palabras. Esa paradoja me desconcertaba, pero a la vez le dotaba de un aire enigmático y seductor. Aquel trazo humano, tan etéreo como carnal, requeriría años de vida bien exprimida para poderse expresar en un rostro, en unos ojos que además de reflejar el sentido trágico de la existencia también sabían reírse de sus fracasos. ¿Acaso la juventud estaba condenada a no ser más que una enfermedad que sólo podía curarse con el paso del tiempo?…

-…Fue muy duro –continuó-. Me recluí durante un tiempo en mí mismo y empecé a cuestionar ciertas cosas. Aunque sólo algunas y de un modo bastante sutil al principio. Mi actitud se hizo menos rígida y dogmática, pero en el fondo todo continuó igual. Hasta que un día me di cuenta de que mi hijo me detestaba. Vi que entre él y

yo se había levantado un muro infranqueable. Me pregunté atónito cómo no había sido capaz de reparar antes en ello, ahora, cuando veía que ya era demasiado tarde. ¿Puedes imaginarte un cuadro más ridículo? Un escritorzuelo de izquierdas totalmente entregado a la causa, a la gran misión de cambiar el mundo, cuando en realidad ni siquiera había sido capaz de formar y atender a su único hijo, engullido para mayor inri por las fauces del más feroz neoliberalismo. Aquello sí fue definitivo. Comprendí que yo no era más que otro farsante, otro charlatán de feria, un enemigo más de la humanidad, otro imbécil ilustrado...

-¿No fuiste demasiado duro contigo mismo?

-No, es necesario serlo cuando descubres que tu vida está siendo un engaño, que en el fondo de todo tu contenido mental subyace una actitud tramposa y deshonesta. A mí me importaba un pimiento la humanidad. Esa era la cruda realidad. Yo utilizaba los medios que tenía a mi alcance para triunfar, del mismo modo que cualquier joven de hoy utiliza los suyos para conseguir lo mismo. Antes se decía: "quiero cambiar el mundo". Ahora se dice: "quiero comerme el mundo". En realidad es lo mismo. Ahora hay más sinceridad porque también hay menos vergüenza. Pero la honestidad, que sólo puede ser hija de la verdadera inteligencia, continúa brillando por su ausencia. ¡Mira!... –dijo con tono jocoso-. Me ha salido un pareado.

-¿Por qué te parece tan mal el deseo de triunfar?

-No se trata de que me parezca mal, sino de que esa llamada cultura del éxito es un cáncer social de lo más dañino. Sólo produce frustración y fracaso, envidia y violencia, sufrimiento. Además, ¿quién triunfa en realidad? Cuantas más cosas llegues a obtener en la vida, más acabarás perdiendo. Pero si tengo poco, perderé poco. De un modo u otro todos somos perdedores. Hay que asumirlo. Hay que tener la humildad y el valor necesarios para aceptarlo.

-¿Y qué hiciste después de comprender todo eso?

-Bueno, no creas que lo comprendí de la noche a la mañana. Fue un proceso gradual y lento. Sufrí una crisis que me llevó a una profunda depresión. Pero en lugar de intentar combatirla o de recrearme en ella, me limité a vivirla y a escucharla. Al fin y al cabo había venido por un motivo, tenía algo que decirme, algo que mostrarme acerca de mí y de la vida que estaba llevando. Poco a poco empecé a comprender.

-¿Qué fue lo que te dijo?

-Me dijo muchas cosas, como por ejemplo: "Una persona es algo mucho más importante que sus ideas". "Las ideas en sí mismas no

tienen gran valor, pero si se las sobredimensiona corrompen el espíritu y la mente". "Cuanto más te apoyes en la muleta de tu idea, más tullido te desplazas por el camino de la vida". "Todo sistema ha de estar al servicio de las personas, nunca al revés". "Ninguna idea ni ningún sistema puede mejorar a un solo ser humano". "Toda ideología es una falacia, es el refugio de los tramposos". "El miedo a la libertad revela nuestra incapacidad de amar, porque la libertad y el amor son concomitantes". "La única libertad real es individual e interior, sin ella cualquier otra forma de libertad es un absurdo". "El camino verdadero sólo puede andarse en solitario"...

-¿Todo esto te ha salido ahora? –le pregunté sorprendida.

-No, son algunos de los pensamientos que escribí por aquel entonces en mi purgatorio personal. Fue como un segundo nacimiento para mí.

-¿Y adónde te llevó ese cambio?

-Puedes imaginártelo. No tuvieron piedad conmigo. Me llamaron traidor, me acusaron de haberme vendido al enemigo. Un enemigo que, por cierto, también me aborrecía. Algunos pensaron tan solo que había perdido el juicio. Me quedé solo. Dejé de ser prometedor y pasé a ser un perseguido. Pero no me importó. Sabía que no podía ser de otra forma. Así que decidí empezar desde cero, o peor aún, estigmatizado por un pasado del que renegaba. Me despoliticé del todo, me sacudí la mente como un perro recién salido del agua y me quedé desnudo por primera vez, perdí mi ya pesada identidad al arrojarla por el retrete y... Fue increíble. ¡El mundo había cambiado porque yo había cambiado! Todo el secreto estaba ahí. Percibimos lo que proyectamos.

-¿Cómo te las arreglaste para salir adelante?

-Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Cuando te sitúas fuera de cualquier movimiento ilusorio, nada ni nadie puede perjudicarte en realidad. No me preguntes por qué, pero es así. Ya no pretendía cambiar el mundo, ni comérmelo. Mi único interés era liberarme del mundo, desenmascarar el mí mismo y sus pérfidos juegos. Entonces fue cuando me convertí en un escritor de verdad, en un buscador de tesoros. Aunque por supuesto que intentaron hundirme, desprestigiarme, pero yo notaba que esos intentos ni siquiera llegaban a rozaban. Más bien al contrario, se me abrían pequeñas y misteriosas puertas de manera inesperada que me permitían proseguir con lo mío: casualidades, encuentros fortuitos y afortunados, llamadas salvadoras producidas en última instancia, sucesos en verdad imprevisibles... Nunca hice mucho dinero, es verdad, pero tampoco nunca me faltó para vivir con cierta holgura.

Mis nuevos libros conectaron con un público lector minoritario, pero fiel y agradecido. Eran personas de las que yo ni siquiera sabía de su existencia, pero que estaban ahí, siempre habían estado ahí. Lectores que aborrecen de las grandes obras supuestamente comprometidas, y de las falacias, y de los escritores que sólo saben revolcarse en el estiércol, o en flores de seda, o extraviarse en un falso trascendentalismo infantil... Lectores que no leen sólo para evadirse o entretenerse por medio de una urdida trama al cabo siempre ridícula, ni siquiera por placer, sino tan solo porque están vivos y desean descubrir la vida que se les ha ocultado. Personas honestas, curiosas y con afán de comprender, dispuestas a enfrentarse con lo túrbido que hay en ellas mismas. Por eso suelo decir que yo nunca escribo para gustar, sino más bien para disgustar, como nos disgusta todo lo extraño y subversivo. No hay nada más ingrato, extraño y subversivo que la verdad. Los autores de *best-sellers* aplican el marketing, yo el antimarketing. Teniendo en cuenta esto, ¿cómo voy encima a quejarme? No puedo sino celebrar lo bien que me ha ido.

-¿Qué quieres decir con que se te abrían pequeñas y misteriosas puertas de manera inesperada? –le pregunté con interés-. ¿Acaso esto no forma parte de ese falso trascendentalismo que criticas?

-No, porque no se trata de algo ideado o imaginado por mí, sino de algo vivido, experimentado. Es un testimonio, mi testimonio. Desconozco el porqué, me he limitado a levantar acta de cuanto he podido observar y descubrir con ojos atentos, sin intentar racionalizarlo. He actuado como un corresponsal de guerra que anota todo lo que ve aunque no comprenda la causa de esa guerra. En un momento dado, tomé una decisión irrevocable, lo aposté todo a una carta. Dejé de preocuparme por mí, y delegué mi destino en la vida, o como quieras llamarlo. Hice lo que consideraba que tenía que hacer, y nada más. No hice valoraciones, ni sopesé las consecuencias, ni realicé un plan estratégico... ¡Ni siquiera pensé en ello! Simplemente hice lo que tenía que hacer, y debía hacerlo sin titubeos, sin la menor de las dudas, con una fe absoluta y sin temor. De no haberlo hecho así, sé que ninguna de esas misteriosas puertas se habría abierto. Una fe que duda no es fe, porque no abre puertas ni mueve un grano de arena.

-Pero lo dices es algo demasiado tremendo –comenté asombrada-. Estar convencido de esto debe de situar a uno en un plano diferente de la realidad, como en otra dimensión.

-No lo sé. No tengo conciencia de ello. No puedo desligarme de mí mismo para contemplar las cosas desde otro supuesto. ¿En un

plano diferente de la realidad, dices? En el fondo sólo hay una realidad que existe por sí misma, que no es una proyección de nadie, que es anterior a todo nacimiento y posterior a toda muerte. No se puede conocer, sólo percibirla de un modo directo y puro sin la menor interferencia intelectiva, sin corromperla por un pensamiento siempre condicionado y limitado. Yo antes, a pesar del éxito, no dejaba de vivir en un infierno. La ignorancia, la ignorancia del sí mismo, genera ilusión y ésta crea el infierno. Somos creadores de sombras y, por tanto, de mundos. El infierno está aquí, créelo.

-Lo creo. Y lo sé. ¡Vaya si lo sé! Antes creía que el infierno sólo podía estar en este barrio. Pero no, ahora veo que está en el mundo entero. Tengo la impresión de que se ha convertido en un gigantesco buque que está zozobrando, como otro Titanic. Sé que las cosas antes no eran mejores, pero creo que había como más esperanza, y también más independencia entre personas y pueblos, incluso entre el bien y el mal. Existían diferentes pesos y una balanza más o menos en equilibrio. Ahora parece que todo está en el mismo saco, y que se va hundiendo poco a poco y sin remedio. Soy demasiado joven para sentir así. Pero no puedo evitarlo. Es una sensación tan real como angustiosa. Ojalá sólo fuera una ilusión producida por mi ignorancia. O una proyección de mis miedos, como tú dices. Ojalá.

No dijo nada, tan solo buscó mi mano para apretarla delicadamente, para indicarme que él ahora estaba conmigo. Ahora estábamos juntos, a salvo y protegidos. ¿Y mañana? Mañana sería el último día en el barrio. Y tenía miedo.

-Es real, Guinda –comentó al fin-. Pero no debes tener miedo.

Pero lo cierto era que lo tenía. No podía empezar una nueva vida así con él. Estaba segura de que no funcionaría por mi culpa. La causa no era el entorno, la causa era yo. No se trataba de ser fuerte y valiente, de controlar mis temores o vencerlos. Lo que caracterizaba a todo valiente no era la falta de miedo, sino el dominio del valor sobre el miedo. Aquella lucha intestina no tendría tregua, y sería la garantía de llevar una vida de permanente batalla. Yo no quería eso. Al miedo no había que vencerlo sino desenmascararlo. Lo único que había conseguido hasta ahora era dejar de ver el miedo fuera de mí. Ni el barrio ni sus sombras, ni el mundo entero, eran ya la causa. La causa era yo. El yo, mi yo forjado a partir de mis instintos salvajes y de la hostilidad como recurso para ganarme un sitio a golpes en un mundo que no había contado conmigo, que no me quería. Mi presunto valor había surgido precisamente del miedo, era una "reacción" frente a un

exterior amenazante. Sí, yo era una jugadora infatigable del Juego Eterno. Pero, ¿acaso no era éste el problema esencial de la existencia, no sólo de la mía sino de la de todos? La raíz de la raíz del árbol de la infelicidad era el sufrimiento y el miedo por no sentirnos amados. De aquel hecho alienante surgirían todos los males que nos abocaban al infierno: odio, agresión, asesinato, locura... No importaba demasiado cuáles fueran mis particulares demonios; la raíz era aquella. Ahora lo sabía, lo veía, lo palpaba. Ahora me tocaba a mí concederme una oportunidad para poder rescatarme, vivir mi propio purgatorio personal y enfrentarme a mí misma. Debía hacerlo por mí y por él. También yo pondría mis cinco sentidos para escuchar y comprender. Él lo había logrado, ¿por qué yo no? Necesitaba nacer de nuevo, abrirme al amor y descubrir aquella misteriosa fe que iba abriendo puertas en la medida que uno se olvidaba de sí mismo. ¿Acaso podía existir una aventura más fascinante? ¿Sería en verdad posible? Dejar de ser débil y empezar a ser fuerte de verdad, sin ridículas máscaras. Convertirme en un ser imprevisible y romper jaulas de cristal. Dar una patada a la pared y derribarla como si fuera de cartón piedra.

Y después... Después regresaría a su lado sin temor y para siempre, con aquel amor desconocido e ignorado por un mundo temeroso al que yo todavía pertenecía, que no sabía amar y sólo sufría. Ajenos a toda ventisca hostil que intentara tocarnos. Indiferentes e inmunes a la incomprensión de las sombras.

Debía hacerlo. ¡E iba a hacerlo! Sólo esperaba su comprensión y apoyo.

CAPÍTULO 11

-Pablo, ¿eres tú?... ¡Qué alegría!... Casi no te puedo ver... Nunca imaginé que el frío pudiera ser tan frío… Ven, juntos nos calentaremos un poco... Deseaba tanto volver a verte... Siéntate a mi lado, así, no te separes de mí.... Abrázame, Pablo.

Eran alrededor de las nueve de la noche. Al salir a la calle nuestro policía nos miró con una disimulada sorpresa para luego seguirnos a cierta distancia. No era de extrañar dado nuestro aspecto. Me había pasado buena parte de la tarde aseándome y acicalándome para la cena. Lucía un bello vestido negro de verano que no había tenido oportunidad de estrenar hasta ahora. Y además del maquillaje y del peinado, exhibía un hermoso collar de perlas cultivadas y un vistoso brazalete de bisutería fina que parecía una auténtica joya. La verdad era que no me reconocía a mí misma. Al igual que el brazalete, podía dar el pego como invitada en una gala de alta alcurnia. Él, por su parte, parecía un personaje sacado de una película. Llevaba una americana de lino de color blanco roto con unos pantalones a juego y una camisa cenicienta. Era uno de esos hombres que incluso con una boina calada en la cabeza saben tener clase y a los que ninguna prenda llega a disfrazar del todo, logrando encajar con naturalidad en los más diversos ambientes. Hasta en eso éramos tan diferentes, ya que yo, según mi indumentaria, podía parecer cualquier cosa: desde una niñata hortera hasta una distinguida dama nacida entre sedalinas.

Hacía una bonita noche. El calor no era excesivo y una templada brisa recorría las callejas secas pero con el hedor contenido bajo los albañales. El viento del norte del día anterior había limpiado un poco la atmósfera, ya que la lluvia seguía obstinándose en no hacer acto de presencia. ¡Y la luna!... La luna continuaba igual de roja y redonda que la noche anterior, tan bella e inquietante. Desde la calle sin embargo no podía verse, apenas se distinguía un arrebol difuminado en una parte del cielo, una sutil refulgencia de naranjas. Pero allí estaba ella, majestuosa y oculta tras los edificios, acechadora y soberbia, advirtiendo a quienes estaban dispuestos a ser advertidos, despreciando a los incrédulos, jurando venganza...

Pero a pesar de la noche y de la luna, el trayecto hasta Casa Begoña me resultó bastante desapacible. Primero por lo grotesco del lienzo, por aquel contraste estridente entre mi imagen y el entorno. Pero lo más incómodo era la mirada de la gente con la que nos

cruzábamos. No me observaban con sorpresa a causa de mi aspecto, como el policía, aunque tampoco con indiferencia. Era una misma clase de mirada que yo veía en todos los rostros de mi alrededor, tanto conocidos como desconocidos. Habría sido más soportable para mí si alguien se hubiera mofado o expresado un gesto de desdén, o lanzado algún comentario sarcástico. Pero aquella mirada en bloque, muda y oscura, tan desprovista de alma, llegó a desasosegarme de veras. Eran miradas sin vida, opacas, carentes de sentimiento, sin embargo debían de tener una razón de ser. ¿Pero cuál? ¿Me acusaban en silencio quizás? ¿Me reprochaban fríamente por algo?... Le miré en busca de algún posible indicio esclarecedor. Sus ojos sí estaban llenos de vida, se le veía animoso y todo él resplandecía, parecía disfrutar del paseo. Como debió de detectar en mí cierta incomodidad, me tomó del brazo y me dirigió una sonrisa tranquilizadora. Estaba claro que él no veía lo que yo. O en caso de verlo también, le importaría tres soberanos rábanos.

"Percibimos lo que proyectamos", recordé que había dicho. ¿Cómo podía interpretarse eso? ¿Acaso era yo quien proyectaba esa extraña mirada en los rostros acartonados de la gente y la percibía por reflejo en mis propios ojos? ¡Qué sandez!, pensé. Pero de inmediato me di cuenta de algo. Fue una lúcida interpretación que de golpe me desveló lo que en realidad estaba ocurriendo. Era cierto. La mirada era mía y no de los otros. Esa gente que veía sin alma y sin vida eran seres ahora desligados de mi mundo, de los cuales me apartaría para siempre mañana. Ya no formaban parte de mi vida ni tenían nada que ver conmigo, los había barrido emocionalmente arrancándoles los ojos y el brillo. Yo había tomado una decisión definitiva y la había interiorizado hasta el punto de que mi mente ya había abandonado el barrio, anticipándose de algún modo a lo que no tenía vuelta de hoja. Había empezado a crear un nuevo mundo, incierto también, tal vez con sus propios fantasmas, con otras sombras diferentes, pero que ya nada tenía que ver con el que me había visto nacer y crecer. Un mundo entero de sombras se había desvanecido para dejar paso a otro que ni siquiera era capaz aún de imaginar. En cambio él estaba ahí, a mi lado, resplandeciente, como el sol de un nuevo sistema planetario.

-Resplandeces –le dije.

-Claro –contestó casi con orgullo-, porque tú me iluminas. ¡Qué hermosa estás esta noche!

-Gracias.

Al adentrarnos en la calle de La Plata ya no me sentí tan fuera de lugar. Era una avenida en donde se fundían los colores más

diversos y heterogéneos de la ciudad, donde lo abigarrado parecía avenirse de tal modo que confería aquel peculiar encanto cosmopolita. Inmigrantes, turistas embobados, pedigüeños, peripuestos personajes que acudían a la ópera, grupos de amigos medio ebrios en busca de espectáculos picantes, solitarios, mercachifles... Todo cabía y convivía en ese gran puerto franco de la urbe, zona neutral donde cada transeúnte parecía haber firmado previamente un armisticio con el otro, por lo que los pequeños conflictos tribales de los barrios colindantes siempre acababan difuminándose en aquel espacio engullidor de identidades y uniformes. Y allí, ¡cómo no!, plantada en su habitual puesto de guardia, estaba la vieja Paloma, la chupapollas por cincuenta céntimos.

Al reparar en ella Gregorio me observó de soslayo, como temiendo un nuevo arranque de mala conciencia por mi parte que volviera a dar al traste con la cena. Pero no, esta vez nada de eso ocurrió. Vi a Paloma, y lo único que sentí por ella fue una gran pena, pero una pena exenta de remordimiento y culpa. Aquella mujer, convertida ahora en un esperpento humano, había llegado a actuar en una noche como la de hoy en el más afamado de los locales nocturnos. Había sido la más hermosa y solicitada por los hombres más pudientes de la ciudad. Y ahora estaba allí, más que sola, más que vieja, más que patética, condenada por sí misma a vivir en un permanente infierno lleno de sombras. Por sí misma, sí, pues era sabido que todas las monedas que lograba reunir las gastaba en caros productos de maquillaje. Una institución le proporcionaba comida y cama. Pero lo que la animaba a seguir adelante era la obsesión de reunir dinero para adquirir ungüentos milagrosos y así poder recobrar la belleza y la juventud perdidas. Esclava de aquella idea imposible, no cejaba en su desesperado empeño por alcanzarla. Se decía de ella, como de tantos otros casos parecidos, que estaba tan solo “enferma”. Pero no. Ese diagnóstico era demasiado simple. Todos estábamos enfermos en cierta medida. Ella era una prisionera más de sí misma, aunque una prisionera de las últimas mazmorras; allí donde ni siquiera habría sombras sino una perpetua noche oscura a la que sólo podía poner fin Tánatos, la muerte, la aniquilación definitiva de un ser totalmente atrapado por su pasado idealizado. Sí, era cierto: el burócrata Tánatos era un mal funcionario, inepto, lento y desordenado. Tal vez el expediente vital de Paloma se hubiera extraviado o traspapelado en algún cajón, tal vez había perdido su turno y tenía que volver a guardar cola. Mientras tanto, debería continuar castigada de cara a la oscuridad

por no haberse aprendido la lección, tantas veces inútilmente explicada a lo largo de sus ochenta años.

¡Qué efímero era el esplendor de una flor y qué larga su agónica decadencia! ¡Qué vacua y trágica podía ser una vida!

Debido a mi inusual aspecto, Paloma tardó un poco en reconocerme.

-¡Guinda!... –gritó al fin alborozada- ¡Perla!, ¡chochoguapo!, ¡bonita!, ¡chulapa!...

-¿Qué tal, Paloma? – la saludé al cruzarme con ella.

-¡Castiza!, ¡reina!... ¡Buen maromo viejo te llevas, cacho guarra!

En cuanto la hubimos dejado atrás, él preguntó:

-¿Me ha llamado viejo?

-Sí, y a mí guarra –le dije riendo-. Es su manera de hablar. Para ella un maromo viejo es un señor entrado en años pero distinguido.

- ¡Ah! ¿Y una guarra?

-Una guarra es una mujer bella, deseada por los hombres y envidiada por las mujeres.

-Entonces tiene razón, eres muy guarra.

-No sé si darte las gracias o partirte la cara –bromeé también.

-¿Por qué? ¿No acabas de decir que...

-Sí, pero sólo tiene ese sentido cuando lo dice una mujer, no un hombre –le aclaré-. La envidia de una mujer a otra hace que la llame guarra, ¿comprendes?

-Ya, pero creí que esa mujer te tenía aprecio.

-Y me lo tiene. Pero también me envidia, créeme.

Llegamos a Casa Begoña. Me hallaba nerviosa, pues iba a ponerme por primera vez a prueba, a entrar en contacto con un nuevo mundo y rodearme de personas extrañas, habilidosos usuarios de máscaras sociales. Mi inhabilidad en tal juego me hacía sentirme insegura. No bastaba con disfrazarse, había también que enmascararse. Y yo no sabía. Me resultaba difícil conciliarme con un mundo que siempre me había repelido. Además de insegura y ridícula, me hallaba temerosa, como desprovista de una identidad a la que aferrarme. Quizás para él la relativización de la identidad fuera un logro, pero para mí suponía una necesidad irrenunciable. ¿Cómo moverme? ¿Dónde apoyarme? No obstante, debía afrontarlo. Era necesario domesticar a la pantera. Pero ella se resistía.

Entramos y nos acercamos a una recepción atendida por una mujer con un bonito uniforme. Al vernos dibujó una sonrisa muy cordial en su cara, y con una voz engolada nos dio la bienvenida para luego preguntarnos por el nombre de la reserva. Acto seguido se presentó el *maitre*, un hombre alto y estirado muy al estilo de

“los señores por aquí, por favor, y las señoras por allá”. Con un trato exquisito e impostado nos rogó que le siguiéramos al comedor, de donde llegaba un continuo rumor comedido de voces también uniformadas. El refectorio era amplio y suntuoso, antiguo, de un lujo casi rococó. Todas las mesas estaban ocupadas a excepción de la nuestra, situada justo en el centro, sin la intimidad que facilitan las que se hallan en las esquinas o junto a las ventanas. Mientras nos dirigíamos a nuestro sitio, se produjo un súbito silencio que juzgué molesto y exagerado, y ello me forzó a echar un rápido vistazo general. No pude precisarlo, pero me pareció recibir la impresión en un solo segundo de que todos los comensales me miraban, o mejor dicho, me escrutaban de arriba abajo. E incluso creí distinguir (así me lo pareció) dos tipos de miradas diferentes: las de los hombres y las de las mujeres. Las de los hombres eran más bien desenfadadas y algo impúdicas. Las de las mujeres, en cambio, fiscalizadoras y ásperas. La siempre inaceptable envidia solía racionalizarse con argumentos fariseos; en este caso la reprobación formal sería por razón de nuestra evidente diferencia de edad. Para muchas de ellas yo sería una guarra. Aunque al fin y al cabo aquél había sido mi propósito tras pasarme horas enteras de aseo y acicalamiento, como lo habría sido también el de todas esas mujeres que ahora me escudriñaban sin recato. Pero lo que más me inquietó fue comprobar que aquellos ojos sí tenían vida y sí podían afectarme, que no eran sombras. Y no me gustó nada comprobar el poder que yo les había conferido. El instinto y el recelo de la pantera eran tan fuertes que la obligaban a permanecer en guardia en cada momento, aguzando sus colmillos siempre dispuestos, sin permitirse el lujo de abstraerse un solo instante o de contemplar el paisaje con indiferencia. Para un ser que veía el mundo como una jungla, no podía existir abandono más que cuando se supiera en brazos de otro que le amara de modo incondicional. Entonces, como un milagro, la pantera era capaz de transformarse en una diosa del amor, en aquella nueva mujer que había descubierto en mi primer encuentro amoroso con él. Yo era una mujer con el alma desgarrada en dos grandes pedazos independientes y estancos, cada uno de ellos formado a su vez por varios pedacitos más, dotados de colores y materiales diferentes. Y sólo cuando estaba con él todos ellos se unificaban y me convertía en la mujer que quería, en el yo que anhelaba. Pero por otra parte aquella sensación era tan pletórica que producía una suerte de drogodependencia, y yo no quería depender ni drogarme. No, no quería eso, pues sabía que acabaría abocándome hacia un abismo sin retorno, que no sólo acabaría

perdiéndole a él sino también la poca o mucha dignidad y autoestima que pudieran quedarme. A buen seguro ese tipo de errores constituirían los prólogos de varios personajes similares a Paloma, de seres que arrostraban una existencia mísera y absurda, como almas en pena, desatendidos hasta por el mismo Tánatos.

Pronto el murmullo anodino volvió a reinar en el ambiente. Consultamos la carta para escoger nuestros platos: *Tarrina de foie con caviar iraní*, ¡cuarenta y siete euros!; *Langostinos desestructurados con salsa de ostras*, treinta y dos; *Cogollos con anchoas súper- extra*, veinticinco. ¿Cómo podían cobrar tanto por un trocito de lechuga y un par de boquerones salados? Begoña debía de estar revolviéndose en su tumba. Decidí dejar de mirar los precios y atender a los únicos diminutivos que figuraban en la carta; los de los nombres de los platos: *Pequeñas delicias de mar con bogavante; Rollitos de salmón gambeados y angulas; Hojaldrines de jamón ibérico con trufa blanca; Habitas tiernas estofadas y congrio*….

Tras tomarnos nota, nos sirvieron unos también diminutos aunque sabrosísimos entrantes. Él solicito el *solomillo del chef*, al que le tenía ganas de hincarle el diente desde hacía días. También escogió el vino, un tinto delicioso que por la pinta debía de superar en precio al mismo solomillo.

Vimos a nuestro policía asomarse con discreción al comedor para echar un vistazo y luego intercambió algunas palabras con el *maitre*. Después el agente se retiró, probablemente para continuar haciendo guardia en la puerta. Los dos bromeamos sobre lo que el *maitre* debía de pensar acerca de nosotros, ya que desde entonces empezó a mirarnos con cierta curiosidad. Además del brazalete, tenía también un guardaespaldas, el complemento definitivo de mi disfraz. Eso me hizo gracia, me sentía como Cenicienta en la fiesta real. Sólo esperaba que el carruaje no se convirtiera en una calabaza cuando el reloj marcara las doce.

Mientras me peleaba con una gamba que se resistía a abandonar su armadura, reparé en que él me observaba con una sonrisa.

-¿Tú también? –le dije.

-Yo también qué.

-¿Tú también me miras como un bobo? ¿Te has fijado en cómo me miraban al entrar?

-No te miraban, te admiraban –respondió-. Natural. Tienen ojos en la cara y saben apreciar la belleza. Hoy estás encendida como una bombilla. ¿Cómo no van a mirarte?

-¿Y qué pasará si la bombilla se funde? –dije sin pensar- ¿Te olvidarás de ella y la cambiarás por otra?

-No entiendo a qué viene eso.

Me había dejado llevar por una comezón que hormigueaba en mi cerebro desde hacía un par de días. Pero en lugar de disculparme, le pregunté sin ambages:

-¿Cuántas relaciones sentimentales has mantenido desde el fallecimiento de tu esposa?

-Tres –respondió con naturalidad.

-Tu hijo dijo que eras un desastre como compañero porque nunca has conseguido estar demasiado tiempo con otra mujer.

-No estoy de acuerdo. Cada una de ellas fue muy importante para mí en su momento, mientras duró.

-¿Hasta que se fundieron?

-No seas cínica, Guinda –reprobó-. ¿Acaso me consideras un hombre frívolo? Puedo aceptar cualquier cosa excepto que pienses eso de mí. Además, ¿qué importancia tiene esto ahora? Yo nunca, óyeme bien, nunca te preguntaré con quién has estado ni lo que has hecho en el pasado. Porque considero que no tengo derecho a saberlo y porque tampoco debe importarme. Es algo privado y tuyo. Pero ten por cierta una cosa: si tu pasado, haya sido el que haya sido, es el responsable de que hoy seas como eres, lo bendigo con toda mi alma.

Aquellas palabras me conmovieron en lo más hondo. Me quería. Él sí sabía quererme desde la libertad, sin recelos ni temores, sin exigencias ni condiciones. Sin siquiera ideas inculcadas y preconcebidas, aquellas que nos hacían considerar de modo absurdo que si un amor no duraba siempre era un fracaso. Ahí se hallaba de nuevo, acechador y oculto como la luna roja, el sempiterno miedo. Resultaba triste, muy triste, ver el odio y el despecho en una pareja rota tras diez años de convivencia, de momentos mágicos e inolvidables, de instantes de total unión carnal y espiritual, de risas y confidencias, de crecimiento celular y mental. Y todo por la idea (siempre era por una sombra con forma de idea) de considerar al otro como una especie de estafador, como el culpable de no haber satisfecho las propias expectativas, de no haber respondido adecuadamente a la "idea", a nuestra idea heredada y estúpida. El amor no pertenecía al ámbito del Juego Eterno, era siempre imprevisible. No podía programarse ni prometerse. Había que celebrar su nacimiento con un gran festejo, y había que saber vivir el duelo de su fin. Sin vacuos lamentos, sin tramposos reproches. Pero con la indeleble huella de su paso por nuestro corazón. Y con la infinita gratitud de haber sido tocados por él.

Lo entendía, pero sólo lo entendía. Aquella realidad aún no

formaba parte de mí.

Pensé que había llegado el momento de explicárselo. Justo en ese instante se oyó una sirena. El sonido no se diluyó en la distancia sino que cesó de repente en algún lugar cercano. Tal vez se hubiera declarado algún incendio por los alrededores.

-Gregorio, quiero que me ayudes a hacer algo que me va a costar mucho.

-No te preocupes, mañana te ayudaré a cargar con tu mudanza –bromeó.

-Es el momento menos apropiado para bromear. Estoy hablando en serio.

-Disculpa. ¿De qué se trata?

-Mañana los dos dejaremos el barrio, pero yo no iré contigo.

Me miró sin decirme nada, su rostro permaneció impasible, sin embargo detecté en sus ojos una profunda decepción. Luego bajó la mirada, y musitó:

-Entiendo.

Pero yo también me sentí decepcionada. No me había dado la oportunidad de explicarme.

-¿Qué es lo que entiendes?

-Hoy has vuelto a mencionar a mi hijo –explicó-. Puede que esté equivocado, pero desde que hablaste con él he notado un cierto cambio en ti. Tengo la impresión de que lo que te haya podido decir sobre mí ha influido en esta decisión. Tengo esa desagradable sensación desde que traje el pastel. Mientras lo desenvolvía, percibí una mirada tuya como de duda o recelo, como si te estuvieras preguntando hasta qué punto él pudiera tener razón. Dime, ¿tú también me ves como él? ¿Crees que soy un hombre ridículo y fracasado?

-¿Pero qué estás diciendo? –me indigné-. Me estás haciendo daño al hablar así. Esperaba, confiaba en que supieras comprenderme. ¡Y ni siquiera me has dado la oportunidad de explicarme!

-Muy bien –dijo en tono conciliador-. De nuevo te pido disculpas si he dicho una tontería. Adelante, te escucho.

El escandaloso sonido de otras sirenas irrumpió otra vez en el comedor. La gente empezó a murmurar y a hacer cábalas sobre lo que podría estar ocurriendo. Permanecimos ajenos a nuestro alrededor, ligeramente decepcionados el uno del otro a causa de nuestros propios malos entendidos, conscientes de la importancia del asunto que ambos, con bastante torpeza, habíamos puesto sobre la mesa.

-Soy una mujer atrapada, Gregorio –le dije recobrando la serenidad-. Desde pequeña mi único anhelo ha sido largarme del barrio, cambiar de vida y ser otra. Siempre pensaba que no llegaba el momento, pero era mentira. En realidad nada me ha detenido allí nunca, salvo yo misma. El barrio siempre ha sido mi mundo, que conozco y que me conoce. Un mundo bárbaro, repugnante si quieres, pero el único al que pertenezco, el único que no puede escandalizarse ni rechazarme por ser como soy. La selva es un lugar lleno de amenazas y peligros, pero la pantera vive allí. Si la sacas de su lugar, se asustará, y será probable que ni siquiera sobreviva…

-Pero... –intentó decir algo.

-No me interrumpas ahora, por favor. Aún no he acabado. No quiero que pienses que estoy justificando mi falta de valor. No se trata de eso. Porque a pesar de lo que te he dicho, estoy decidida a dejar el barrio. Y lo haré mañana, no te quepa duda. Me iré contigo, pero no viviremos juntos. De momento. ¿Y sabes por qué? Porque aún estoy atrapada. Por eso sé que lo nuestro no llegaría a funcionar, por mi culpa. ¡Y quiero que funcione! Pero antes debo enfrentarme a mí misma. Tengo que liberarme de mis miedos de una jodida vez. Y eso he de hacerlo en solitario, sin ayuda de nadie y sin hacer daño a nadie. Y menos que a nadie, a ti. No sólo sé que puedo hacerlo, sino que voy a hacerlo. Y cuando...

-Pero, Guinda –cortó de nuevo-, si eso es verdad, yo puedo ayudarte. ¿Por qué no quieres contar conmigo?

Aquel "si eso es verdad" me aplastó moralmente. Ahora sí estaba decepcionada, no sólo por la desacertada frase sino porque veía que no lograba comprenderme, y también porque parecía que intentara presionarme de algún modo al no respetar mi libertad ni la difícil decisión que yo ya había tomado. ¡Él, justo él!

Otra odiosa sirena nos obligó a interrumpir nuestra conversación durante unos segundos. También aquella enmudeció en algún punto aún más próximo que las anteriores, lo que no parecía tener lógica. Pero ahora yo no estaba para nimiedades. Se me había vuelto a calentar la sangre.

-¿Qué quieres decir con "si eso es verdad"? –pregunté con aspereza.

-Es que tengo la sospecha de que no me estás contando toda la verdad –respondió-. Y te ruego que seas sincera conmigo. Si no estás segura de lo nuestro por la razón que sea, porque dudas de tus sentimientos, o porque me consideras demasiado mayor para ti... lo entenderé. ¿Cómo no voy a entenderlo? Si quieres dejarlo, sólo tienes que decírmelo. Me iré y no volveré a molestarte. No quiero

estar contigo si tú no lo deseas tanto como yo. Y además siempre te llevaré en mi corazón. Porque yo te quiero, y eso nadie, ni siquiera tú, puede impedirlo. Pero por favor, dime la verdad. No me digas eso de...

-¡Te estoy diciendo la verdad! –alcé la voz con los ojos llorosos-. ¿Por qué no quieres creerme?

Sondeó con la mirada a su alrededor con aire de circunstancias. Sólo por su semblante me di cuenta de que todo el mundo me observaba de nuevo, tan ofuscada y herida me sentía.

-Cálmate, Guinda –murmuró ruborizado-. No es necesario que montes aquí una escena. Podemos hablar de esto con más tranquilidad cuando...

-¡No, ahora! –grité, levantándome con brusquedad del asiento y dominada por un súbito acceso de furia-. ¿Qué ocurre? ¿Te avergüenzas de mí? ¿Y qué esperabas? ¿Te gustaría que en lugar de sangre tuviera agua dulce en las venas? ¿Crees de verdad que alguna vez podré encajar en un cementerio de mármol blanco como éste? ¡Míralos a todos! Están civilizadamente muertos.

Sin apartar mis ojos de los suyos, noté cómo mi rostro se encendía por un fuego que surgía de dentro a la vez que las lágrimas, igual de ardientes, empapaban mis mejillas. Se hizo un silencio demoledor e insoportable. Solté un gemido desesperado al ser consciente de que había vuelto a estropearlo todo, de que jamás podría escapar de aquel sino al que había sido condenada. No había solución. No había salida. No había esperanza.

...Humillada, avergonzada, enfurecida, me vi corriendo por una calle bamboleante llena de destellos cegadores y sombras multiformes. No sabía a dónde iba, pero el instinto felino me guiaba. Mis sollozos eran mi única voz, como aullidos de un animal herido, y las lágrimas amargas mi único alimento, como el maná de los que nunca debieron haber nacido. Desengañada de mi gran sueño imposible, ansiosa por liberarme de una vez de tanta decepción, de tantos inútiles intentos por cambiar algo sobre mi miserable existencia, la llamé. Sí, la llamé. Fue una llamada tan intensa y poderosa que percibí cómo su onda se expandió hacia el infinito. Llamé a la muerte para que acudiera en mi auxilio, harta ya y vencida. Hasta los instintos más arraigados de mi animalidad habían sido al fin doblegados por aquella última gota de frustración que había provocado el total desbordamiento. No quería vivir.

No podía dejar de correr. Advertí que iba descalza al sentir un pinchazo en un pie. Un cazador gritaba y me perseguía. Debía

continuar huyendo, no tanto por el temor a ser abatida como por el pánico de verme atrapada. Mis sentidos se aguzaron hasta el punto que creí fundirme con la selva; ella y yo éramos una sola cosa. Justo cuando iba a adentrarme en mi territorio, me detuve de golpe. Había una trampa que me esperaba. Dos vehículos de la policía se interponían en mi camino y varios agentes se enfrentaban a un encolerizado ejército de vecinos que les impedían el paso, arrojándoles piedras y objetos contundentes. Ahora comprendí la razón de tanto trasiego de sirenas. Las callejas eran muy estrechas y dificultaban la labor policial. La ira se hallaba en un estado de máxima efervescencia y los policías parecían no atreverse a tomar decisiones demasiado arriesgadas. Sudorosa y asustada, eché a correr de nuevo por un callejón colindante con el propósito de acceder por otro lugar. Sin embargo pronto volví a toparme con otra patrulla de la policía, aunque aquí lo que los agentes pretendían era separar a dos grupos enzarzados en una batalla. Había algunos heridos. Vi a un joven magrebí tendido en el suelo y con la cabeza encharcada en su sangre. El barrio entero había estallado. Gritos, sirenas, explosiones, disparos... Y la siniestra voz de la turba enfurecida. Aquella tenebrosa sensación que se había mantenido tanto tiempo en vilo sobre nuestras cabezas, por fin había caído a plomo como una espada traicionera; una espada empuñada por esa luna roja que, ahora sí, imperaba radiante en lo alto del cielo, jactándose de su poder y contemplando gozosa su obra.

Sin pensar, me lancé contra el tumulto. Logré sortear a los policías y esquivar los golpes de uno y otro bando. Luego continué corriendo en dirección a casa. Lo único que deseaba era alcanzar mi refugio. Comprobé que el grueso de la batalla se libraba en las entradas al barrio, no así tanto en sus entrañas. La intención de las hordas sería contener a la policía para poder imponer su justicia y la venganza en sus calles. En el interior no vi batalla sino asalto y barbarie por parte de pequeños grupos diseminados que destrozaban comercios, apedreaban ventanas y prendían fuego en algunos portales próximos al gueto árabe. El caos era absoluto y la sed de sangre parecía dominar a aquellos prosimios encolerizados, mucho menos evolucionados aun que la pantera. Apenas había luz, la mayoría de las bombillas de las farolas estaban rotas. De tanto en tanto me cruzaba con alguien que corría como un diablo perseguido por otro. Uno de estos últimos, de aspecto árabe y corpulento, decidió cambiar de presa al tropezarse conmigo, pues mi cabello rubio debió de suponer para él una especie de estandarte enemigo.

Ocurrió cuando me hallaba muy cerca de casa, ¡casi en casa! Se detuvo de pronto al verme, y luego se fue acercando a mí poco a poco. Tenía el rostro desencajado y los ojos de un asesino. En su mano derecha empuñaba un gran cuchillo cuya hoja destellaba en la penumbra. Cuando se hallaba muy cerca de mí, hasta el punto de poder oler su sudor, sonó un disparo ensordecedor. El hombre quedó paralizado; y vi cómo de su frente empezó a brotar sangre en abundancia. Y con los ojos abiertos y aún sorprendidos, se desplomó a mis pies. Entonces del interior oscuro de un portal emergió una imagen que me dejó aún más helada que la visión del filo que había estado a punto de matarme: era el Jolo. Tenía parte de la cara ensangrentada y unas greñas pringosas pegadas en la frente y casi tapándole los ojos. Desprendía también un hedor nauseabundo. Mientras me encañonaba con la pistola con la que acababa de matar, sonreía como un sádico.

-Hola, Guindilla. Como comprenderás, no iba a permitir que este moraco me privara del placer que sólo a mí me corresponde. Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

Metió el cañón de su pistola en mi boca jadeante, lo que casi me impedía respirar. Me hallaba tan agotada que creí que iba a asfixiarme. A él parecía divertirle mis ansias por tomar aire y la contracción y expansión sucesiva de mis pechos.

-Mmmmm… ¡Cómo me pones, Guindilla! Esto me trae muy buenos recuerdos. Qué tiempos aquellos, ¿eh? Las cosas hubieran podido ser muy diferentes si tú hubieras querido. Pero no, has tenido que fastidiarlo todo, y obligarme a hacer algo que no quería. Te avisé. ¿Y total para qué? Mira lo que está pasando –exageró su sonrisa-. Pero has jodido a unos cuantos. Y casi a mí también si no consigo najarme a tiempo. Por tu culpa me he tenido que cargar a un madero. Ya no voy a poder ser un pavo decente a partir de ahora. Ni podré volver a hacer planes contigo. ¿Por qué, Guindilla? ¿No te gustaría confesarte antes de morir? ¿Cómo has podido convertirte en una miserable mamona de mierda? ¡Mi Guindilla, una chivata asquerosa! Malos tiempos corren, sí señor.

Supe que había llegado mi hora, no sólo por lo obvio de la situación sino también por la insólita clarividencia que experimenté. Fue como si mi cerebro se acelerara y el tiempo casi se detuviera. En unos pocos segundos acudieron a mi mente un alud de imágenes y emociones vividas que había creído olvidadas, reminiscencias de una lucidez premonitoria. Vi a mi madre llorando mientras me contemplaba y yo fingía dormir en la cama. Y ahora comprendí que ella lloraba porque había visto en mí la marca de su

mismo estigma. Reviví el brutal desgarro vaginal cuando fui violada por primera vez aún siendo niña. Oí las palabras del Campeón diciéndome que la vida era un combate y que yo debía saber pelear. Volví a sentir aquella extraña impresión que tanto me confundió cuando descubrí el amor dentro de mí. Volví a experimentar aquel beso. Volví a contemplar su fotografía.... Yo había llamado a la muerte, era cierto. Y ahora la muerte se hallaba frente a mí. Pero también, de algún modo, lo había llamado a él. Ahora lo sabía.

-Dime, ¿qué se siente justo antes de morir? –masculló con rabia-. Tu muerte es un hecho, es algo tan real como si ya hubiera sucedido. ¿No puedes hablar? Claro, no debe hablarse con la boca llena. Es igual, tus ojos me lo dicen todo. ¿Sabes qué me están diciendo? Pues no me dicen nada porque la muerte es la nada. ¡Nada, nada, nada! Vete familiarizando con esa palabra porque ella y tú sois lo mismo. Adiós, Guindilla. Ha sido un todo un placer.

Cerré los ojos. Tuve la impresión de que mi cerebro se petrificaba a causa de la enorme tensión. Oí un aterrador sonido metálico procedente de la pistola, recibí un doloroso golpe en la boca y... Nada. ¿Cómo era posible? Al abrir de nuevo los ojos vi al Jolo en el suelo peleando con otro individuo. ¡Se trataba de Gregorio! Supuse que él se había abalanzado sobre el Jolo justo en el momento en que éste se disponía a dispararme, con tal ímpetu que el cañón de la pistola me había golpeado en la boca y provocado un pequeño corte en los labios. Los dos se revolcaban por el empedrado pugnando por el arma, la cual permanecía oculta entre ambos cuerpos. En un momento de la disputa, se oyó un disparo. Sin embargo la lucha continuó durante unos segundos hasta que sonó una segunda detonación. Entonces el cuerpo del Jolo quedó inmóvil de repente. Aturdida, me acerqué a él. Comprobé que tenía una bala en la parte del corazón. Estaba muerto.

-¡Está muerto! –dije volviéndome hacia Gregorio.

Pero no me oyó. Permanecía arrodillado en el suelo con un gesto de dolor y abrazándose el estómago. Al apartar un momento sus manos, vi que estaban llenas de sangre. Había sido blanco del primer disparo.

-¡Puñetas! –espetó-. ¿Es que siempre tienen que darme en mi punto débil? No me darán en otro lugar, no. Y mira que tengo sitios.

Aterrorizada por la visión, corrí hacia él para asistirle. Un miedo aun más atroz que el que acababa de vivir se apoderó de mí.

-¡Dios mío! –exclamé aterrada al ver su herida- ¡Dios mío!...

La sangre surgía a borbotones. Desesperada, intentaba detenerla

taponando la herida con mis manos. Pero aquel líquido caliente y espeso se derramaba sin freno cubriéndolo todo hasta encharcarse en la sucia acera.

-Te lo dije, Guinda –expresó una sonrisa que supo vencer al dolor-. Te dije que mientras yo estuviera a tu lado nada te iba a suceder, ¿recuerdas?... No hablaba por hablar.

-Sí, cariño, me lo dijiste –mi voz temblaba de pánico-. Pero yo no quiero vivir sin ti.

-Tu vida es mucho más importante, porque aún no has empezado a vivir. Hay un hermoso y largo camino esperándote… Tienes que ir hacia él, amor mío. Ahora ya no sólo por ti, sino también por mí... Prométemelo.

-Te lo prometo, te lo prometo –sollocé- ¡Pero no te mueras, por favor!

-La muerte no es nada, Guinda –declaró con un aplomo sorprendente-. Sólo es la desnudez total… Estoy ya algo familiarizado con ella… Pero tú puedes conseguir que todo esto tenga un sentido. De ti depende… ¿Comprendes?

Asentí emitiendo un gimoteo que pretendía ser un sí. Era falso, no comprendía nada. Pensé que había empezado a delirar. Le recosté un poco sobre mi regazo. Él continuó diciendo cosas extrañas que no entendía y que me asustaban:

-Muéstrale al mundo que nos hemos encontrado... Permite que un brillo de tus ojos sea un reflejo de mí… No consientas que esto haya sido en vano...

-¡No te mueras, por favor! –suplicaba sin dejar de sollozar-.

Grité pidiendo auxilio. Durante la escena algunos prosimios se habían cruzado con nosotros. A ninguno de ellos les llamamos la atención; dos cadáveres, un hombre herido de muerte y una mujer desquiciada no debían de suponer presas apetecibles para ningún criminal, del mismo modo que los restos óseos de una carroña no interesaban a ningún predador.

-¡Que alguien me ayude! –volví a gritar fuera de mí- ¡Por favor!...

Él me apretó la mano para intentar tranquilizarme.

Oí un ruido en una de las ventanas de enfrente. Al alzar la vista, reconocí a la mujer que se asomaba. Era la Flamenca.

-¡Carmen! –la llamé con la voz rota- Llama a una ambulancia. ¡Se va a morir! ¡Se va a morir!...

Su figura volvió a desaparecer en el interior de la vivienda. Él entonces empezó a tiritar; la abundante pérdida de sangre debía de provocarle una sensación de intenso frío.

-Tengo frío, tengo frío –barboteó.

Al poco, apareció de nuevo la Flamenca.

-Lo siento. Sólo se oye una voz grabada diciendo que las líneas están colapsadas.

Y volvió a cerrar la ventana sin más.

Ahora su cuerpo comenzó a agitarse con leves espasmos, y sus ojos abiertos apenas se movían. Comprendí que era demasiado tarde.

-Abrázame, Guinda –murmuró por última vez.

Me abracé a él aterrada y con la amargura de la total impotencia, suplicando, llorando... Hubo sin embargo en aquel abrazo un contacto tan hondamente entrañable que me reconfortó de modo extraño. Hubiera querido pasarme el resto de mi vida abrazada a él de esa manera. Pero en un instante percibí a través de mi piel una gélida sensación, como si su cuerpo se deselectrizara de repente para convertirse en algo inanimado y distante. Y supe que había muerto.

Contemplé su rostro, laxo y sereno como un mágico contrapunto en la noche tenebrosa. La mirada queda, su boca entreabierta, su piel pálida... emanaban una paz que parecía ridiculizar el horror que nos envolvía.

Algunos agentes antidisturbios irrumpieron por fin en la calle. Un hombre se detuvo a mi lado y observó incrédulo aquel desolador paisaje de muerte y sangre. Era nuestro policía.

Solté un alarido dirigido al cielo. Pero no llegué a oírme, ni a ver nada. Ni siquiera notaba mi cuerpo. Sólo era sufrimiento puro y sin forma. También yo estaba muerta, ¡y había bajado al infierno!

EPÍLOGO

Sobreviví a esa noche de locura porque él me salvó la vida. La muerte vino a buscarme y él se ofreció en mi lugar, pues cuando el inepto Tánatos decide al fin acudir nunca regresa de vacío. Me dijo que me protegería, y así lo hizo. Y aunque en un primer momento mi único deseo fue irme con él, la turbulencia fue remansándose de un modo gradual y ajeno a la voluntad. Poco a poco un tibio sol fue asomándose y la terrible noche quedó atrás, derrotada por la luz y el inexorable transcurrir del tiempo, convirtiendo el infierno en pesadilla soñada. Sí, los días siguientes fueron tibios y muy enrarecidos, casi somnolientos, como si una parte inteligente de mí hubiera decidido atenuar la intensidad de las pasiones con el fin de poder reponerme. Quizá porque el dolor era demasiado grande y podía estorbar el nacimiento de un algo misterioso que notaba aflorar en mí, que parecía incubarse en una atmósfera también tibia y delicada. No, no estaba embarazada de él, aunque se trataba de algo bastante parecido. Un algo no biológico pero latente y vivo, inefable, que pertenecía al ámbito del misterio, y cuya realidad no sólo percibía sino que afectaba todo mi ser hasta el punto de vivirme como una extraña, como una mujer cada vez más nueva y desconocida. Yo me había encontrado con él, nos habíamos amado –amado de verdad-, y ello provocó una conmoción que lo alteró todo. Aquel último abrazo precipitó una catálisis, y ya nunca –después lo supe- volví a ser la misma. Ahora no sólo lo entendía, ahora empezaba a ver con mis propios ojos la realidad de la que me había hablado. Ese fue el extraordinario regalo que me dejó antes de irse. Aunque no fue lo único. Abandoné el barrio como si nunca hubiera pertenecido a él, con la ligereza y el desapego de un ave que tan solo muda de rama. Pero las ramas, curiosamente y desde el primer salto, fueron situándose cada vez a mayor altura. Todo resultaba natural, apenas sin esfuerzo fui logrando empleos mejores y empecé a entablar nuevas relaciones y amistades que con el tiempo llegarían a ser importantes. También a mí se me fueron abriendo “pequeñas y misteriosas puertas”, como si una mano invisible me fuera orientando por las sendas más convenientes de la vida. El temor y el interés propio dejaron de ser mi única guía, y comencé a descubrir un vasto horizonte inexplorado con una mirada de asombro y fascinación. Mi primera responsabilidad, sin embargo, consistió en no permitir que su sacrificio hubiera sido en

vano. Y así lo hice. Cumplí mi promesa. Por eso ni siquiera la muerte pudo separarlo de mi lado, y aún hoy lo llevo más vivo que nunca dentro de mi alma. Porque no sólo acudió a mi llamada, porque no sólo nos encontramos y nos amamos. También, como Pablo y Alba, fuimos capaces de algo más. Ambos supimos expandirnos más allá de nuestros límites individuales y afectarnos el uno al otro. Yo le ayudé a recobrar el brillo que su marida había empezado a perder, y él abrió la puerta de mi celda y me tendió la mano. He ahí el milagro del único amor verdadero, catártico y transgresor de leyes. Tal vez el espacio y el tiempo puedan deshacer una unión mejor o peor pegada, pero nunca lograrán revertir una fusión consumada. Eso no.

Lo que sí consiguió el tiempo, y no con mucha dificultad, fue ensombrecer los trágicos sucesos de aquella noche hasta casi relegarlos al olvido, convirtiéndolos en un episodio cada vez más brumoso y lejano. La docena de muertos que hubo escandalizó al país entero durante algunos días, pero pronto el caso acabó durmiendo junto a otros informes y archivos de similar naturaleza. Los acontecimientos mundiales eran demasiado terribles y absorbían de modo permanente la atención. Las reyertas locales de tinte xenófobo pasaron a ser algo habitual, y era rara la ocasión en que alguna de ellas se asomara a las portadas de los principales periódicos. Un sentimiento global de miedo y desesperanza atenazaba al mundo, y todo lo que no fuera capaz de mitigar aquel desolador pesimismo no parecía relevante.

La noticia de su muerte fue comunicada por la prensa mediante una breve reseña. Estoy segura de que a él no le habría importado siquiera que se hubiera olvidado de mencionar su nombre. Pero él, aparte de bromista, fue un ser imprevisible incluso después de muerto, y sucedió lo que nadie podía prever: al poco tiempo de su fallecimiento, casual e inexplicablemente, su obra empezó a adquirir de súbito una enorme popularidad, hasta el punto que en apenas un par de años su nombre acabaría figurando entre los más notables escritores del mundo. Me sorprendió semejante estallido de general interés por sus libros justo cuando él ya no pudo verlo ni vivirlo. Fue también algo ilógico y extraño. Me dejó perpleja. Y como consecuencia de ello, un gran número de estudiosos y biógrafos literarios se dedicaron a indagar sobre todo cuanto había tenido que ver con él y con sus escritos. Esta circunstancia supuso para mí otro salto de rama, por la sencilla razón de que su novela más celebrada fue la última que escribiera en vida, su obra póstuma, titulada: *Nunca me llames Olvido*. Y Olvido era yo.

Alguna vez he tenido oportunidad de ver a su hijo en televisión. ¡El hijo de Gregorio Puertas!, millonario gracias a los derechos de autor heredados de su padre. En cada ocasión le he oído decir lo mismo: que su padre fue un gran hombre, que siempre fue un ejemplo para él, que nunca le estará lo suficientemente agradecido... Pero ni siquiera me indigna escuchar tanta falsedad después de haber contemplado su verdadero rostro. Tan solo me causa una gran pena, y resalta la evidencia de que lo esencial en un ser no puede heredarse; máxima que debería relativizar las desmesuradas expectativas que hay puestas hoy en lo que concierne al genoma humano. Aunque claro, con los cientifistas no se puede ni se podrá nunca, al igual que con los oscurantistas; extremistas incorregibles ambos. Resulta difícil, muy difícil, encontrarse hoy con un buen militante del punto medio, del justo equilibrio entre materia y espíritu, entre razón y misterio. Es insólita la suerte de llegar a tropezarse con alguien que haya sabido conciliar e integrar los opuestos, y cuyas acciones nazcan desde el silencio y no desde el ruido, permitiendo la acción original e inhibiendo la reacción burda y predeterminada. Es muy raro hoy, en medio del esplendoroso triunfo de la mediocridad y la vulgaridad más grosera, encontrarse con un ser imprevisible que haya sabido derribar las paredes del Juego Eterno, que haya dejado de saltar para intentar alcanzar la Manzana Dorada, logrando así la proeza biológica de romper con la tendencia a la que le impele su propia herencia; con la ignorancia atávica y materializada genéticamente (“El niño se ha convertido en medio canguro de tanto saltar, pero en realidad nada le obliga a saltar”) y que parece amordazar al hombre sin remedio y sin futuro. Porque él no sólo me demostró la capacidad de transformación que posee el ser humano, también me reveló la facultad de mutar su materia más íntima y fundamental, así como el pleno dominio sobre su destino y el poder de alterarlo.

De ningún modo quiero decir con esto que él fuera un ser perfecto (siempre menospreció esta palabra). No, ni mucho menos lo fue. Fue un hombre con sus buenos defectos, a menudo olvidadizo y despistado, con un pasado lleno de errores y despropósitos. Pero la absurda idea de perfección nunca fue su meta (“La manzana es inalcanzable pero cae cuando llega el momento”). A menudo he podido comprobar que el ser perfeccionista, y por consiguiente narcisista, es un ignorante que se maltrata a sí mismo por su inútil afán de acabar una suma inacabable. Y a él nunca le interesó sumar, sino restar. Nunca le interesó la perfección, sino la liberación. Nunca quiso arroparse, sino desnudarse. No sólo supo

despojarse de su pasado, también logró desmontar aquello que resulta tan intocable y sagrado para el común de los mortales: la identidad, y con ella su insaciable deseo de identificación. Decía que la identidad es como un cuchillo; a veces útil para comer, pero también muy útil para matar. Decía que las raíces son lo que nos impide movernos, y que fuera de la tradición hay algunas cosas todavía esperándonos. Él siempre vio ahí la causa fundamental del sufrimiento y sus consecuencias. Por eso siempre agradeció que alguien le ayudara a "desnudarse", aunque fuera por medio de una acción en apariencia humillante. Porque si alguien está desnudo, es humilde, y la humildad no puede sentirse humillada; de ahí que no haya nada más fácil que humillar a un perfeccionista. Y las pocas veces en que él sufrió una decepción o un desengaño debido a una falsa expectativa originada por su "imperdonable bajada de guardia", por su inatención, se entregaba a la práctica del Juego Eterno; para tomar conciencia de que sólo él se había dejado atrapar en las redes de la ignorancia. Era su manera de meditar, como él bien decía. Algunos místicos cerraban los ojos y oraban, él se ponía a jugar con una pelotita hasta que sus muros mentales volvían a desvanecerse, hasta convertir de nuevo el mundo de las sombras en un espejismo ridículo. Jamás le vi rezar ni me habló nunca de ello, pero no creo que pueda existir una actividad más religiosa –o sea revolucionaria- que la integración y el derribo de fronteras. Todo lo otro ha de ser poner más o menos cirios al diablo: a la división y al conflicto. Una es la semilla del bien y la otra es la semilla del mal.

Gracias a él sé que el amor siempre vence a la muerte. Tuvo que morir para hacérmelo ver. Tuvo que morir para liberarme de la prisión que yo era incapaz de abandonar por mí misma. Tuvo que morir para que hoy pudiera ser la que soy.

Bendijo mi pasado sin conocerlo siquiera, tan solo porque era el mío y yo era lo que era. A veces me pregunto: después de esto, ¿habrá alguien que se atreva a contarme una historia de amor?